Mercedes Abad

AMIGOS Y FANTASMAS



Una situación inquietante, una perturbación no prevista se convierte en el elemento común de los arranques de estas historias: los nervios ante una primera cita en la que hay que impresionar a la otra parte; el viaje en tren como una forma, desesperada e imposible, de aislamiento; el secreto mayúsculo que a un personaje insignificante le toca en suerte compartir —y administrar—; la presencia obsesiva de un antiguo rival de infancia; o la hipócrita y a ratos cruel relación entre un grupo de amigos.

Mercedes Abad

Amigos y fantasmas



Título original: *Amigos y fantasmas*
Mercedes Abad, 2004

-

Revisión: 1.0
20/08/2019

Para Álvaro,
que se pone tan contento
cuando me ve trabajar

¿Quién dijo aquello de que tus amigos más íntimos son aquellos que más tardas en descubrir que no te gustan?

Tibor Fischer, *Filosofía a mano armada*

Un excelente comienzo

Para Almudena y Luis

El azar es uno de los más poderosos agentes con que cuenta el desorden para mantenerse en el candelero, por mucho que algunas almas románticas se obstinen en ver en ciertas cadenas particularmente perversas de coincidencias la señal de un orden, de un destino, de un principio rector. En cuanto a mí, debo confesar que el azar me ha brindado siempre mis mejores respuestas y las más ingeniosas salidas a situaciones de crisis que no tenían escapatoria. Sin el azar, por ejemplo, mi sempiterna torpeza me habría constreñido sin duda alguna a estropear mi primera cita con Raymond Star.

De Raymond Star yo sabía que le gustaban las mujeres decididas y fuertes, capaces de no arredrarse ante la adversidad y de emprenderla a dentelladas con la vida a fin de conseguir sus propósitos. También me habían contado que, como gran *gourmet* que era, establecía una sólida relación entre aquello que comemos y los aspectos más profundos de nuestra personalidad, y que su perspicacia a este respecto podía ser abrumadora. Por último, sabía que desde que lo había conocido mis neuronas se negaban a trabajar en cuestiones que no guardasen una estrecha relación con el extraordinario atractivo de Raymond Star.

Sobre mí misma sé bastantes más cosas que sobre Raymond Star, hecho que, lejos de reconfortarme, apunta casi siempre a una premonición bastante fiable de desastre. Sé, por ejemplo, que de vez en cuando puedo parecer decidida y fuerte y que incluso soy capaz de serlo un par de veces al año, en momentos culminantes a los que, por su extrema rareza, tengo en gran aprecio. Ahora bien, ignoro por completo cuáles son las circunstancias externas que propician en mí tales arrebatos de fortaleza y determinación —si es que hay circunstancias externas que los propicien, como el paso de algún cometa por la órbita de la Tierra, alguna inusual configuración de

los astros en ese momento o cualquier fenómeno atmosférico perturbador—, y por lo tanto, provocarlos de forma deliberada es algo que escapa por completo a mis facultades.

Sea como fuere, Raymond Star me había invitado a comer en un restaurante que él mismo había elegido. El lugar era una antigua mansión señorial situada en el campo, aunque no muy lejos de la costa, donde Raymond me había dicho que podían comerse deliciosos platos de marisco y pescado. Sin embargo, cuando llegamos al caserón, rodeado de un frondoso bosque con letreros que revelaban la existencia de un coto privado de caza, lo primero que vi fue un corral donde se criaban espléndidos ejemplares de faisanes, ocas, pulardas y pintadas. Un letrero que, junto a la puerta de entrada, glosaba las especialidades de la casa (carne de caza y aves) acabó de sembrar en mí la confusión. Huelga decir que, con ánimo de mostrarme como una mujer desenvuelta y difícil de desconcertar, oculté como pude mi perplejidad. Estaba dispuesta a todo con tal de parecerme como una gota de agua a la mujer ideal de Raymond Star, aunque, como ya he dicho, mi perfil no encajaba del todo con las informaciones que mi prójimo me había suministrado, hecho que hacía indispensable darle unos cuantos retoques al material de base.

Tras deshacerme en elogios acerca del encanto del lugar elegido por Raymond para nuestra primera cita, pasamos a la mesa donde segundos después un camarero ceremonioso me enfrentó a una carta terrible. ¡Qué carta. Dios mío! Había por lo menos veinte entrantes y una larguísima lista de platos de resistencia donde los pescados y los mariscos competían en pie de igualdad con las carnes de ave y de caza. Bajo el influjo de mi absoluta desesperación, mis ojos erraban a trompicones por aquella inextricable maraña de platos sin saber a qué aferrarse ni a qué patrón de los indecisos encomendarse. Imaginé el tropel de cosas horrendas acerca de mi psique profunda que Raymond podía deducir si yo hacía una elección poco acertada y noté como el corazón se me encabritaba con estruendo. Hacía años que no me sentía tan incómoda, torpe e indecisa.

Para empeorar mi ya dramático forcejeo con la carta, Raymond me preguntó de pronto: «¿Te gusta la carne?». Acompañó su pregunta con una mirada intensa y llena de significado, la clase de

mirada que, desde hacía años, yo sólo había visto en versión celuloide. Tal vez no fuera una mirada significativa. Es incluso probable que no lo fuera. Pero en aquellos momentos mi percepción de la realidad estaba tan alterada que me pareció una mirada llena de significado. Mantuve mis ojos fijos en los suyos mientras hacía un vano intento de recomponerme interiormente y de no dejar traslucir el espléndido caos que alborotaba mis células. Me pregunté también si Raymond no sería uno de esos vegetarianos fundamentalistas, aunque, lamentablemente, el tono con que había hablado no permitía deducciones en un sentido u otro. A mí me encanta la carne, pero abandonaría sin vacilar un instante mis relaciones con el cerdo, el cordero, el buey, la ternera y las aves por un hombre como Raymond Star. Su mirada seguía pareciéndome pavorosamente significativa, pero que me aspen si sabía de qué.

Fue entonces cuando el azar, agente ciego y sordo (aunque a veces parezca gozar de una vista y un oído muy finos), tomó el mando de la situación. El suelo empezó a moverse bajo nuestros pies y la mesa se tambaleó visiblemente, así como los restantes muebles de la sala. Había una especie de rugido de fondo al que muy pronto se sumó el tintineo de vasos y copas, el estallido de unos cuantos jarrones de cristal al estrellarse contra el suelo, el ruido de platos rotos y los gritos de desconcierto y pánico. Supongo que no fue un terremoto de los que marcan altas cotas en la escala de Richter. Desde luego, no fue ni la mitad de intenso que el tumulto que había rugido en mi interior apenas unos segundos antes, de forma que yo me sentía casi cómoda en medio de aquel alboroto; como mínimo, tenía tiempo para pensar una respuesta adecuada a la pregunta de Raymond Star.

Sin embargo, el seísmo causó una gran conmoción en aquel apacible restaurante rural aun después de cesar por completo. Por lo pronto, el comedor quedó súbitamente invadido por un puñado de aves que se las habían ingeniado para huir del corral y que corrían enloquecidas en todas las direcciones, golpeándose con los muebles, embistiendo a los comensales y cubriéndolo todo de plumas. De pronto, Raymond exhaló un alarido; vi que una oca le estaba dando violentos picotazos en la pierna. Raymond debió de darle un manotazo en defensa propia; no puedo decir con absoluta precisión lo que ocurrió; en cualquier caso, dos segundos después la

oca se abalanzó sobre mí con malas intenciones. En un movimiento puramente instintivo, adelanté la mano derecha, que acertó a rodear el cuello del infeliz animal. En cuanto me percaté de ello, aumenté la presión de mis dedos sobre el pescuezo del bicho. Era obvio que la oca se ahogaba. Apreté aún más y me levanté, oca en ristre, para que Raymond no se perdiera un sólo detalle de tan heroica gesta, rezando al mismo tiempo para mis adentros por que no fuera miembro de alguna sociedad protectora de animales. Y mientras sostenía el bicho en lo alto, consciente de que aunque viviera cien años no volvería a ofrecer jamás tal imagen de fortaleza y decisión, le dirigí a Raymond Star una mirada significativa que duró tanto tiempo como tardó la oca en morirse. Cuando el animal pasó a mejor vida, deposité su cuerpo en el plato de Raymond al tiempo que le decía, resuelto al fin el dilema:

—Comeremos oca. Espero que no tengas nada contra estos bichos una vez muertos y convertidos en confit.

Raymond Star asintió, todavía sin aliento, con la sorpresa y la admiración significativamente reflejadas en sus hermosos ojos y la imagen de una diosa cazadora impresa de forma indeleble en su retina, en su memoria y probablemente también en su código genético. Por indecisa, torpe y débil que me mostrara en lo sucesivo, acababa de acumular un crédito considerable para afrontar el futuro con cierta dosis de razonable confianza.

Servicio de caballeros

Cójase una tercera parte de dry martini y dos terceras partes de azar; añádase a esta mezcla unas gotitas de orina: quien se beba el cóctel resultante se estará untando el gaznate con todo lo que contribuyó a cambiar la vida del señor G.

El señor G. era un tipo insignificante, uno de esos entes irrelevantes en quienes nadie repara. Su tendencia a pasar inadvertido era a menudo causa de amarga mortificación, pero aquel día, mientras se escabullía por el enorme e impresionante vestíbulo como un gorrión asustado, el señor G. estuvo a punto de felicitarse por la insignificancia que lo hacía invisible, convirtiéndolo en la mera sombra de una entidad humana, apenas un esbozo que no llegaba a materializarse en las retinas de sus congéneres, habituadas a registrar entidades de mayor enjundia, y que, por lo tanto, lo ponía fuera del alcance de la mirada de los conserjes, que, de haber reparado en su furtiva figura, sin duda se habrían precipitado a recordarle con aspereza que las instalaciones sanitarias del hotel están reservadas para el uso exclusivo de su selecta clientela. Aunque, en rigor, tenía tanto derecho como cualquier otro a utilizar el servicio de caballeros de aquel imponente hotel de cinco estrellas, ya que había consumido un par de dry martinis en el bar. Por supuesto, G. jamás habría entrado solo en un lugar así. Y, a decir verdad, tampoco el dry martini estaba en sus costumbres; ninguna bebida alcohólica lo estaba. Pero, cuando el importante cliente que había insistido en entrar en el bar del hotel pidió un dry martini, G. no tuvo el valor de tomarse un refresco, por más que eso fuera lo que realmente le apetecía.

El gorrión asustado suspiró con profundo alivio al llegar sin percances al servicio de caballeros. Contento de hallarse solo (todavía no había logrado superar el embarazo que lo embargaba al sacarse la pilila en presencia de otros hombres), meó los dry

martinis con placer intensificado por el aura de clandestinidad y transgresión que rodeaba su aventura. Ya estaba sacudiéndose las últimas gotitas e infundiéndose valor para volver a cruzar el fastuoso vestíbulo sembrado de peligros en forma de conserjes celosos de su deber cuando oyó un ruido a sus espaldas.

El señor G. se giró de forma instintiva mientras se guardaba la pilila. Cuál no sería su asombro al ver que el hombre que acababa de entrar era el ministro del Interior, quien, presa de una viva e incontenible agitación, se acercó a él y lo agarró con ademán perentorio y desesperado por los hombros.

—Escúcheme bien —dijo el ministro, con la voz ahogada por la emoción—; me queda muy poco tiempo, van a matarme. Usted es seguramente el último hombre que me verá vivo.

—Se equivoca —apuntó G. con aplastante lógica—; el último que lo verá vivo será su asesino.

—No me interrumpa, no hay tiempo —dijo el ministro con una mueca de profundo fastidio—. Tengo que confiarle un secreto que hará crujir y tambalear los cimientos del Estado. Sé que van a matarme, pero usted se encargará de que el secreto mejor guardado hasta ahora vea la luz pública.

Tras estas palabras, el ministro le reveló a G. una odiosa trama criminal que involucraba a varios miembros del gobierno y al presidente, al tiempo que indicaba dónde y cómo podían hallarse las pruebas irrefutables para inculparlos. Lo repitió todo dos veces y luego interrogó a G. para asegurarse de que éste recordaba todos los detalles con exactitud. Volvió a rogarle a G. que difundiera la información y lo exhortó a que abandonara rápidamente el lugar si no quería complicarse la vida.

Apenas tres horas más tarde, G. escuchaba por la radio la noticia del asesinato del ministro del Interior, cuyo cadáver había sido encontrado en los lavabos de un conocido hotel de cinco estrellas. Por primera vez en su vida, pensó que le apetecía un dry martini. O tal vez dos.

Permítaseme insistir en el hecho de que G. era un pobre diablo, un tipo desprovisto de rasgos que no fueran anodinos. Sus opiniones rara vez eran tenidas en cuenta, no porque fueran más mediocres o estúpidas que las de la mayoría, sino porque su físico y su actitud proclamaban tan a las claras su insignificancia y su incapacidad

para resultar sorprendente o pintoresco por algún concepto que incluso a las personas de buena voluntad se les hacía difícil prestarle atención. Por lo general, la gente aprovechaba los momentos en los que G. expresaba alguna idea o relataba una anécdota para pensar en sus propios asuntos, ir al retrete, ajustarse el nudo de la corbata o retocarse el maquillaje. Y, de hecho, el mismo G. estaba hasta tal punto imbuido de la clara noción de su escasa relevancia que encajaba sin la menor queja esas minúsculas pero continuas afrentas. Nadie lo había hecho sentir importante o valioso. Su propia mujer, que se convirtió en su novia tras ser abandonada por el hombre a quien realmente quería, puso un notable empeño en darle a entender que si se casaba con él era porque temía no poder hacerlo con ningún otro.

Pero, sobre todo, nadie le había confiado jamás secreto alguno. Ni siquiera cuando era pequeño y en el colegio los niños traficaban con pequeños secretos para conseguir la amistad de algún otro niño o para hacerse un lugar en alguna pandilla le había confiado alguien algo remotamente equiparable a un secreto. Si hubiera sido invisible, sus compañeros de clase no lo habrían ignorado más de lo que lo hicieron.

Podría hacerse aquí una descripción pormenorizada de la conmoción que sacudió a G. al enterarse del asesinato del ministro del Interior. No obstante, para dar cuenta de sus sentimientos baste con decir que fueron análogos a los que tendría una cucaracha al descubrirse repentinamente convertida en un hombre en cuyas manos se hallara el destino de todo un país.

El primer impulso de G. fue contar de inmediato lo que sabía a su círculo más íntimo. Pero enseguida calculó que el golpe de efecto sería mucho más radical si primero se ponía en contacto con los medios, con lo que sus allegados se enterarían del asunto y del papel que G. había desempeñado en él a través de la prensa, la radio y la televisión. Tampoco fue ajena a su decisión la sospecha según la cual su círculo de conocidos no le concedería a su relato crédito alguno (en el supuesto de que alguien se dignara escucharlo) a menos que viniera refrendado por una autoridad externa a él.

De pronto, tenía una aguda conciencia de sus terminaciones nerviosas. Habitualmente sensato y morigerado hasta la náusea, su

cuerpo era ahora un díscolo manojo de moléculas alborotadas. Por primera vez en su vida bullía de ideas disparatadas, como si el alma de un alegre chiflado se hubiera apoderado de él. Había algo tan vivificante en esa sobreexcitación nerviosa, relacionada de alguna forma con una sensación de poder hasta entonces desconocida, que G. decidió posponer hasta la mañana siguiente su entrevista con los medios.

Esa misma noche, mientras su mujer le servía la sopa con la misma desgana indiferente de todos los días, G. sintió crecer en él una especie de vértigo embriagador y unas ganas locas de echarse a reír. En lugar de eso, se atrevió a hacerle a su mujer un comentario burlón acerca del nuevo peinado que le habían hecho en la peluquería. Su mujer, asombrada, no encontró nada que replicar. Pero tal vez no fue ese comentario sino la nueva actitud que se estaba fraguando en G. lo que la indujo a ponerle el abrigo a su marido, en lugar de rezongar como era habitual en ella, cuando él le anunció que se iba a pasar el resto de la velada en el club.

También en el club, los conocidos con quienes jugaba regularmente al mus (no había nadie a quien en puridad G. pudiera considerar su amigo) parecieron advertir el cambio de actitud que se estaba operando en él y, en consecuencia, le prestaron más atención que de costumbre.

Con todo, más que traducirse en hechos concretos, ese cambio se advertía en una textura, un tono, cierta audacia y cierto aplomo en su forma de enfrentarse al mundo, la disposición anímica del hombre que sabe más de lo que dice, del hombre que sabe algo que los demás ignoran y que, sabiéndose dueño de ocultarlo o de revelarlo, adquiere paulatinamente la noción de su propia importancia. Y, como quien se siente importante no puede evitar comunicarle esta sensación a su entorno mediante un código muy preciso de señales (de la misma forma que alguien íntimamente convencido de su insignificancia no puede evitar comunicarle al mundo su nimiedad), G. empezó a emitir destellos de su importancia sin haber revelado aún la fuente de este don tan preciado. El ex gorrión asustado empezaba a darse cuenta de que estar en su pellejo podía resultar interesante.

Tanto es así que, cuando a la mañana siguiente se disponía a revelar su secreto a los medios, una sospecha incómoda lo hizo

estremecerse. En cuanto contara lo que sabía no cabía la menor duda de que los medios lo convertirían en una especie de héroe nacional. Durante un tiempo, su estrella brillaría con deslumbrante intensidad en lo alto del firmamento. Gozaría de las mieles de la fama; sería el invitado predilecto de todas las tertulias radiofónicas y televisivas, la gente lo pararía por la calle para cubrirlo de elogios y de efusiones. Todo ese alpiste sería un justo tributo para una vanidad que había padecido tantas privaciones y tantas afrentas. Pero pasado un tiempo el tumulto cesaría y su hazaña ya no daría beneficios. Aunque escribiera un libro para inmortalizar su gesta, éste, tras arrasar el mercado y batir récords de ventas, empezaría a languidecer en los expositores y las estanterías, sería saldado en un lote junto con multitud de otros hermanos en el olvido y finalmente conocería la humillación de ser descatalogado. El proceso podía tardar años en culminar, pero tarde o temprano volvería a ser un tipo sin secretos, un tipo que un día tuvo un secreto y que hizo temblar al país entero al contarlo, pero que ahora ya no sabía nada que los demás no supieran. Volvería a ser una partícula irrelevante de polvo galáctico, un tipo ínfimo en perpetua lucha, no ya para alcanzar un lugar en el mundo, sino para ser simplemente advertido por las miradas indiferentes que lo atravesaban sin verlo. Su vida volvería a ser tan nimia que tal vez algún día llegaría a preguntarse si lo sucedido no había sido sólo un sueño, el sueño de un pobre tipo que creía haber hecho al fin algo importante. Así que, en lugar de dirigir sus pasos a una agencia de prensa tal y como lo había previsto, G. se encaminó al imponente hotel de cinco estrellas donde el ministro le había entregado su secreto, cruzó el vestíbulo muy seguro de sí mismo, advirtió la leve reverencia que le hizo un conserje, se tomó un par de dry martinis en el bar, visitó los servicios y decidió concederse una prórroga razonable para gozar de su reciente conquista.

Al principio fue una semana, luego un mes y después otro más. G. siempre encontraba nuevos motivos para darse un poco más de tiempo; primero hubo un inesperado ascenso a un puesto de responsabilidad en la empresa donde había trabajado durante más de veinte años sin que los jefes lograsen recordar su nombre. Después vendría una relación con una rubia despampanante que lo encontraba irresistible y que, en lugar de establecer sus citas por

teléfono o fax, le enviaba por mensajero un par de bragas con el lugar y la hora de la cita garabateados en la suave tela. A G. la rubia le parecía demasiado vulgar, artificiosa y llamativa para su gusto, pero correspondía con la imagen que se había formado de la amante que debe tener un tipo poderoso. Amén de eso, su esposa lo trataba con una consideración que no por tardía dejaba de ser agradable. En conjunto, tenía la sensación de haber recibido una fabulosa herencia, pero en lugar de dilapidarla de una sola vez había sido lo bastante cauto como para depositarla a plazo fijo en un banco, de forma que, si los administraba bien, los réditos podían cubrirlo de por vida.

Además, tenía amigos. Ya no se trataba de simples conocidos que condescendían a jugar al mus con él porque de otro modo no habrían alcanzado el número indispensable de jugadores, sino verdaderos amigos que, atraídos por su nueva textura anímica, ponían un gran empeño en ganarse su estima.

Así fue como G. descubrió el incesante tráfico de secretos con que las personas tratan de seducirse las unas a las otras. Mientras bebían un dry martini tras otro, su amante le contaba secretos sobre sí misma o sobre terceras personas con ánimo de conquistar la estima de G. y a fin de demostrarle que sabía y hacía cosas que los demás ignoraban. La mercancía secreta, en un proceso parecido al que enaltece las cosas prohibidas, no siempre tenía interés por sí misma, pero el hecho de ser secreta multiplicaba su valor. Por otra parte, siempre hay algo adulador en el hecho de confiarle a alguien una información secreta: hace que la persona a quien se cuenta el secreto se sienta automáticamente importante, por mucho que el secreto sea una tontería, una nimiedad que no tendría interés alguno de no ser porque es secreta y, por lo tanto, objeto de un tráfico casi infinito.

Huelga decir que, comparados con el fabuloso secreto de G., los secretos que su amante y sus nuevos amigos le contaban le hacían sonreír, alimentando en él un creciente sentimiento de superioridad. Pero no era sólo la calidad de la mercancía que él ocultaba lo que lo hacía sentirse muy por encima de los demás, sino también el mismo hecho de saber callar, a diferencia de lo que les sucedía a esos individuos, débiles e incontinentes, que sin cesar esparcían a los cuatro vientos sus anémicos secretitos. Empezó a ver a sus

semejantes como perrillos rastreros incapaces de reprimir sus ridículos deseos de gustar. Sin haber aprendido a amarlos siquiera, pasó a despreciar a quienes antes tanto había envidiado y a quienes tanto había anhelado parecerse. Y cuanto más crecía su desprecio tanto mayor era la sensación de su propia grandeza y tanto mayor también el respeto que le tributaba el mundo.

Con el tiempo, todo aquello hizo de él un ser monstruosamente feliz y autosatisfecho; ni siquiera se veía ya tentado de revelar su secreto. Si en algún momento había albergado la intención de cambiar el mundo para mejor, ahora se decía que el mundo, en su lamentable estado, era exactamente lo que se merecían sus estúpidos habitantes. ¿Para qué revelar su secreto y restablecer así cierta noción de justicia? En lugar de eso, se sirvió de la información recibida para extorsionar y chantajear a los responsables de la trama criminal; con el dinero obtenido creó lucrativos negocios que lo hicieron inmensamente rico y poderoso y le permitieron costearse un ejército de guardaespaldas que lo defendieran de las víctimas de sus extorsiones.

Entre otras múltiples propiedades, verticales u horizontales, G. se compró el prestigioso hotel de cinco estrellas a través de cuyo enorme e impresionante vestíbulo se había escabullido un día como un gorrión asustado en pos de los servicios de caballeros.

Fue en ese hotel donde G. quiso celebrar con una cena por todo lo alto el décimo aniversario del día en que, gracias a un par de dry martinis y una oportuna meada, su suerte cambió de signo. Huelga decir que el centenar de invitados ignoraba lo que su anfitrión celebraba. Los camareros acababan de servir dry martinis y canapés cuando, de pronto, G. se subió a la mesa y, en lugar de hacer el discurso explicativo que todos esperaban, se sacó la polla y orinó haciendo puntería en las copas de sus invitados.

Fue una buena muerte, sin duda. Mientras los invitados levantaban las copas y le dedicaban un brindis, un formidable ataque de risa fulminó a G. Su corazón había reventado de placer.

Su tumba era un panteón fabuloso, de tamaño muy superior al de la mayoría de las casas donde se hacinan los seres irrelevantes que no cuentan para nada en este mundo. Claro está que, habida cuenta del enorme secreto que G. se había llevado consigo a su último domicilio, el panteón podía incluso resultar pequeño. En

cualquier caso, era el mayor y también el más caro de aquel pequeño y selecto cementerio situado en una zona residencial. El ostentoso lujo del panteón de G. concitaba la envidia y el resentimiento de los guardas, entes irrelevantes todos ellos que vivían en lugares más pequeños que el panteón de G. y que, para mostrar el desdén infinito que sentían por aquel muerto en particular, iban a mearse allí junto con los perros que los acompañaban en su tarea de vigilancia.

Alguien piensa en Monique

Hace apenas diez minutos el teléfono ha sonado en mi casa. Es curioso: he estado a punto de no cogerlo, porque la llamada me ha sorprendido en mitad del desayuno, y siempre me pongo de un humor de perros si me interrumpen en ese momento. En realidad no soy del todo humana hasta que he conseguido comer algo y beber una buena taza de café con leche. Por fortuna, he debido de tener una de mis geniales intuiciones: una voz desconocida me ha notificado al descolgar que soy la ganadora de uno de los premios nacionales de cinematografía por mi labor como directora de *Este, Oeste*. Y no era una broma. Por poco me atraganto con el pedazo de cruasán que tenía en la boca. ¿No es hermoso que la felicidad pueda llegar a ser tan peligrosa y dañina como un arma letal?

Al colgar el teléfono, mi primer pensamiento ha sido para Monique. En realidad, no hay nada extraño en ello, porque a lo largo de estos años a menudo me he preguntado qué habrá sido de Monique. Pero no puedo evitar que me resulte desasosegante el hecho de pensar tantas veces en alguien que acaso nunca me haya destinado ni un puñetero minuto de su pensamiento. No deja de ser un testimonio más de lo jodidamente descalabrante, injusta y desequilibrada que es la vida. Unos pensamos en ciertas personas en su ausencia y, de esa forma, su vida se prolonga en nuestra mente. Aunque hayan desaparecido hace tiempo de nuestro paisaje, siguen siendo importantes para nosotros sin habérselo propuesto siquiera en muchos casos. Hasta es posible que se trate de personas a las que tan sólo rozamos, por así decirlo, durante un lapso insignificante, y que, sin embargo, se las han ingeniado para dejar una huella profunda en nuestra vida. Gozan, por lo tanto, de una especie de segunda vida, una vida parasitaria en nuestra memoria. Ellas, en cambio, no tienen el detalle de honrar nuestro recuerdo con algún pensamiento ocasional, por perezoso, trivial y cicatero que sea. No

digo que nos hayan olvidado por completo. Si nos tropezásemos con ellas por la calle es probable que nos reconocieran. O no, quién sabe. El caso es que no hemos sido capaces de dejar un rastro observable en sus vidas, y jamás se detienen a pensar en nosotros.

No es ni mucho menos la primera vez que pienso en Monique inmediatamente después de haber conseguido un éxito importante en mi carrera. Imaginemos que mi cerebro es el famoso perro de Pavlov; pues bien: en mi cerebro el concepto mismo de éxito y Monique están ineludiblemente asociados, como si el éxito le perteneciera a ella en exclusiva y a nadie más. Por eso no puedo evitar tener el sentimiento de que mis logros son como frutas robadas: saben particularmente bien. ¿Significa eso que ronroneo como un gato satisfecho cada vez que pienso que a mí me han ido mejor las cosas que a Monique? Bueno, ahora podría mentir, decir que no tengo tan mala fe, y apuntarme un magnífico tanto para conseguir la medalla de la bondad sin mácula, pero las medallas no me interesan; siempre acaban pesando más de la cuenta o tintineando de forma inconveniente en el momento menos oportuno. Así que, vale, seré sincera: a veces he ronroneado de placer como una auténtica hija de la gran puta al pensar que a Monique pueden no haberle ido tan bien las cosas como era de suponer. Yo he hecho esto, y aquello, y lo otro; ¿y tú, Monique?, ¿qué has hecho tú con tu vida?

Claro que, si las frutas robadas saben particularmente bien, también saben particularmente mal. Confieso que, ahora mismo, mi dubitativo corazón oscila entre el júbilo y la jodida culpa.

Podría consolarme pensando que no soy la única a quien le sucede este fenómeno psicológico tan poco honorable. Al fin y al cabo, siempre que me encontraba por azar con alguno de mis antiguos compañeros de clase, Monique salía indefectiblemente a colación tras un primer y rápido recorrido por nuestras respectivas biografías. Por cierto, ¿sabes algo de Monique? ¿Qué habrá sido de Monique? Aunque la pregunta que late con fuerza bajo todas las preguntas, la pregunta que, sin embargo, nadie se atreve nunca a pronunciar es: ¿habrá malogrado Monique su talento?

Resulta extraño, desde luego, que Monique se haya retirado de la competición porque, si alguien parecía destinado a hacer algo importante con su vida, ésa era, sin duda alguna, Monique, la

Monique de los mil y un talentos. Todos esperaban grandes cosas de Monique. El profesor de literatura, por ejemplo, estaba convencido de que algún día leería una gran novela escrita por Monique. Recuerdo que un día Monique admiraba en voz alta la prodigiosa técnica, la inspiración y el genio de Flaubert a partir de un fragmento de *Madame Bovary*. De pronto, el profesor le dijo, totalmente arrebatado: «Tú llegarás a ser más grande que Flaubert». Amén. No se le cayó la baba porque el diablo debía de estar de su parte, pero, joder, hay que estar muy seguro o muy loco para decir algo semejante ante un puñado de adolescentes de psique impresionable, que sufren lo indecible para arrancarle a la vida un vil aprobado y que suelen ser, además, bastante sensibles a la idea del suicidio.

Pero el encendido augurio del profesor de literatura no fue el único: la que estaba destinada a ser más grande que Flaubert, sería también, según otras acreditadas opiniones, más grande que Picasso, más divina que Sarah Bernhardt y más genial que Eric Clapton tocando la guitarra, entre muchas otras cosas de parecido calibre. Comparados con Monique-que-apagará-el-brillo-de-todas-las-estrellas-del-firmamento, todos los demás éramos poco más que mobiliario decorativo, o figurantes contratados para hacer bulto. Parecíamos haber nacido con la misión de hacer destacar a Monique por contraste. Y lo más asombroso es que, en apariencia, ella no se esforzaba lo más mínimo por hacer las cosas bien; su enorme talento para prácticamente todo surgía de ella con absoluta naturalidad.

De pronto es como si me faltara el aire, o como si la presión del aire aumentara hasta extremos insoportables. Me sucede a menudo en momentos emocionalmente intensos. Vuelve a sonar el teléfono, pero no lo cojo. No tengo ganas de hablar con nadie. Prefiero saborear a solas mi triunfo, el éxito más importante de mi carrera hasta ahora. Así que, a pesar del frío, el viento y la lluvia, me pongo ropa de abrigo, cojo un paraguas y salgo a pasear. Ya en la calle experimento un sensible alivio. Sin embargo, pese a que trato de distraerme contemplando a la gente que se cruza conmigo, no consigo corregir el curso empecinado de mis pensamientos. Yo he hecho esto, y aquello, y lo otro. ¿Y tú, Monique? ¿Qué has hecho con tu vida? ¡Y pensar que hay personas que se han esforzado

durante años por dejar un rastro en mi vida sin conseguirlo!

Monique y yo nunca fuimos amigas. Es cierto que durante nuestros estudios pasamos mucho tiempo juntas en el colegio, conviviendo en los mismos espacios, y es inevitable que esa proximidad dé lugar a alguna clase de relación, pero jamás hubo una verdadera intimidad entre nosotras. Ella jamás se sintió particularmente atraída por mí y supongo que ella me impresionaba demasiado como para pretender ser su amiga. Por supuesto, el chico con quien perdí mi nada apreciada virginidad había sido antes novio de Monique, porque, tarde o temprano, casi todos caían de bruces a los pies de Monique, obnubilados por su talento, su encanto y su atractivo físico. O tal vez Monique era un peaje por el que debían pasar para conquistar su autoestima. Pero, aparte de eso, siempre me limité a observarla a distancia, fascinada, atónita y un tanto vejada ante semejante fenómeno. Espiaba, analizaba y anotaba en mi memoria sus gestos, sus mohines, sus actitudes y sus palabras, y nada de lo que hacía o decía Monique me pasaba por alto.

Una vez, sin saber muy bien por qué lo hacía, le causé daño. Fue una de esas súbitas tentaciones a las que sucumbimos sin pensarlo un instante y que luego nos llenan de extrañeza. Estábamos pasando las pruebas de salto de altura en el campo de deportes. De pronto, la profesora se sintió indispuesta y, tras confiarme su cronómetro, nos dejó solas para ir a la enfermería. Mis compañeras siguieron saltando y muy pronto le tocó el tumo a Monique. La miré mientras se preparaba, con sus andares gráciles aunque llenos de resolución y sus gestos pausados y precisos. Arrancó a correr, ligera, flexible y elegante; y, entonces, cuando se hallaba ya en el tramo final de su carrerilla para impulsarse antes del salto, dejé caer el cronómetro; el mido la asustó, se torció el tobillo, saltó mal y cayó aparatosamente al suelo arrastrando consigo el listón metálico y lastimándose con él.

Naturalmente, mientras mis compañeras se precipitaban a ayudar a Monique, yo tuve que vérmelas una vez más con la jodida culpa. La jodida culpa y las desorbitadas facturas con las que esa bestia peluda se obstina en estropeamos placeres que sin duda habrían sido inolvidables.

Me doy cuenta de que me he dejado los cigarrillos en casa y

entro en un estanco. Allí me encuentro con un amigo. Cuando me pregunta qué tal me va, no puedo evitar contarle que he ganado el premio de cinematografía al mejor trabajo de dirección. Apenas he acabado de decírselo cuando una profunda irritación se apodera de mí. ¿Qué coño me propongo demostrar ahora? ¿No había decidido no contárselo a nadie de momento? ¿Es más importante para mí el premio en sí o que los demás lo sepan? Y ¿cuándo dejaré de plantearme la vida como un examen perpetuo? Asqueada de mí misma y de mi estúpida vanidad, me despido bruscamente de mi amigo.

Enciendo un cigarrillo y sigo caminando sin rumbo fijo y sin apenas mirar a mi alrededor. Estoy furiosa, con la ira desencadenándose en oleadas cada vez más calientes a través de mi cuerpo. ¿Cuánto tiempo hace que trato desesperadamente de conseguir cierta madurez que me permita afrontar las cosas con un poco de serenidad? No una tonelada, sino tan sólo una cantidad razonable de serenidad, por el amor de Dios.

Una violenta ráfaga de viento hace que las varillas de mi paraguas se doblen hacia arriba. Mientras forcejeo con el indómito artefacto, se me cae al suelo el cigarrillo, seguramente para verificar la teoría según la cual los contratiempos nunca vienen solos. Cobardes de mierda. Me inclino para intentar atraparlo en un gesto mecánico, pero el cigarrillo rueda calle abajo hasta detenerse justo a los pies de una mendiga que está sentada en la acera, unos pasos por detrás de mí. Imperturbable, la mujer sigue mirando al frente, a ninguna parte en realidad, aunque el cigarrillo, que todavía humea pese a estar empapado, se le ha alojado bajo el dedo gordo de un pie. Sin dejar de mirar a ninguna parte, echa mano de la botella de vino barato que tiene a su lado y vacía de un solo trago su contenido. Estoy a punto de echar de nuevo a andar cuando, de pronto, me estremezco de los pies a la cabeza. Pero, no, no puede ser, me digo; tiene que tratarse de una mala jugada de mi imaginación. Retrocedo unos pasos y la observo mientras ella sigue mirando obstinadamente a ninguna parte. No me ve, no registra mi presencia, como si su conciencia ya no fuera capaz de anotar las cosas que suceden a su alrededor, como si su vida se produjera ya tan sólo hacia dentro. O ni siquiera. Durante un instante, creo percibir en su rostro ajado y áspero los rasgos de Monique, los

mismos ojos, sepultados bajo siglos de cansancio mortal y dolor; la misma boca desfigurada por un rictus de amargo desprecio; luego, al instante siguiente, los rasgos de Monique se me escapan, dejando tan sólo tras de ellos la máscara lúgubre, dura, mortecina y avejentada de una mujer desconocida. El aire vuelve a ser irrespirable. «¿Monique?», susurro en un tono que se halla a mitad de camino entre la interrogación y la exclamación. Pero la mujer no da señales de haberme oído. Está muy borracha. Me agacho frente a ella, dispuesta a todo con tal de que me mire a los ojos. Huele a vino y a mugre. «¡Monique!», digo ahora casi gritando. Tampoco esta vez obtengo respuesta. La cojo por los hombros y la zarandeo con fuerza. «¿Eres tú, Monique?». De pronto, sus ojos se avienen a cruzarse con los míos, y advierto en ellos un destello burlón que dura apenas un segundo, como un fuego fatuo. ¿Se trata realmente de Monique? ¿Me ha reconocido? Pero la mirada vuelve a ser desabrida y vacía. Me levanto y busco en mi billetero. Finalmente, le tiendo un billete de 50 euros con mano temblorosa. Y Monique-la-que-apagará-el-brillo-de-todas-las-estrellas-del-firmamento, o quienquiera que sea esa mujer borracha y perdida, me escupe en la mano. Le tiro el billete y me alejo del lugar a toda prisa, sin mirar atrás.

Llego a casa con la irritante sensación de vivir atrapada en un pellejo sucio, estrecho y mezquino donde, a lo largo de los años, se ha ido acumulando la mierda como resultado de constantes negligencias. Lo peor es que a estas alturas sé que, aún con ímprobos esfuerzos, jamás lograré cambiar más que dos o tres detalles de segundo orden. En el ascensor, me miro al espejo: hay pequeños surcos, no demasiado pronunciados, alrededor de mis ojos. ¿No es eso precisamente envejecer? El cuerpo se deteriora visiblemente y uno no es ni mejor ni más fuerte ni más sabio.

Detesto pensar que soy capaz de alegrarme de la desgracia ajena y, sin embargo, sé que mi impertinente corazón se sentiría decepcionado si descubriera que la mendiga a quien le he arrojado mi asqueroso billete no era Monique. La verdad es que estoy hecha un guiñapo.

En cuanto pongo un pie en mi apartamento, suena el teléfono. Lo miro con ojo hostil y disuasorio pero no se calla. Le doy una oportunidad: si suena más de diez veces, lo cojo. Suena once: lo

cojo y, cuando lo hago, me doy cuenta de que estaba ardiendo en deseos de cogerlo. ¿Cuántas mentiras somos capaces de autoendilgarnos sin pestañear? Me encanta ser una persona solicitada; no sólo eso, sino que toda mi vida he hecho lo posible por que así fuera, pero por algún motivo necesito representar ante mí misma la comedia del ser perseguido por el teléfono y abrumado por una vida social demasiado intensa.

Es Víctor quien está al otro lado del hilo. Se ha enterado de lo del premio y se ha encargado de darle al asunto la amplia difusión que merece. Además, ha tenido la excelente idea de organizar una fiesta en su casa esta noche para celebrar el acontecimiento. No tengo fuerzas para fingir que no me gusta la idea o que me siento atropellada en mi natural modestia ante la idea de exhibir impúdicamente mi éxito. Quiero una buena dosis de aplauso, maldita sea.

Mi adorable amigo se ha despedido ya y está a punto de colgar cuando, de pronto, añade:

—Por cierto, no te imaginas quién va a venir a la fiesta.

No me lo imagino. No abro la boca. No hago el menor amago de ir a arrancarme en conjeturas. Así que, tras unos instantes de silencio, mi amigo me pregunta:

—¿Te acuerdas de Monique?

Cuelgo pensando en lo extraño que me resulta ahora que Monique siga existiendo y teniendo una vida propia fuera de mi cerebro.

La cólera de García Leguineche

García Leguineche, calificado repetidas veces en el pasado reciente por la crítica como «sin duda el escritor más brillante de su generación», está furioso. Más furioso de lo que recuerda haberlo estado jamás. Tan furioso que probablemente alguien que sólo lo conociera por las fotos que aparecen en la prensa o por las de las solapas de sus libros, donde siempre procura lucir media sonrisa traviesa e irónica, no lo reconocería. Con el ceño fruncido, chispas en los ojos, los labios apretados en un rictus belicoso que le tuerce la boca y las aletas de la nariz dilatadas como las de un toro a punto de embestir, parece bastante menos atractivo que en las fotos.

La anciana que pasa junto a él mientras busca histéricamente en los bolsillos de su chaqueta de cuero no sólo no ha reconocido «al valor más indiscutible e indiscutido del panorama de las letras actuales» (y por lo tanto no va a saludarlo con efusiva y perruna devoción y arrastrarlo hasta la librería más próxima para comprar un libro suyo y rogarle que se lo dedique), sino que incluso aprieta el paso, diciéndose para sus adentros que los jóvenes de hoy en día tienen cada vez peor catadura. Es obvio que la buena mujer no vio ayer a García Leguineche en el informativo de la tele que se emite en una franja horaria de máxima audiencia.

«Me cago en la leche», dice en voz bajita el escritor sin duda más brillante de su generación después de sacar su móvil, marcar un número y descubrir que su editora comunica.

Mientras espera a que su editora esté en condiciones de ponerse al teléfono, García Leguineche, conocido del uno al otro confín por su prosa vigorosa y vivaz, su estilo punzante, musculoso y mordaz, se encamina a grandes zancadas hacia una librería situada dos calles más allá.

A poco que se tomase la molestia de levantar la cabeza, la cajera de la librería, la séptima que García Leguineche visita esta mañana,

reconocería al autor de *Una patada en el culo*, la obra sin duda más celebrada y mejor acogida de los últimos dos años. Pero está demasiado ocupada garabateando con febril concentración Dios sabe qué en un cuaderno de espiral para registrar algo de lo que la realidad produce incesantemente a su alrededor. Mientras la joven sigue inmersa en sus absorbentes asuntos, García Leguineche recorre la librería de cabo a rabo, buscando con cierto frenesí entre los expositores donde se hallan las últimas novedades.

«Mecagoenlaleche, mecagoenlaleche, mecagoenlaleche, me va a oír esa zorra», murmura entre dientes cada vez más cabreado el insigne ganador del Premio de la Crítica 2002, cuyo jurado alabó el estilo directo y sin concesiones de *Una patada en el culo*, así como la ambición de una novela descamada que «ofrece una lúcida mirada panorámica sobre la sociedad contemporánea».

«Venga, joder, ponte al teléfono de una puta vez», no se recata de soltar García Leguineche en voz más o menos baja mientras tamborilea con los dedos sobre una pila de libros cuyo ejemplar superior ha vuelto boca abajo para impedir que proclame su título y el nombre de su autor. En vista de que la editora sigue comunicando, la gran esperanza blanca de la literatura se dirige hacia la cajera, que sigue inmersa en lo que escribe.

—Perdona, ¿podrías decirme dónde puedo encontrar ejemplares de *Pútridas patrias*? —pregunta el escritor sin duda más brillante de su generación en un tono que alarmaría a cualquiera que no estuviera tan absorto como lo está la joven cajera escribiendo lo que tanto podría ser la lista de la compra como un brote creativo, un poema, un diario personal, una novela tal vez.

—¿Eeeh? —La expresión con que la muchacha acompaña el rebuzno es la de quien regresa de mala gana de los remotos confines de una lejana galaxia.

—Perdona que te moleste, pero supongo que te pagan para atender a pelmazos como yo —mientras García Leguineche habla, la cajera abre desmesuradamente los ojos, única señal de que sigue con vida—, así que lo mejor será que muevas tu celulítico culo lleno de granos y me enseñes donde están los ejemplares de *Pútridas patrias*.

—¿Putriqué? —pregunta ella como si de verdad se hubiera propuesto pisotear el ego del laureado escritor que no conoce rival

entre las apretadas filas de su generación.

—*Pútridas patrias. Pútridas patrias*, ¿necesitas que te lo repita un par de veces más para que tu velocísimo y eficaz cerebro procese la información?

—No. Pero el libro que usted dice aún no nos ha llegado. —De algún modo, la cajera se las ha ingeniado para que la andanada sarcástica de García Leguineche le resbale.

—¿*Pútridas patrias* no os ha llegado?

—No, ya se lo he dicho —la muchacha sigue hablando como si él fuera transparente.

—¿Estás segura?

—Más segura imposible.

A García Leguineche le parece que la cajera parodia adrede un anuncio televisivo de compresas por el mero placer de irritarlo y, por un momento, da la impresión de estar a punto de abalanzarse sobre ella para abofetearla, una posibilidad que a ella sigue sin afectarle en absoluto. Como mínimo, la estampa que ofrece al mundo es la de una displicencia sin fisuras.

El autor cuya primera novela fue saludada por los críticos con todo tipo de alharacas dos años atrás sale de la librería a paso ligero mientras hace una nueva tentativa por hablar con su editora, esta vez con éxito.

—¿Sí?

¿Por qué tiene García Leguineche la impresión de que también ella anda con la cabeza en las nubes?

—Lucy, soy García Leguineche. ¿Se puede saber por qué mi novela no está en las librerías?

—¿Cómo dices?

—Mi no-ve-la, Lucy, no es-tá en las li-bre-rí-as —García Leguineche espera a que esta compleja información se abra paso entre las células grises de su editora.

—¿Tu novela? ¿Tu novela no está en las librerías? —Se produce un silencio durante el que el escritor sin duda más ambicioso y brillante de su generación se dice que tal vez Lucy haya pasado una noche turbulenta—. ¿Por qué lo dices?

—Porque esta mañana ya me he metido en siete librerías y mi novela no estaba en ninguna, ni en las grandes superficies ni en las modestas librerías independientes. ¿Me oyes? *Pútridas patrias* no

está en las putas librerías.

—¡Imposible! El… eee…, ¿cómo se llama?, el… No encuentro la palabra. ¡Dios mío! Eee… ¡Ya lo tengo! El distribuidor, eso, el distribuidor me garantizó que ayer estaría en todas partes.

—Pues no está. ¿Me quieres decir para qué coño pierdo el tiempo saliendo en la tele, en un programa de máxima audiencia y toda la mandanga, si la puta novela no está en las librerías?

—No te preocupes.

De nuevo García Leguineche tiene la sensación de que ella está como ausente, con los pensamientos puestos quién sabe dónde.

—¿Que no me preocupe? ¿Sabes cuántas ventas estamos perdiendo?

—Oye, ahora mismo llamo al distribuidor y enseguida te digo algo. Si es verdad lo que cuentas, se le va a caer el pelo.

Cuando la comunicación se corta, el tipo cuyo primer libro fue saludado como «el debut espectacular de un escritor de raza» decide que necesita tomarse una copa. Algo fuerte y capaz de subirle el ánimo de un patadón. Un *whisky*, dos. Por suerte, en esa mierda de ciudad hay infinidad de bares. Cuanto mayor es la densidad de gente desgraciada por metro cuadrado, más bares suele haber. Salen a tu encuentro, te tienden los brazos, piensa García Leguineche en un arrebato lírico.

Sin embargo, no se puede decir que el bar que García Leguineche elige estuviera reclamando ardientemente su presencia. Por algún motivo inexplicable, ver al camarero, que escribe acodado en la barra completamente ajeno a la llegada del escritor cuyo primer libro fue recibido por algunos como «sin duda el mayor acontecimiento literario del año», le resulta muy deprimente. Su propia reacción se le antoja a García Leguineche desmesurada y grotesca, pero para entonces ya ha dado media vuelta y salido del bar. ¿Qué sentido tiene deprimirse al ver a un tipo enfrascado escribiendo algo, sin duda la lista de pedidos a los proveedores? Ninguno. Desde luego, no piensa contárselo a nadie, aunque ése es el tipo de experiencia que luego utiliza como material de inspiración.

Al llegar a casa, le sorprende ver el coche de su mujer, que a esas horas tendría que estar en el trabajo. ¿Se habrá puesto enferma?, piensa con una punzada de culpabilidad el hombre cuya

primera novela ha sido calificada como «sin duda un libro de lectura indispensable para estar al tanto de las últimas corrientes de la literatura actual». Quizá le haya contagiado parte de su propia ansiedad ante la publicación de *Pútridas patrias*, piensa García Leguineche.

Pero Olivia no está en la habitación, sino en su estudio. Inclinada sobre su mesa de trabajo, escribe a mano en un cuaderno con expresión de profundo ensimismamiento. Tan enfrascada se halla en lo que escribe que García Leguineche tiene que carraspear para anunciar su presencia. Ella se pone roja como la grana y se apresura a meter el cuaderno en un cajón del escritorio, como una chiquilla a quien acabaran de pillar en falta.

Decididamente, se dice García Leguineche mientras besa a su mujer, éste es un día extraño. ¿Qué coño está pasando aquí?

El pitido del móvil interrumpe el curso de sus pensamientos. Es Lucy, su editora.

—Lo siento, tenías razón. Tu libro aún no ha llegado a las librerías —dice ella en un tono que le parece a García Leguineche estudiadamente contrito y poco sincero.

—¿Desde cuándo te dedicas a constatar la evidencia?

—Oye, tranquilízate. La distribución se hará hoy mismo. Gumucio me lo ha prometido. Le he insistido en que es el libro más esperado de la temporada.

—¿De la temporada? ¡Hace dos años que todo el mundo espera otro libro mío! ¡Los críticos se están mordiendo las uñas de impaciencia en sus despachos, Lucy! Los lectores se relamen de antemano…

—Claro, por supuesto.

—Y ¿se puede saber por qué Gumucio no distribuyó el libro cuando tenía que hacerlo?

—Un rapto de inspiración, ya sabes que a veces es una dueña despótica.

—¿De qué coño hablas?

—Está escribiendo una novela.

—¿El distribuidor?

—Sí, pensaba que te lo había comentado. Y parece que está ya a un puñado de páginas del final, de modo que sería cruel por nuestra parte tratarlo con demasiada dureza. Nosotros no podemos dejar de

entender lo que le ocurre, ¿no te parece?

—Vaya…

—Oye, tengo que dejarte. Tu madre llegará de un momento a otro.

—¿Mi madre? ¿Quieres decir mi madre? ¿La mujer que me trajo al mundo?

—Tu madre, sí. La misma que viste y calza.

El uso de esa expresión le pareció a García Leguineche particularmente desafortunado, en parte porque, después de oírla, su imaginación se obstinó en desnudar y volver a vestir rápidamente a su madre, a pesar de lo cual entrevió sus pechos caídos, que provocaron en él una honda tristeza.

—Y ¿qué tiene que ver mi madre contigo?

—¿Que qué tiene que ver? ¿No lo sabes?

—¿Saber qué?

—¡No me lo puedo creer! ¡No sabes nada! ¿No sabes que tu madre nos trajo hace unos meses el manuscrito de una novela magnífica? ¿No te lo dijo ella? Deberías ir a verla más a menudo, hijo descastado.

—¿No estarás tú también escribiendo una novela? —preguntó después de un largo y embarazoso silencio el escritor más ensalzado por la crítica en los últimos dos años.

—¿Yo? ¡No! ¿Qué te lo hace pensar?

—Nada. Olvídalo, era una tontería.

—¿Así que no sabías lo de tu madre? ¡Es increíble! ¡Y pensar que estuvimos a punto de acelerar la publicación para que la novela de tu madre coincidiera con la tuya y poder promocionarlas juntas!

Al colgar el teléfono, durante unos instantes García Leguineche tiene una súbita y nítida visión apocalíptica del mundo como un lugar donde de pronto todo se detiene (centrales eléctricas, nucleares, compañías de gas y de comunicaciones, cementeras, laboratorios farmacéuticos, aeropuertos, comisarías, parques de bomberos, parlamentos, administraciones, hospitales, edificios en construcción, escuelas, medios de comunicación), porque todos, unos tecleando a mayor o menor velocidad, otros garabateando en hojas de papel, escriben ensimismados algo que muy bien podría convertirse de forma inminente en el «debut más impresionante de esta temporada».

Viaje con turbulencias

No siempre puede uno saber con diáfana claridad lo que desea. Pero ese día las cosas eran más sencillas de lo habitual. Mis aspiraciones existenciales habían quedado reducidas a una sola. Si me hubiera propuesto confeccionar una lista inspirada en los Cuarenta Principales con mis sueños, afanes y deseos, mi fracaso habría sido rotundo, pues los treinta y nueve restantes no aparecían por parte alguna, y la energía que de otro modo se habría repartido a escote entre cuarenta deseos se concentraba en un solo objeto. Al saberse en tan encumbrada posición, mi deseo, inicialmente sensato y modesto, se había convertido en el más absorbente, imperioso y despótico de los afanes.

Decidida a satisfacerlo cuanto antes, resolví suspender durante unas horas toda relación con la realidad objetiva. Me fui a la estación del ferrocarril y compré siete benditas horas de aislamiento y soledad en forma de billete de ida y vuelta a Zaragoza.

Tuve suerte; después de recorrer todo el convoy, encontré un compartimiento vacío en el último vagón. Me arrellané en la butaca más cercana a la ventanilla y, con una sonrisa de estúpida beatitud, saqué de mi bolso el objeto de mi deseo, una novela apasionante a la que por fin podría dedicarle la atención que merecía sin los impedimentos que una suerte cruel se había empecinado en poner en mi camino durante las dos semanas anteriores con una perfidia sin precedentes. Antes de zambullirme de lleno en la lectura, aspiré los penetrantes efluvios del papel y la tinta y calculé que en el curso de aquel paréntesis de libertad temerariamente arrancado a mis responsabilidades podría leer unas doscientas páginas, tal vez más.

Estaba ya inmersa en el fascinante mundo que el autor había creado (para mí, para mí y sólo para mí) cuando un tipo irrumpió en el compartimiento. Exhalé un grito y pegué un brinco en mi asiento. Avergonzada, pasé casi sin transición a la clase de risita

ofuscada con que uno se ríe cuando acaba de hacer un ridículo espantoso. Pero el tipo ni siquiera esbozó una sonrisa. Rígido y tenso, farfulló una disculpa por haberme asustado y se sentó frente a mí.

Me dije que la irrupción de mi compañero de viaje era un contratiempo menor; dos pasajeros obstinados en charlar habrían supuesto una amenaza infinitamente mayor. Así que regresé a mi libro y retrocedí unas cuantas frases con ánimo de no perder el hilo de la historia. Apenas acababa de concentrarme cuando el tipo empezó a agitar un pie. De forma maquinal, mis ojos abandonaron la letra impresa, imantados por aquel pie y su espasmódico y exasperante movimiento. El hombre debió de percibir un destello de desaprobación en mi mirada porque el pie dejó bruscamente de moverse.

Tres o cuatro líneas después, mi vecino volvió a las andadas. Cruzó y descruzó varias veces las piernas desplazando mucho aire al hacerlo. Parecía estar incómodo no ya en su asiento, sino en el mundo. Luché con denuedo para amarrarme mentalmente a la novela, pero el sortilegio se había roto. La voluptuosa cadencia de las frases, que minutos antes me permitía saborear la textura y el sentido exactos de cada palabra, se había desdibujado para dejar paso a un magma informe y confuso cuyo sentido no alcanzaba a penetrar. Ni que decir tiene que seguí intentándolo. Pero empezaba a comprender que el desasosiego de aquel hombre pertenecía a una especie altamente contagiosa; no sólo no dejaba ni un minuto de agitarse y de rebullir en su asiento, sino que de algún modo se las ingeniaba para provocar en mí una exagerada conciencia de todos sus movimientos, como si repercutieran en mi propio cuerpo segregando oleadas de malestar físico. Se rascaba, se atusaba el bigote, descruzaba y cruzaba las piernas, regresando así a su posición inicial; se frotaba las manos, suspiraba, agitaba ora un pie, ora el otro, tamborileaba en la butaca. A veces, combinaba dos o tres movimientos al mismo tiempo.

Cerré el libro con un golpe involuntariamente violento, y nuestras miradas, más que encontrarse, chocaron. Percibí en sus ojos una expresión lastimera que hostigó mi creciente aversión por aquel desconocido. Ni siquiera sabía quién era y ya las circunstancias sembraban la discordia entre nosotros.

Contemplé la posibilidad de cambiar de compartimiento, pero recordé que todos iban llenos. Incluso acaricié la idea de bajar en la siguiente estación y coger cualquier otro tren; a fin de cuentas, me traía sin cuidado ir a Zaragoza, a Madrid o a Valencia. Pero de pronto me vi a mí misma saltando de tren en tren, obsesionada por encontrar el compartimiento vacío y tranquilo que un hado cruel y burlón se complacía en negarme, y la imagen me pareció opresivamente absurda.

Volví la vista hacia el paisaje que desfilaba a toda velocidad. Era muy feo; apenas si se veía otra cosa que horrendas fábricas sepultadas bajo toneladas de mugre y envueltas en ominosas espirales de negra humareda; sin embargo, me pareció reconfortante. Estaba a punto de sonreír ante lo estúpido de aquella situación cuando, de pronto, el tipo se dirigió a mí.

—Me juzga usted, ¿verdad?

Disparó su acusación con voz de insecto. De pronto, me veía sentada en el banquillo, juzgada por haber juzgado. Estaba tan anonadada que tardé en poder articular palabra.

—¿Cómo dice?

—Digo que me está usted juzgando.

Tenía voz de insecto, y también los ojos, redondos y saltones, recordaban los de una mosca. Y era tan bajito que los pies no le llegaban al suelo.

—¿Que yo lo juzgo? ¿Por qué iba a juzgarlo?

Mis palabras se me revelaron en su absoluta estupidez no bien las hube pronunciado. Obedecían, es cierto, a una lógica aplastante. Pero encerraban también una flagrante impostura. Estaba desconcertada. Y, por otra parte, me daba cuenta de que seguirle el juego a aquel hombrecillo era un disparate.

—No me negará que le ataco los nervios, que mi simple presencia la incomoda y que no le resulto simpático.

—Óigame. Ni niego ni afirmo. Sencillamente, no entiendo lo que pretende usted.

—Sólo pretendo —fue su asombrosa respuesta— que sea usted sincera.

Aquélla era una de las situaciones más enrarecidamente absurdas en las que me había visto involucrada. Me dije que aquel tipo era un insecto que, al caer en una tela de araña, se las

ingeniaba para apoderarse de la voluntad de su verdugo con el arma infalible del chantaje sentimental. Él era débil y yo fuerte; sin embargo, conseguía que me tambaleara en la cuerda floja.

—¿Y si no quiero ser sincera? Nadie puede obligarme.

Pero me equivocaba al pensar que con esto zanjaría el asunto.

—Tiene razón —contraatacó el tipo—; sólo una íntima noción de la decencia, que se tiene o no se tiene, puede impulsarlo a uno a ser sincero. Y usted carece de la menor noción de decencia.

—Muy bien: soy indecente, hipócrita, miserable; una auténtica piltrafa humana, lo que usted quiera; le doy permiso para aplicarme cuantos improperios le vengan a la cabeza. El problema es que, a diferencia de lo que le pasa a usted, a mí me trae sin cuidado su opinión. Me importa un pito caerle bien o asquerosamente mal. Lo único que quiero es acabar con esta discusión absurda, ¿me entiende?

Sin duda me había excedido en mi deseo de zaherirlo. Empecé a sentirme culpable y, al mismo tiempo, me irritó sentirme culpable.

—Claro —volvió a embestir, pero cambiando el tono dolido y acusador por otro tranquilo y frío, ominoso en su extraña calma—, el mundo gira en torno a usted. O, mejor dicho: está a sus pies, como un felpudo que aguarda con absoluta mansedumbre a que usted lo pisotee cuando le venga en gana. Quería usted leer, ahora me doy cuenta. Es usted una persona educada, culta y sensible que sólo pretendía leer una novelita. Y en ésas entro yo, un hombre que tiene la particularidad de estar muy agitado. La molesto. No se pregunta lo que puede pasarme. Ni siquiera se le ocurre pensar que tal vez tengo problemas. Sencillamente, la molesto. Soy una grosera pedorreta procedente de la vida real, algo que le impide a usted entregarse a un mundo de ficción infinitamente más elevado y sublime. Y, puesto que no soy más que una pedorreta, usted no vacila en manifestar toda su hostilidad y en tratar de aplastarme con la mirada para que me sienta inferior e incorrecto. La felicito: ha conseguido su objetivo. Ha lastimado mi amor propio y ahora llevo conmigo una carga de dolor mayor que la que arrastraba hace un rato. Podría fastidiarla con un relato pormenorizado de mis desdichas, pero no se preocupe, se lo ahorraré. Puede usted volver a su libro.

El tipo se calló. Mientras hablaba, había hecho un esfuerzo

sobrehumano por construirme una máscara de cínica displicencia. Pero sentía deseos de aplastarlo como a una cucaracha.

—Sus desdichas, caballero, me importan un rábano. Podría usted morirse aquí mismo sin que moviera un dedo para ayudarlo.

Sin otra cosa que añadir, nos miramos fija e intensamente durante largo rato. Hacía apenas media hora éramos dos perfectos desconocidos cuyas trayectorias vitales no se habían cruzado. Pero ahora nos odiábamos como sólo pueden odiarse dos seres humanos.

Chocolate negro

Pongamos que la señora Alondra es una mujer de cerca de cincuenta años. Pongamos que la vida no la ha tratado ni muy bien ni muy mal y que está tan satisfactoriamente casada como puede estarlo una persona después de una secuencia ininterrumpida de veinticinco años de matrimonio. Pongamos que los 2,2 hijos con que la señora Alondra ha contribuido a la reproducción de la especie hace ya tiempo que se abren camino por la vida apartando a codazos a los hijos de mujeres muy parecidas a la señora Alondra. Pongamos que ya no hay el menor atisbo de sorpresa o de desorden o de locura en la vida de la señora Alondra. Pongamos que su vida está estancada en una prórroga, en una especie de prolongación inerte y repetitiva de la partida que, en realidad, concluyó hace rato. Pongamos que la señora Alondra no se formula las cosas de este modo, ni de ningún otro en realidad. Pongamos que a menudo es presa de un profundo desasosiego cuya causa ignora. Pongamos que para combatir esa sensación opresiva toma a menudo chocolate negro, muy amargo.

Pongamos también que la señora Alondra tiene una amiga íntima llamada señora Paloma y cuyas circunstancias vitales, incluida la afición por el chocolate negro, muy amargo, son en lo fundamental muy parecidas a las de la señora Alondra. Pongamos que en el curso del tiempo las dos mujeres han establecido la costumbre de comer juntas una vez al mes. Pongamos también que ninguna de las dos mujeres sería capaz de explicar por qué durante todo ese tiempo han mantenido en secreto sus encuentros mensuales, ocultándoselos en particular a sus maridos, cuando en realidad no hay en esas comidas entre dos viejas amigas nada susceptible de ser ocultado. Pongamos que, en cualquier caso, el hecho de que sus encuentros sean secretos les proporciona a ambas mujeres una extraña y perturbadora sensación de libertad y

trasgresión, como si hubieran logrado arañarle a su vida una minúscula esfera íntima que les proporciona atisbos de una realidad menos estrecha y mejor ventilada, aunque ellas jamás se lo han formulado de ese modo.

Pongamos que en el curso de una de esas comidas a la señora Alondra se le ocurre de pronto, en una inspiración tan casual como inexplicable, contarle a la señora Paloma que tiene un amante. Pongamos que es la primera mentira que le cuenta a su amiga. Pongamos que, no bien ha soltado su embuste, la señora Alondra se siente tan perpleja como avergonzada y durante unos instantes está a punto de desmentirlo de inmediato. Pero en vista del interés que su mentira ha despertado de pronto en la señora Paloma, decide seguir tirando del hilo de su ficción y la dota de textura y verosimilitud mediante la invención de una serie de extraordinarios pormenores. Pongamos que, al término de esa comida, la señora Alondra ha compuesto el retrato de un hombre espléndido y ha pergeñado algunas de las líneas maestras de una hermosa historia de amor. Pongamos también que esta ficción surte el curioso efecto de imprimirle un nuevo tono, marcadamente más luminoso, a la vida de la señora Alondra. Pongamos que el desasosiego que tan a menudo se apoderaba de su ánimo entra en fase de remisión. Pongamos también que sigue alimentando su ficción no sólo cuando se encuentra con la señora Paloma, sino también a solas. Pongamos que ya casi nunca toma chocolate negro, muy amargo.

Pongamos que la señora Paloma nunca ha tenido un amante ni nunca ha contemplado la posibilidad de tenerlo. Pongamos que a raíz de la comida en la que su amiga le contó que tenía un amante la señora Paloma empieza a tomar dosis mucho más altas que antes de chocolate negro, muy amargo. Pongamos que desde entonces una extraña jauría de pensamientos disparatados, enfurecidos e indomeñables le aúllan en el cerebro noche y día. Pongamos que trata de amordazar a esos perros aulladores sin resultados apreciables. Pongamos que lo que le aúllan los perros noche y día es que su vida está vacía, que se halla en un punto muerto, y que todo, o por lo menos lo mejor, se acabó ya tiempo atrás. Pongamos que después de cierto tiempo conoce a un hombre, que ni le gusta mucho ni le disgusta, y lo convierte en su amante. Pongamos también que, comparado con lo que sabe del amante de la señora

Alondra, su propio amante se le antoja ligeramente decepcionante.

Pongamos que cuando la señora Paloma le confiesa que ella también tiene un amante, la señora Alondra no piensa ni por un momento en la posibilidad de que el amante de su amiga sea un hombre real. Pongamos que la señora Paloma omite comunicarle a su amiga su leve decepción. Pongamos también que la señora Alondra se alegra sinceramente de que la señora Paloma se haya decidido a seguir su ejemplo, pues no duda de que así la vida de su amiga experimentará la sensible mejoría que se produjo en la suya desde el momento en que tuvo la curiosa y feliz ocurrencia de inventarse un amante.

Pongamos que en su siguiente encuentro, la señora Alondra se sorprende al descubrir que la señora Paloma no parece particularmente contenta. Pongamos que la señora Paloma se muestra renuente a hablar de su propia aventura y que, en cambio, le pide a la señora Alondra detalles significativos de la personalidad de su amante y del curso que toma su relación. Pongamos que a la señora Alondra le da por pensar, claro que sólo es una mera sospecha carente de fundamentos, que acaso la señora Paloma no esté demasiado satisfecha de su amante.

Pongamos que al término de la comida las dos amigas piden, como acostumbran a hacerlo siempre, chocolate negro, muy amargo. Pongamos que la señora Alondra apenas si lo prueba. Pongamos también que la señora Paloma se da un auténtico atracón de chocolate negro, muy amargo. Pongamos que precisamente mientras observa a su amiga comer con voraz ansiedad el chocolate negro, muy amargo, la señora Alondra comprende que la señora Paloma se ha inventado un amante equivocado y que el suyo, desde luego, es mucho más competente.

Retrato de Emma en el jardín

Técnica mixta

Puede que aquel día las cosas no fueran perfectas (de hecho, estoy segura de que no lo eran), pero al menos tenían el detalle de parecerlo. El cielo era de un azul profundo, el vendaval del día anterior había limpiado la atmósfera y el mundo estaba tan resplandeciente como si acabaran de vendémoslo y la emoción de estrenarlo nos impidiera pensar en lo caros que iban a salimos los plazos. Todas las cosas, de las mayores a las más chicas, daban la impresión de hallarse en estado de gracia. Incluso mi humor, que en los últimos días había atravesado zonas borrascosas, era radiante. Aunque, si he de ser sincera (pero ¿quién coño me obliga a ello, eh, acaso algún sensible lector piensa forzarme a ello pistola en mano?), en la trastienda de mi alma reinaba secretamente, como un monarca clandestino en un país republicano, cierta inquietud. Era una inquietud de tamaño más que modesto, una microinquietud infinitesimal en edad protoescolar, pura calderilla a la que las inquietudes gordas miraban por encima del hombro, muy bien, pero allí estaba. Podía ser abolida, eliminada, expulsada del sistema, pero, por supuesto, también podía crecer lo suficiente para mirarme desde la imponente magnitud de una inquietud colosal.

Aun así, yo estaba ferozmente decidida a salvar cualquier obstáculo con tal de que por una vez las cosas salieran no bien, sino superlativamente bien, bestialmente bien, cuasi obscenamente bien. Abría a menudo la nevera porque examinarla y hacer el recuento de los tesoros que contiene siempre me infunde tranquilidad. Lo mejor que produce este podrido mundo estaba en mi nevera: la pasta fresca más exquisita que podía encontrarse en bastantes kilómetros a la redonda, el mejor *foie gras*, los ingredientes más apetitosos y caros para hacer las ensaladas más sabrosas, los quesos, embutidos y fiambres de mayor calidad, los mariscos y pescados más frescos, así como los vinos más adecuados para acompañar cada cosa, todo

estaba allí, y me tranquilizaba verlo y pensar que era mío, que podía hacer con ello lo que me pasara por las narices, incluso tirarlo a la basura si me daba la gana. En una ocasión compré montones de comida, aguardé a que se fuera pudriendo, fotografié y filmé el proceso, aceché la aparición de gusanos y moscas, clasifiqué meticulosamente los bichos obtenidos, volví a filmarlos y luego los utilicé en una instalación interactiva titulada *Vida después de la muerte*, donde, mediante un procedimiento de grabaciones y proyecciones, el público podía asistir virtualmente a su propia muerte y verse a sí mismo enterrado en la tumba (la ilusión era casi perfecta) mientras hordas de distintos insectos devoraban su cuerpo. Cuando se expuso, la instalación provocó cierta alarma social así como el colapso de los servicios de incineración hasta que fue retirada.

El precio de las cosas que se apilaban en mi nevera no importaba, podía permitírmelo. Había vendido unas cuantas piezas, y la penuria, la angustia ante el futuro y la falta de perspectivas eran ya sólo un pálido recuerdo de un pasado extinguido y arqueológicamente observable y clasificable (o tal vez barrido a toda prisa debajo de la alfombra). Una de las piezas que acababa de vender (*Mi nevera, mi alma*) consistía precisamente en una serie de neveras abiertas y más o menos rebosantes de distintas vituallas, cada una de las cuales componía un retrato bastante preciso de sus propietarios. Le puse un precio desorbitado, y esta sencilla estratagema atrajo a un comprador ambicioso, alguien que en cualquier caso no retrocedió ante el complejo mantenimiento que exigía la pieza. Cuanto más irrazonablemente caro es algo, más atractivo resulta para ciertos individuos, yo la primera. De hecho, es casi una verdad de Perogrullo: la dificultad de obtener algo le confiere un atractivo irresistible. Si el *foie gras*, el caviar, el jamón de Jabugo y los vinos exquisitos no fueran tan caros no tendrían la mitad de interés. Lo mismo puede decirse del arte contemporáneo: si no fuera relativamente inaccesible, si uno no tuviera que iniciarse primero en sus misterios para ser capaz de disfrutarlo, perdería buena parte de su poder de fascinación. Vivir en sociedad entraña medirse con los otros, y el arte, los vinos, el sexo y la gastronomía son algunas de las cosas que marcan la diferencia. No digo que no proporcionen placer por sí mismos, pero es obvio que además se

erigen en símbolos de otra cosa y que esa función simbólica es a veces la más gratificante.

Cerré la nevera después de inspeccionarla por enésima vez y miré a mi alrededor. Lo que vi no pudo por menos de arrancarme una sonrisa. Había que ser un tarado o tener la sensibilidad en el culo para no darse cuenta de que aquella casa era una obra de arte. La había comprado a un precio ridículo cuando sólo era una ruina hincada en lo alto de un promontorio y sepultada bajo toneladas de mugre y telarañas, y ahora todo en ella era singular, todo llevaba mi sello, el peso de mi ego y mi gusto por la provocación, todo estaba milimétricamente pensado para producir asombro, admiración, disgusto, asco, rechinar de dientes, rechazo pacato, algo. Como la cena ya estaba casi preparada, excepto en algún detalle nimio de última hora, me serví una copa de vino blanco muy frío y salí al porche a esperar a Emma contemplando la larga y centelleante estela que dibujaba en el mar un sol cada vez más bajo.

No podía decirse que hubiera sido desleal con Emma, aunque no por falta de ganas. Desde que ella se largó tres años atrás a Sydney, Australia, en pleno periodo de enfriamiento de nuestra amistad (o de sobrecarga de los motores por recalentamiento), dejando vacante el puesto de mejor amiga que había ocupado durante una secuencia ininterrumpida de dieciocho años, menos poner un anuncio en la prensa, yo había hecho de todo papa sustituirla. El problema es que ninguna de las candidatas examinadas con decreciente entusiasmo dio la talla. Me entretuve contándolas y llegué hasta diecisiete. Algunas (como era el caso de Jeanine, Susanna y Pina) valían para el puesto de amiga común y corriente, pero eran poca cosa para calzarse la corona, blandir el cetro de mejor amiga y asentar las posaderas en ese noble trono. Confieso que incluso llegué a encumbrar a Jeanine hasta el trono, pero su reinado no duró más de quince días.

Emma, Em… ma, Eeee… mmmaaaaa. Me dejé cegar por los destellos del agua, que tanto me ayudan a combatir la ansiedad, seguramente porque ralentizan mis pensamientos hasta llevarlos a la epifanía del encefalograma plano, la idílica mente en blanco que persiguen los budistas. La luz del crepúsculo me había convertido en algo apenas más humano e intelectualmente competente que uno de los líquenes de color ocre que lamían las piedras del jardín,

cuando el ruido de un motor sembró la alarma en mi adormilado sistema.

En cuanto abrí los ojos, todas mis células se estremecieron con asombrosa unanimidad. Emma bajaba del coche y, tras cerrar enérgicamente la portezuela y cruzar la cancela, venía hacia mí de forma tan resuelta e inexorable que era obvio que llegaría. De hecho, pisaba tan fuerte como si supiera perfectamente que diecisiete aspirantes a sustituirla habían sido rechazadas una tras otra. Volví a estremecerme, si es que había dejado de hacerlo en algún momento. Es curioso: me había pasado los últimos días esperando con impaciente excitación su llegada y ahora que por fin estaba allí, me sorprendí a mí misma deseando con todas mis fuerzas que no llegara nunca, que tardara diez años en cruzar el jardín, que se quedara ahí un rato, donde estaba, en la entrada de mis dominios, petrificada, de modo que yo tuviera un margen de tiempo para superar mi ataque de cobardía. O para salir corriendo.

Entonces, cuando se hallaba a no más de dos o tres zancadas del centro del jardín, cerca del estanque donde flotaba, con el cuerpo asquerosamente hinchado, mi propia versión de Ofelia, Emma, tras una brasca sacudida que resultó un tanto cómica, como si unas riendas invisibles tirasen con repentina fuerza de ella, se quedó extrañamente inmóvil. Ya sé que es difícil de creer, pero lo primero que sentí fue irritación. Estaba convencida de que Emma se las había ingeniado para adivinar lo que pasaba por mi cabeza y cumplía mi deseo de verla petrificada con la clara intención de burlarse de mí, de decir la última palabra y ser más que yo. Siempre había tratado de ser más que yo, de ser más que nadie, de encaramarse por encima de los demás, de hacerse notar siempre y en cualquier circunstancia. Pero ¿por qué coño tenía que obsesionarme eso a mí? ¿No tenía yo tanta culpa como ella? Al fin y al cabo, tal vez no era sólo la tendencia de Emma a pisotear un poco al resto del mundo sin darse cuenta siquiera, sino también mi mareada proclividad a competir con cualquier bicho viviente y acabar indefectiblemente sintiéndome menos que nadie por el grandioso placer de autofustigarme. ¿O es que yo también quería pisar a mis congéneres (aunque, a diferencia de Emma, yo sí me daría cuenta) y me fastidiaba que ella fuera la campeona imbatible en esa especialidad? De nuevo, como solía sucederme años atrás, mi

propia irritación me irritó a muerte. Por lo visto, hay cosas que nunca cambian, y Emma siempre había tenido la extraña virtud de conseguir que acabara odiándome a mí misma.

Pero, aún cegada por la irritación, caí enseguida en la cuenta de que ocurría algo extraño. La actitud en la que Emma había quedado inmovilizada era sospechosamente dinámica, con el pie de atrás flexionado sin casi tocar el suelo y el cuerpo muy echado hacia delante, de modo que a una persona que no tuviera notables habilidades de mimo o de estatua viviente (y Emma era más bien torpe desde un punto de vista estrictamente psicomotriz) le sería imposible mantenerse en equilibrio y sin moverse más de siete segundos. Me levanté de la tumbona, todavía un poco embotada, y me acerqué a Emma, que seguía congelada en aquella pose absurda, con una sonrisa de oreja a oreja y la mirada chispeante y llena de ironía que constituía su rasgo más característico. Otro de sus rasgos característicos consistía en prolongar los chistes mucho más allá de lo razonable, lo que les quitaba toda la gracia.

—Venga, tía, déjalo ya —solté casi involuntariamente—. Ya está bien, ¿no?

La sonrisa de oreja a oreja, el pie flexionado y el cuerpo muy echado hacia delante no registraron el menor movimiento ni dieron señal alguna de que su propietaria hubiera oído mis palabras. Espié su pecho, suputando que la respiración por fuerza había de agitarlo tarde o temprano, pero me equivocaba. La inmovilidad de Emma era tan absoluta que mi irritación dio paso a un pasmo sideral, y el pasmo sideral al pánico.

En arte, la originalidad es el primer mandamiento, así que los artistas tenemos no sólo licencia sino casi la obligación de ahondar en nuestra singularidad. Se supone que trabajamos con eso y que ofrecemos al mundo miradas y puntos de vista insólitos sobre las cosas. Algunos llevan el asunto hasta el extremo de cultivar descaradamente la excentricidad, de modo que a menudo los límites entre extravagancia y locura resultan difusos. Por eso uno siempre tiene cierta impresión de cortejar de algún modo la locura, de bordearla y jugar con fuego. Yo siempre he sentido cierto temor a acabar cruzando la frontera. De ahí que ese día mi forma de zafarme del miedo de haberme vuelto completamente loca consistiera en negar la evidencia, puesto que, por otra parte, para

mí la evidencia no existe: tiendo a considerar la realidad como un producto de mi imaginación, como una cuestión de perspectiva. Por consiguiente, no es de extrañar que diera media vuelta, cruzara la cancela para salir del jardín y me fuera a caminar, dominada a la vez por una considerable confusión mental y una fe ciega en que, a mi regreso, tanto Emma como su coche se habrían desvanecido sin dejar rastro alguno sobre la faz de la tierra. De hecho, durante mi paseo estuve dándole vueltas a la forma de utilizar aquella alucinación como punto de partida para alguna pieza impactante.

No sé si tardé una hora o tardé dos, pero cuando volví el coche de Emma seguía allí, blanco y bastante mugriento, pues ella no es la clase de persona que se preocupa por lavarlo. No me hizo falta mirar al jardín para saber que también Emma seguía en su sitio, plantada en medio del jardín. Mientras me acercaba lentamente deseé con todas mis fuerzas que Emma se descongelara, que arrancara a andar, que se moviera, que dijera cualquier estupidez, que se cayera de bruces al suelo. Pero, por lo visto, las Instancias Superiores ya habían dado por terminado su trabajo conmigo. Después de concederme el primer deseo, debían de haberse sentido tan magnánimas que decidieron cerrar la barraca por una temporada.

Cuando llegué junto a ella, decidí recuperar la serenidad y la sensatez. ¿Qué eran esas tonterías de pedir cosas a unas Instancias Superiores en las que ni siquiera creía? Sencillamente, uno no puede creer ciertas cosas, de modo que me dije que por fuerza tenía que haber un truco. Un truco endiabladamente ingenioso que planteaba complejos desafíos técnicos, es cierto, pero habida cuenta de que Emma es ingeniera de telecomunicaciones y que además pertenece al tipo de personas capaces de no retroceder ante nada con tal de conseguir lo que quieren, cabían varias explicaciones racionales, todas más o menos fantásticas al mismo tiempo. Después de todo, si yo misma había podido crear en un puñado de personas la ilusión casi perfecta de estar metidas en un ataúd bajo tierra mientras los gusanos se afanaban sobre sus restos mortales, ¿por qué no iba Emma a ser capaz de producir un espejismo? Podía, por ejemplo, haberme engatusado con una serie de proyecciones holográficas realizadas desde algún vehículo en marcha y mientras esas imágenes virtuales me distraían a modo de señuelo, varios

individuos, ocultos tras esa pantalla virtual, podían muy bien haber colocado aquella escultura hiperrealista en mi jardín. Era una hipótesis plausible. Y el hecho de que yo estuviera medio dormida debió de concurrir a favor de los autores del ingenioso fraude.

Aplaudí no sin ironía gestual, convencida de que Emma estaría escondida en alguna parte, saboreando el éxito de su *performance*, y de que no tardaría en hacer acto de presencia. Mientras examinaba la escultura, admirada ante su pasmoso realismo (me gustaba particularmente el bolso de mano de plástico transparente de color rosa chicle en el que se veían las llaves del coche, un paquete de Marlboro *Light*, un monedero, un plumier, varios papeles más o menos manoseados y una edición de bolsillo de *Historia universal de la infamia*), un coche se detuvo frente a mi casa, se oyó el ruido de la portezuela al abrirse y cerrarse, el gruñido de la cancela y el crujir de la tierra bajo unos pasos. Esperé a mi visitante sin apartar la vista de la escultura.

—¡Joder! Se parece a ella como si la hubieran clonado —exclamó Agus al llegar a mi lado—. La mismísima Emma con su mismísima sonrisa y enseñando tres dedos de su mismísima barriga. ¡Qué fuerte! ¡Es ab-so-lu-ta-men-te i-dén-ti-ca! Qué mal rollito da, ¿no? ¡Eres un monstruo, una alimaña, un *crack*! ¡Si hasta parece que la sangre le corra por las venas! ¿La has hecho de memoria o a partir de una foto?

Me quedé mirando a Agus atónita, incapaz de pronunciar palabra durante unos instantes. La expresión de mi rostro debía de contradecir mi alto coeficiente intelectual y mi capacidad de réplica fulminante y por lo general ingeniosa y mordaz, porque Agus me preguntó varias veces qué me pasaba.

—Yo no he hecho nada —logré al fin articular.

—¿Ah, no?

—No tengo nada que ver con esto, te lo juro por mis muertos.

—Lo dices como si fuera un delito sucio y repugnante.

Me sudaba el bigote y la palma de las manos.

—¿Y cómo aterrizó aquí, si puede saberse? —siguió embistiendo Agus.

—Apareció… Sin más, así, de repente —me defendí encogiéndome de hombros.

—¿De repente? Ya…

—Oye —interrumpí con notable brusquedad—. No tengo ganas de hablar de esto. Ningunas ganas, ¿vale?

—No sé qué cojones te pasa, pero cada día estás más chiflada.

A juzgar por su actitud, Agus era inocente. Si alguien me estaba tomando el pelo, él estaba fuera de la conspiración.

No tuve noticias de Emma ni ese día ni los siguientes. Su coche, o esa réplica exacta de su viejo coche blanco y mugriento, permaneció donde estaba, aparcado delante del muro de mi casa, como un recordatorio burlón de aquel desconcertante enigma. Cada vez que miraba el mar desde el porche, cada vez que regaba el jardín, cada vez que me sentaba a mirar el crepúsculo, el viejo Seat de Emma se colaba en mi campo visual, por si la estampa de su dueña, petrificada en aquella absurda actitud dinámica, no bastara para sabotear con lenta e insidiosa eficacia mi salud mental. Confieso que, aunque el coche estaba cerrado y con todos los seguros echados, hurgué en las cerraduras con una horquilla a modo de ganzúa y no descansé hasta que conseguí abrir una puerta. No sé qué coño esperaba encontrar allí, tal vez algún mensaje o un indicio que me permitiera arrancarle una brizna de sentido al sinsentido, pero todo fue en vano. En cualquier caso, en el interior enrarecido y recalentado por el sol todavía flotaba un intenso, casi putrefacto olor a Excess, el perfume que solía llevar Emma.

Al igual que le había sucedido a Agus, todos los amigos, parientes, marchantes, galeristas, comisarios, colegas, periodistas y demás animales semirracionales que desfilaron por mi casa se deshicieron en alabanzas hacia la Emma petrificada que tomaban por la última de mis instalaciones. Yo estaba que trinaba, con los nervios de punta, más ansiosa que nunca. Era como si el mundo entero y sus desorganizados moradores se hubieran puesto de acuerdo por una vez para meterme el dedo en la llaga. Un imbécil, no recuerdo ya quién, llegó incluso a asegurar en pleno delito de clamorosa estulticia que se trataba de mi mejor trabajo hasta entonces. Era inútil repetir una y otra vez, como ya le había dicho a Agus, que aquella estúpida estatua de mierda había aparecido allí un buen día sin que yo tuviera nada que ver en el asunto. Decir la pura verdad sin trampa ni maquillaje y que nadie te crea ya es una

experiencia desasosegante. Pero decir la pura verdad sin adornos y que todos crean que no es más que la caprichosa ocurrencia de una artista con ganas de llamar la atención o de hacerse la original es un hueso aún más difícil de roer. Claro que cualquiera que repase mi historial de declaraciones a la prensa dirá que me lo he merecido.

El día en que mi marchante vino a decirme que había vendido la pieza de Emma a un conocido coleccionista británico por una cantidad realmente astronómica, perdí los estribos y, tras decirle a gritos que aquello no era una pieza, que no la había hecho yo y que de todos modos no estaba a la venta, lo despaché con cajas destempladas (hecho que probablemente él interpretó como la enésima humorada de una artista temperamental). Mi propia reputación se convertía en una trampa mortal en la que me revolvía inútilmente tratando de escapar.

Poco después de esa escena, me obsesioné con la idea de que Emma me vigilaba en secreto (y se regodeaba en mis tribulaciones) desde la casa vecina a la mía, que de algún modo se las había ingeniado para alquilarla o meterse allí de matute y me espiaba día y noche desde las ventanas. Me resultaba cada vez más difícil hurtarme a la sensación de ser continuamente observada por la mirada irónica de Emma, de modo que, cuando me hallaba en el porche o en el jardín, me volvía bruscamente para descubrirla mirándome, y en alguna ocasión la exhorté a mostrarse increpándola a alaridos. En tres ocasiones alcancé incluso a vislumbrar la inconfundible silueta de un cuerpo apartándose con rápidos reflejos de alguna ventana. Hasta que una noche me decidí a entrar en la casa. No habría dado ni diez pasos en el jardín, cuando algún sensor detectó mi presencia y puso en marcha la alarma (lo que, analizado *a posteriori*, apunta con irrefutable claridad a que la casa estaba vacía). Cuando, pasados unos minutos, la policía apareció por allí envuelta en su estrépito habitual de sirenas y chirridos de frenos (la alarma estaba conectada con el cuartelillo más cercano), por fortuna yo ya estaba de vuelta en mi casa. Al día siguiente, después de pasar una de las noches más pesadillescas de toda mi vida, llamé a una agencia inmobiliaria para poner mi casa en alquiler, perder así de vista a Emma y su coche y tratar de frenar de algún modo mi paranoia galopante.

El hecho de que nadie entendiera mi decisión de cambiarme de casa me traía sin cuidado. Yo incluso diría que la incomprensión general me envalentonó y me dio alas y pista de despegue. A medida que pasa el tiempo, soporto mejor la incomprensión, y a veces incluso la encuentro reconfortante y casi deseable. Que lo entiendan a uno es algo que sólo los débiles necesitan y, por otra parte, corre el peligro de reblandecer el cerebro, sobre todo cuando esa comprensión viene envuelta en elogios. No es bueno darse excesivas facilidades. La incomprensión, por el contrario, mantiene la musculatura cerebral en tensión y el espíritu alerta, belicoso, en estado permanente de sublevación, a salvo de la pereza mental, uno de los mayores peligros que se ciernen sobre los seres humanos en general y los artistas en particular.

Al principio de estar instalada en mi nuevo dúplex del centro de la ciudad, el trajín de la mudanza y de la organización de la nueva vivienda y el nuevo taller me tuvieron lo bastante ocupada como para estar a salvo de ciertos pensamientos. Pero no es tan fácil dar el esquinazo a una obsesión. Por un lado, luchaba por olvidar lo que había visto y no pensar en ello, pero por otro me devanaba los sesos tratando desesperadamente de sacar algo en limpio. A veces me sorprendía reflexionando acerca de los medios técnicos que me habían permitido ver con toda claridad a Emma atravesando el jardín. Tomaba notas, hacía bocetos, me despertaba sobresaltada en mitad de la noche y garabateaba febriles hipótesis, me despeñaba en conjeturas, verosímiles algunas, descabelladas las más. Con todo, lo que arrojaba sobre mí el mayor saldo de inquietud era que después de tres meses Emma siguiera sin dar señales de vida. Ni una carta, ni un correo electrónico, ni una llamada telefónica, nada. Aquello olía raro porque ni la paciencia ni el silencio después de una hazaña correspondían a su estilo, más bien proclive al exhibicionismo narcisista y a un desmedido afán de protagonismo. Pese a que me había propuesto no dar señales de estar perdiendo el control (pues estaba segura de que Emma jugaba conmigo, que se mantenía al acecho en alguna parte, espiando mis reacciones para reaparecer cuando le diera la gana, reírse de mí y ganarme una vez más la partida), empecé a hacer ciertas pesquisas. Lo que averigüé no era muy alentador. En Sydney, Australia, nadie sabía dónde estaba o, mejor dicho, nadie se preguntaba dónde se había metido.

Lo único que sabían era que dejó su apartamento tres meses atrás para regresar a su país. Y allí suponían todos que estaba. Nadie daba la impresión de estar inquieto, ni parecía que Emma hubiera dejado tras de sí algún novio ni alguna mejor amiga de nuevo cuño con quien se comunicara con cierta frecuencia desde su partida, de modo que su rastro se perdía por completo.

El azar vino en mi ayuda en forma de una oportuna exposición en Nueva York para cuya realización tenía que pasar más de dos meses allí. Pensé que poner el océano Atlántico de por medio me vendría bien, y así fue. Volví con los pensamientos ventilados y con la cuenta corriente tan obscenamente hinchada como la ubre de una vaca antes de ordeñarla. Por primera vez en bastante tiempo, tenía la sensación de ser casi feliz, es decir, lo máximo a lo que, en mi opinión, puede aspirar uno en este mundo. Casi feliz como era, dos días después de mi regreso, en la inauguración de una nueva galería me precipité en brazos de un tipo (también lo habría hecho de ser muy desgraciada). Él no quiso que fuéramos a mi casa. A mí me pareció bien dejarme arrastrar a la suya, porque siempre he creído que una se compromete menos si la obra se desarrolla en casas ajenas. Tuve un presentimiento cuando el tipo dejó la autovía y enfiló cierta carretera que yo conocía casi de memoria, curvas y socavones incluidos. Supongo que en ese preciso instante podía haberle pedido que fuéramos a un hotel. Podía haber fingido un súbito capricho, podía haber disfrazado el asunto de juego, me sobra imaginación para eso. Sin embargo, una extraña y morbosa curiosidad me impelía a dejarme llevar, a tragarme las circunstancias tal como vinieran, sin intervenir, sin tratar de impedir nada, tan pasiva como un florero chino, pero mucho menos decorativa. Me limitaba a escudriñar mis sentimientos, que eran tan turbulentos como los de una asesina que, después de evitar cuidadosamente volver a la casa donde cometió el crimen, se lía sin saberlo con el nuevo propietario.

¿Era una coincidencia perversa que el primer hombre con quien me disponía a acostarme después de mi regreso viviera precisamente en mi casa y me devolviera a aquello de lo que había huido? Bien pensado, no dejaba de ser lógico que quien alquilase una casa como aquella estuviera relacionado de un modo u otro con el mundo del arte. Y, si estaba relacionado con el mundo del arte,

tampoco era tan descabellado que hubiéramos coincidido en una inauguración, pero aun así se trataba de la coincidencia más insidiosa de todas las insidiosas coincidencias que el Diablo y sus secuaces llevaban toda la vida sembrando en mi camino. Sea como fuere, lo primero que hice cuando el tipo estacionó el coche detrás del Seat cada vez más mugriento de Emma, fue buscar la escultura con la vista. Si el azar me trae de vuelta, pensé, aquí estoy, sacando pecho. Sin embargo, aunque aquélla era mi casa, no había ni rastro de la escultura de Emma. Creo que no tardé ni tres segundos en perder los estribos.

—¿Qué coño has hecho con ella?

El tipo se limitó a mirarme sin entender todavía por qué se había disipado el clima de complicidad erótica ni cómo era posible que aquella tormenta se le hubiera echado encima sin un solo presagio de borrasca inminente.

—La escultura del jardín —me apresuré a aclarar—. ¿Podrías decirme qué coño has hecho con mi escultura?

—¿La escultura? ¿Eres la dueña de…? Yo no sabía…

—¿Se la has vendido a alguien? ¿Qué coño has hecho con ella?

—Tranquilízate, por favor. Hace tres minutos estábamos tan tranquilos, riéndonos…

—Me importa un rábano lo que hiciéramos hace tres minutos, pero ahora vas a decirme qué has hecho con mi escultura.

—Está en el vertedero.

—¿Qué dices?

—Olía. Tranquilízate, por favor… —Por un momento, pensé que el olor al que aquel tipo se refería era el perfume que Emma solía utilizar con profusión—. No sé cuándo empezó a oler, sería hace un par o tres de semanas, pero cada vez apestaba más. Venían moscas, era asqueroso. Si lo hubieras visto y, si, sobre todo, lo hubieras olido, no me lo reprocharías.

—Llévame al vertedero. Ahora —me sentí obligada a puntualizar tras unos instantes de silencio al ver la expresión del tipo.

Tres días después volvía a estar instalada en la casa del acantilado y Emma presidía de nuevo el jardín y, por extensión, la

casa entera. Un taxidermista, a quien le conté que aquélla era mi particular versión de *El retrato de Dorian Gray*, me ayudó a tratarla para frenar el proceso de descomposición, y una vez tratada la encerré en un cubículo de vidrio rodeado de cuatro aspersores, uno en cada esquina, que vaporizan Excess mientras por unos pequeños altavoces acoplados al cubículo se oye cantar a Lou Reed muy bajito *She's my bestfriend, she understands me when I am feeling down, down, down, down, down, down*[1]. Como corresponde a una mejor amiga absorbente como ella, a quien se halla en mi casa le resulta casi imposible sustraerse a su influjo, tanto visual como olfativo.

Entre una cosa y otra, ha pasado el tiempo. La verdad es que la escultura de Emma, con la que cada día hablo más, me hace mucha compañía. A veces tengo incluso la impresión de que estoy más cerca que nunca de mi amiga. Aunque, por supuesto, aún espero que Emma aparezca el día menos pensado y se lleve su mugriento coche al desguace.

Un buen hombre

Fíjense bien en ese hombre que lleva casi dos horas sentado en un banco de la estación. Viste un traje azul oscuro de buena calidad, una camisa azul celeste, lustrosos zapatos negros y aparentemente no ha hecho otra cosa que mirar trenes. Sin embargo, no parece que vaya a coger alguno ni tampoco que esté esperando a alguien. Basta con mirarlo más detenidamente para darse cuenta de que está ensimismado, ajeno a la agitación incesante, al ruido, al trasiego de viajeros y equipajes.

Hola, diría sin duda si se viera obligado a presentarse, me llamo Max y estoy un poco asustado, todavía no sé muy bien por qué.

Y lo cierto es que Max está asustado porque sabe que debería volver a casa, que el tiempo pasa y se está haciendo tarde. Sabe de sobra lo que debe hacer, pero hay algo abominable en la idea de regresar a su hogar. Se siente demasiado traidor. Por más que lo intente no consigue librarse de esa sensación de suciedad y traición.

Soy un saco de mierda, piensa a veces, un miserable y un gusano. No merezco estar vivo.

Relájate, lector (permíteme tutearte ahora que llevamos unas líneas juntos). Puede que este cuento no sea el más alegre que has leído en tu vida, pero te garantizo que Max no acabará tirándose a las ruedas del tren para quitarse la vida. El final del cuento tampoco será como para ponerse a brincar de felicidad, pero no es mi intención acabar con tus reservas de pañuelos de papel. Encima que has elegido mi libro en lugar del de algún competidor más famoso, no voy a amargarte la existencia, te lo prometo. Y, además, ¿por quién me has tomado? ¿Por alguien capaz de acabar un cuento de la forma más asquerosamente previsible?

Le parece injusto, a Max, decíamos, que todo eso esté pasándole precisamente a él, un tipo conocido y apreciado por su seriedad, su solidez, su actitud considerada y respetuosa, su lealtad, su rectitud,

su imaginación siempre bajo mínimos. En el fondo, siempre había estado orgulloso de no tener imaginación. Mira, solía pensar en el pasado, dónde llevó el exceso de imaginación a mi hermano Mateo, muerto de aquella forma espantosa cuando aún tenía toda la vida por delante, una pena. Obligar de esa forma a los tuyos a llorarte, romperle el corazón así a una madre y a un padre.

A Max se le ocurrió que lo de su hermano Mateo lo había puesto a él en el buen camino de una patada en el culo. Como si más que elegir ser virtuoso, la virtud se hubiera agarrado a él dando alaridos y ya no hubiera habido forma humana de quitársela de encima.

Ahora bien, el pensamiento de una virtud estridente que se le pegó como se pega una lapa a la roca aprovechándose de su pasividad era rarísimo e indigno de él. Hacía bien en estar asustado, porque antes jamás se le habría ocurrido una majadería semejante. Antes se representaba las cosas de un modo muy distinto. Se habría dicho que él era un hijo bueno y leal, el sostén y el consuelo de sus padres, un consuelo de una deprimente ineptitud, sin embargo, porque sus padres siempre habían llevado una vida bastante triste.

Soy un saco de mierda, vuelve a pensar, un miserable y un gusano. No merezco que Mónica me mire a la cara, ni ella ni los niños. Soy un traidor sin entrañas y sin agallas, un desalmado. Si al menos me hubiera enamorado de otra y la hubiera engañado, como engañan miles de maridos cada día a sus mujeres, si me hubiera marchado de casa, si al menos hubiera renunciado a algo, tal vez podría perdonármelo. Hay una nobleza en el individuo que se enamora de otra y, al hacerse su amante, se arriesga a romper su matrimonio, a perder a su mujer, tal vez a las dos, a acabar solo y perseguido por los remordimientos. Un hombre que actúa así asume riesgos, se enfrenta al mundo. En mi traición, en cambio, se decía Max, no hay más que vileza repugnante, indigna y miserable. No existe riesgo, no corro el menor peligro de arruinar mi vida o mi reputación. Todo ocurre en secreto, por debajo de la superficie tranquila de las cosas. Puedo seguir siendo el hijo ejemplar, el marido ideal y el amante padre que siempre he sido. Puedo seguir recibiendo y recibo los réditos de mi falsa rectitud.

Max recuerda que una noche soñó que caminaba por un desierto desolado. Estaba sediento y, de pronto, del cielo llovieron unos objetos que lo golpeaban con saña. Examinó uno de aquellos

proyectiles y vio que era una medalla por su buena conducta.

Lo que más lo asustaba era eso, poder estar entre los suyos como si nada. Que Mónica siguiera convencida de que era un buen hombre. Fue ésa la expresión que Max le había oído emplear a Mónica un domingo en que los Bou y los Mercader habían venido a comer y ella creía que el buen hombre no podía oírla.

La primera alucinación que tuvo fue la de una niñita adorable de bucles de oro y mirada seráfica que surgió súbitamente de la nada, como un ectoplasma, se puso a corretear por el jardín, cortó una vara de jacintos y se la llevó a Max con una sonrisa resplandeciente que le robó el corazón. Mientras respiraba el perfume de las flores, Max comprendió que aquella criatura, que parecía tener unos cuatro o cinco años, era la niña que les nació muerta y a quien Mónica y él le habrían puesto el nombre de Margot. Lo peor es que en ese momento, su hijo Marcos, su hijo de carne y hueso, el que sí había nacido un año después, le contaba algo que le había sucedido, algo de gran importancia para él. Pero, prendado de la criatura rubia, tan fascinante como inexistente, que le llevaba flores y le inspiraba una ternura tan grande como ninguno de sus dos hijos de carne y hueso le había inspirado jamás, Max no prestó atención alguna a lo que le decía el chiquillo.

Fíjate, lector, fíjate bien en ese hombre que lleva más de dos horas sentado en un banco de la estación.

Hola, diría él sin duda si se viera obligado a presentarse, soy Max y cada vez estoy más asustado. Ya es hora de que vuelva a casa, y de hecho Mónica ya habrá empezado a preocuparse por mi insólito retraso, pero me falta valor. Tal vez incluso la cena ya esté en la mesa y a todos se les retuerzan de hambre las tripas.

De un tiempo a esta parte, la cena constituye una dura prueba para Max. Mientras Mónica le llena el plato con lo que ha cocinado esa noche, ya sea carne o pescado, verduras o sopa, un espejismo que tiene el rostro de Nora, la cocinera del restaurante Agora, le tiende constantemente platos y bandejas llenos de alimentos que a Max siempre se le antojan más apetitosos. Mientras Mónica examina ansiosamente su rostro para ver si le gusta lo que ella le ha preparado, esa Nora inexistente que planea sobre la mesa como una holografía de un realismo tan clamoroso como espeluznante lo tienta con sus platos suculentos, de modo que Max siempre acaba

cenando algo que no le apetece en absoluto, o que le apetece mucho menos que los inexistentes manjares que Nora le pone debajo de la nariz mientras él lucha por fingir placer para no herir a la pobre Mónica. Si a ese pequeño suplicio cotidiano le añadimos el hecho de que mientras, a lo largo de la cena, Marcos y Martín se pelean por contar sus cosas, Margot, la niña muerta, reclama para sí con perverso candor toda la atención de Max, seduciéndolo con sonrisas y caricias, llenándole el regazo de flores y susurrándole dulcísimos secretos al oído, puede que nos hagamos una idea aproximada de qué es lo que tanto mortifica a Max.

Aun así, el problema no se acaba con la cena. Puede que Max tenga un momento de alivio pasajero (pero, ay, qué breve) cuando los niños se vayan a la cama y Mónica suba a sus habitaciones a darles un beso. Pero tan pronto como Mónica baje, una alucinación en todo idéntica a Tiziana Leroy, la encantadora violinista a cuyo recital había asistido arrobado tiempo atrás, se obstinará, como cada noche, en subyugarlo con su instrumento. A diferencia de lo que sucede con la Nora real, que le fue presentada y con quien había conversado varias veces, jamás había visto a la Tiziana Leroy de carne y hueso fuera del escenario antes de que ésta decidiera pasar todas las noches en casa de Max en calidad de invitada espectral.

El caso más extraño es el de Zoraida, una visión directamente producida por su imaginación que no guarda relación con ninguna mujer a quien él conozca. Zoraida es una mujer silenciosa e imprevisible que sólo habla para decir cosas que siempre tienen un halo poético y sugerente aunque, por lo general, resulten incomprensibles. Sin embargo, por algún motivo Max no se siente obligado a entenderlas ni Zoraida parece esperar de él respuesta alguna. El problema es que tanto Zoraida como Tiziana se las ingenian para impedir que escuche las cosas que le cuenta Mónica, anécdotas de sus hijos, episodios domésticos, cuitas y pequeñas alegrías cotidianas, sucesos que no por insignificantes dejaban de suscitar su interés en el pasado, pero que ahora no consigue siquiera escuchar.

A veces, además de las mujeres que los visitan cada noche sin que ni su esposa ni sus hijos se den cuenta de nada, aparecen también niños desconocidos de distintas edades que establecen una

relación con Max con pasmosa naturalidad. Alguno ha llegado incluso a llamarlo papá. Entre una cosa y otra, hace meses que no escucha ni a Mónica ni a sus hijos, como si en verdad le importaran un rábano, cuando él siempre ha adorado a los suyos. Lo más curioso de todo es que, cuando se queda solo, las alucinaciones desaparecen como por ensalmo.

Mientras mira los trenes que vienen y van, Max se siente el más deshonesto de los mortales, el mayor impostor y también el más desdichado. Si de su voluntad dependiera, las visiones no volverían a turbarlo. Pero no tiene control sobre esos extraños visitantes procedentes de otro mundo. Al contrario: a medida que pasa el tiempo, aparecen nuevas figuras, y tal vez algún día Max no pueda determinar el censo exacto de tantas apariciones.

¿Notas, atento lector, la magnitud de la congoja que carcome a Max? De vez en cuando, examina a los viajeros que suben o se apean de los trenes preguntándose si también ellos tendrán que lidiar con alucinaciones que se interponen entre ellos y su vida real. A veces ha estado a punto de dejarse llevar por el irresistible impulso de preguntar a sus amigos y colegas si a ellos les sucede algo remotamente parecido a lo que le ocurre a él. Pero siempre acaba diciéndose que, aun en el supuesto de que así fuera, ningún hombre cabal se avendría a admitirlo. ¿Cómo va uno a admitir que está en su vida sin estarlo, incapaz de prestar atención a los suyos porque un puñado de alucinaciones tienen secuestrada su mente?

¿No sería él, después de todo, se preguntaba a veces Max, quien se estaba convirtiendo en una holografía?

Morir, marcharse o seguir tal cual eran las tres opciones que tenía.

Es cierto que yo, la autora, he prometido al lector que Max no se tirará a las ruedas del tren, pero hay mil formas distintas de quitarse la vida. Podríamos llevarlo a la playa (que, al fin y al cabo, no queda tan lejos de la estación), y hacer que se zambullera en el mar con los bolsillos llenos de piedras, sin ir más lejos. He ahí una modalidad de suicidio ya utilizada en el pasado por alguien proclive a oír voces. Eso si no queremos involucrar a nadie en su caída. Si preferimos una modalidad de suicidio que a nadie deje indiferente, siempre cabe la posibilidad de que Max se arroje desde un puente en alguna autopista en un momento de tráfico intenso, cuando, por

ejemplo, numerosas familias regresan de un fin de semana más o menos tedioso y decepcionante y el suicidio de un desconocido que provoca un histórico colapso de tráfico es un suceso que los saca bruscamente de su modorra, provocando sentimientos tan intensos como contradictorios: alegrarse de tener algo que contar mañana en el despacho, brusco acceso de sentimiento de culpa virulento por haberse uno alegrado del suicidio ajeno, morbosa identificación con el muerto (yo podría estar en su piel), etc., etc., etc. Pero no vamos a ser tan crueles. Eliminaremos la opción morir y dejaremos a Max enfrentado a una disyuntiva hasta cierto punto clásica: marcharse o seguir tal cual, he ahí la cuestión.

Ahora el relato se acerca a la recta final. Max ya nos ha dejado inmiscuimos en su vida y sus congojas. Conocemos las líneas maestras de su historia, y hasta un par o tres de detalles bastante jugosos. En pocas líneas nos iremos todos, autora y lectores (sobre todo los lectores, porque la autora ya lo hizo en su momento), con la música a otra parte. No, no te echo a patadas de este relato, lector, sólo te advierto que esto se acaba y tendrás que buscarte otras voces, otras ficciones.

Es hora de regresar al banco donde se sientan Max y su disyuntiva. Marcharse o seguir igual. Coger el primer tren, no importa dónde vaya, o volver a casa con el rabo entre las piernas, y comer lo que sea que Mónica haya preparado. Sea lo que fuere, siempre le apetecerá más lo que contienen las bandejas con que Nora lo condena a asquearse a sí mismo. Y, luego, en invariable sucesión vendrán la niña muerta, Tiziana y quién sabe qué nuevos y sorprendentes fichajes de la galería de alucinaciones. Todo eso —y el sentimiento de traición y putrefacción personal que conlleva— se acabaría si tuviera el valor de saltar a cualquiera de los trenes que partirán en la próxima media hora. Si decide marcharse, si resuelve abandonar a Mónica y los niños, Max sabe que maldecirán su nombre y lo detestarán hasta que el tiempo le robe la fuerza al odio y éste, debilitado como un anciano al borde de la tumba, emprenda, renqueante, el camino del olvido.

Fíjate bien en ese hombre que lleva casi tres horas sentado en un banco, observa cómo, aunque es delgado y no demasiado alto, se levanta con movimientos torpes y pesados, como si tuviera el cuerpo de plomo o los huesos no le respondieran. Durante unos

instantes parece vacilar, luego le da la espalda a los andenes y deja que todos los trenes del mundo, qué inmunda jauría, se marchen sin él.

Fíjate, lector, en ese hombre que se va a su casa. Se le nota cansado. Acaba de decidir odiarse siempre. Pero lo hará en silencio y nadie lo sabrá nunca. Nadie excepto tú y yo, lector.

Mientras caigo

Una caída como la que yo tuve deja bastante margen para el monólogo interior. Caes y caes y sigues cayendo y parece que vas a caer durante toda la eternidad. Hay gente que ha caído desde más alto, desde luego. Los aviadores derribados por pilotos enemigos durante la guerra, por ejemplo. Al principio les pasaría lo que a mí, que no sabía lo que pasaba, pero enseguida te haces cargo de que ha llegado tu hora.

No es por dármelas de héroe, pero yo caí con gran dignidad, en silencio, sin un solo grito. Puede que apretara un poco las mandíbulas, como hacen los tipos duros cuando se ven en serios aprietos, pero eso es todo. Si no fuera porque mi hermano se empeñó en pasarse toda la caída chillando como una rata, mi caída habría sido ejemplar. Ya puedes esforzarte en ir a la muerte con dignidad y coraje, que si te toca un mal compañero en el reparto, te jode la muerte bien jodida. Además de chillar como una rata, creo que mi hermano se hizo caca en los pantalones porque, de pronto, el coche empezó a oler fatal. Siempre fue bastante cobardica, mi pobre hermano. Y es que uno muere como vive: el cobarde como una rata y el valiente como un hombre.

Entre una cosa y otra, me resultó bastante difícil concentrarme en mi monólogo interior. Siempre me había hecho ilusión la idea de morirme como Dios manda, y ver desfilar mi vida de cabo a rabo, pensando en los recuerdos buenos y en los momentos malos, pero, a la hora de la verdad, no hay tiempo para todo y piensas en lo que piensas. Lo mismito que en la vida. Crees que vas a hacer maravillas con las veinticuatro horas que tiene el día y luego, ya ves, haces lo que puedes y ya está.

Puede que al principio me asustara un poco, pero sólo un poco. Es posible que me diera algún golpe en la cabeza y eso me dejara algo aturdido durante unos segundos. Pero, en cuanto me di cuenta

de que el puente se había roto y que el coche se caía al río, pensé que aquello sí que era una casualidad extraordinaria y casi tuve que reprimir una sonrisa, es curioso. Y, entonces, me olvidé de lo de ver desfilar mi vida de cabo a rabo y pensé en lo fantástica que era Marta y en lo mucho que nos queríamos y en lo hermosa que había sido la vida mientras estuvimos juntos. Bebíamos los vientos el uno por el otro, sí señor. Donde iba Marta, ahí estaba yo. Y donde iba yo, ahí estaba Marta.

Lo que más me gustaba de Marta era su forma de callar y esa extraña mirada suya, tan intensa, que me golpeaba el corazón. Hay gente que, cuando calla, lo único que piensas es que está callada y punto. Pero Marta sabía callar de forma que uno imaginaba no sé qué cosas dentro de su silencio. Un silencio lleno de fabulosos tesoros ocultos, así era el silencio de Marta.

Las personas tienden a hablar demasiado, por lo menos las que yo conozco. Y no es que digan grandes cosas. Te van retransmitiendo la vida minucia a minucia, y a mí eso me pone nervioso porque me impide pensar, me atasca los conductos por donde circulan las ideas, eso es.

Su silencio era lo que más me gustaba pero también lo que más me dolió. Así es la vida: las mismas cosas que un día te gustan con locura, otro día te matan. La historia de mi padre con el vino podría resumirse así, supongo. Un día te gusta el vino y al otro resulta que eres alcohólico perdido y te arruinas la vida.

Mientras caíamos también me dio por pensar que mi hermano sería uno de esos fantasmas ruidosos que pierden la calma y aúllan y arrastran cadenas y cambian los muebles de sitio y enseguida arman un Poltergeist para llamar la atención de los vivos. ¿Cómo iba a estarse quieto y callado en el más allá si nunca lo estuvo en vida? A mí mismo, en cambio, me imaginé como un fantasma discreto. Está mal decirlo, pero incluso me dio la risa al pensar que me introduciría sigilosamente en casa de Marta, sin dar señales de mi presencia espectral, para poder espiar con tranquilidad las reacciones de la familia. Menudo placer me dará verlos a todos hechos fosfatina y asustados porque, desde luego, tienen que estar afectadísimos.

El padre de Marta es ingeniero y tiene un montón de pasta, un montón. Está tan forrado y es tan presumido que le parecí poca cosa

para su hija cuando se enteró de lo nuestro. No sé con qué amenazas le vendría a Marta pero le dejó muy claro que una hija suya no se casaba con un pelanas cuyo padre, además, es alcohólico. Pelanas, eso es lo que me llamó. Yo no sentí deseos de pegarle cuando Marta me lo contó. El mejor castigo para esa gente es la indiferencia. Vale, yo seré un pelanas que se gana el sustento con un oficio humilde y que no va por ahí tratando a la gente como si todos fueran criados suyos, pero tu hija me quiere y contra eso no puedes hacer nada, señor importante.

Le propuse a Marta que nos fugáramos y fue entonces cuando ella me mató con su silencio. No dijo ni que sí ni que no, se limitó a clavarme a su silencio con una mirada extraña e intensa y yo me sentí morir.

Ahora al padre de Marta toda la pasta se le va a ir en abogados. Tendrá los mejores, como corresponde a su condición, pero ni aun así se librará de la que se le viene encima. Ya pude yo parecerle poca cosa que ahora mi hermano y yo vamos a ser demasiado para él. Ni siquiera me hace falta introducirme en su casa como un fantasma discreto para saber que ya no pega ojo por las noches, que se revuelve en su cama con la angustia y el miedo pegados al cuerpo y que ha acudido a un especialista para que le ayude a templar los nervios con pastillas.

El azar es la hostia, desde luego. Por ese puente podía haber pasado cualquiera. O nadie. Pero justo cuando se viene abajo, porque no resiste la tormenta aunque sólo hacía siete años que lo habían construido, el Pelanas y su hermano están cruzando el puente con su coche, menuda coincidencia. Y ahora al señor ingeniero se le va a caer el pelo porque, además, otro puente que no dista mucho de éste y que llevaba cien años en pie sí que resistió los embates de la tormenta. Así son las cosas, señor importante. Lo mismo que te hace amasar una fortuna a lo largo de los años ahora va y te arruina.

Yo preferiría estar vivo, desde luego. Pero no se puede negar que entre todas las venganzas posibles ésta es la más contundente. Ahora nadie le pedirá al señor importante que haga más puentes. Por no pedirle, no le pedirán ni que haga una o con un canuto, pobre tipo, toda la vida al garete. Y a mis padres tendrá que pagarles una pasta. Y eso por dos Pelanas que no valían nada para

el señor ingeniero.

Polinización simpática de un espécimen humano

en trece horas y dieciséis minutos de observación sostenida

Por algún motivo que este cuento no revelará, Pablo Frost nunca desayuna en casa.

Esta historia empieza precisamente cuando, a las 8.28, Frost cierra la puerta de su casa con una energía que el vecino de abajo, un anciano paleógrafo, insomne e irritable, no puede por menos de juzgar excesiva, como también juzga excesivo el modo en que Frost baja (y sube) las escaleras.

En realidad, el paleógrafo insomne e irritable considera mortificante tener por vecino a un tipo que pisa tan fuerte como Pablo Frost. El techo tiembla y retumba bajo las enérgicas zancadas de Frost, y al anciano paleógrafo, que a pesar de haber cumplido los ochenta todavía aspira a vivir largos años, le parece que ya le están clavando su ataúd.

En vista de la elevada capacidad de perturbación sísmica de Frost en la estructura de vigas de madera del edificio, el paleógrafo insomne e irritable había deducido que su vecino sería una especie de cíclope, un Polifemo de pies enormes, brazos colgantes, aspecto de primate poco evolucionado y una mirada donde la hostilidad y la imbecilidad manifiesta rivalizarían entre sí. Cuál no sería su sorpresa al descubrir que Frost no mide mucho más de un metro setenta de estatura y es un hombre atlético pero delgado, de movimientos vivaces, elásticos e impetuosos y mirada chispeante.

Mientras oye a su vecino bajar las escaleras a velocidad de relámpago y el edificio entero se estremece a cada paso, el paleógrafo insomne e irritable cultiva fantasías en las que Frost resbala en un peldaño y muere en el acto, desnucado. El paleógrafo imagina que horas después se da de bruces con el cadáver de Frost, que ya está rígido y frío, y alerta a la policía. «Sabía que esto ocurriría tarde o temprano», imagina el paleógrafo que declara a los agentes del orden con un tono de voz debidamente compungido. «Si

hubieran visto el ímpetu y la rapidez con que subía y bajaba las escaleras…». Pero mientras el paleógrafo insomne e irritable se entrega a sus fantasías, Pablo Frost, después de bajar la escalera y cruzar el portal, ha salido ya a la calle, se dirige hacia el paso de peatones y atraviesa la calzada en dirección al quiosco de revistas y periódicos.

Al verlo acercarse a pasos rápidos y decididos, la quiosquera se dice que en la vida de Frost deben de pasar muchas cosas. ¿Por qué las cosas les pasan siempre a los otros?, se pregunta la quiosquera en lo que constituye su motivo más antiguo de resentimiento contra el destino. ¿Por qué los sucesos se empeñan en esquivarla? A ella también le gustaría que le pasaran cosas, algo que contar o tal vez, mejor aún, algo que callar. No es impresionar al prójimo con el relato de sucesos extraños y emocionantes lo que persigue la quiosquera, sino la certeza de haber vivido algo único, algo que baste para rasgar el aura de mediocridad que empaña su vida. Sentirse viva, he ahí la cuestión.

Mientras Frost coge un periódico y busca en los bolsillos monedas con que pagar, la quiosquera no puede quitarle ojo de encima. No es un hombre guapo ni hay en él nada capaz de hacerlo destacar en medio de una multitud. Pero exhala algo trepidante, una especie de intensificación contagiosa de la existencia. Cuando él se aleja, la quiosquera se queda mirándolo con envidia. Y con la sensación de que la vida se fuga con Frost.

Cuando, a las 8.33, ve entrar a Pablo Frost con el periódico bajo el brazo, el dueño del café se halla en medio de un bostezo tan desinhibido que cualquier persona que se lo propusiera podría contarle las piezas dentales.

Al ver a Frost entrar como una exhalación, el tabernero se siente embargado por un profundo estupor y una vaga pereza. Siempre le ha parecido extraño que haya gente a quien no le importe dilapidar su energía. Deben de tener mucha, piensa este hombre grande y lento, de párpados pesados como los de una iguana y ademanes soñolientos, casi letárgicos.

Su mujer también hacía un despliegue permanente de energía. Se quejaba sin cesar de lo mucho que trabajaba y continuamente daba tumbos y se agitaba de aquí para allá en un frenesí tan inútil como agotador que la hacía caer rendida a las diez de la noche. Lo

peor de todo es que, en lugar de culparse a sí misma por su ineptitud para gestionar sus propias fuerzas, le reprochaba a él que no se uniera a ella en su perpetuo y absurdo despilfarro energético. ¿Cuántas veces le dijo que era un vago, un zángano y un holgazán? Cuando la verdad es que él siempre ha sido un maestro en el arte de administrar su energía, no hay más que verlo. ¿Por qué no aprendió ella de él en lugar de pasarse todo el santo día maldiciendo malhumorada? Si hubiera seguido su ejemplo, tal vez no se habrían agotado tan pronto sus fuerzas y aún estaría viva.

Cuando Pablo Frost abandona el lugar después de tomarse un café con leche y un cruasán que engulle a toda prisa mientras lee el periódico, el dueño del bar soporta una carga de tristeza mayor que antes de que él entrase. Desde que su mujer murió hace cosa de un año, el tabernero libra un duro y solitario combate contra una desgarradora nostalgia. Pero sus microscópicos progresos se van al garete cuando cada mañana Frost entra en su bar e invariablemente hace aflorar el recuerdo de la esposa muerta. En alguna ocasión, el tabernero ha contemplado la posibilidad de pedirle a Frost que desayune en otro bar (hay muchos en la zona y todos son igual de feos, oscuros y malolientes), pero apenas se plantea llevarla a cabo, la pereza que le da afrontar una escena tan penosa y absurda debilita su impulso.

Pero ya Frost ha depositado sobre el mostrador el importe exacto de su consumición, galopa hacia la puerta, atraviesa corriendo la calle, recorre medio centenar de metros, se cruza con una septuagenaria que al verlo piensa «juventud, quién te pillara», se mete en un garaje, baja las escaleras sin perder un ápice de velocidad y dinamismo, saluda briosamente al empleado, se dirige hacia un deportivo rojo, lo abre, lo pone en marcha, pone la radio a todo volumen y sube la rampa hasta alcanzar la calle.

La canción que vomita el coche de Frost por las ventanillas abiertas interrumpe temporalmente las cogitaciones del empleado del garaje acerca de lo difícil que resultará hacer frente este mes a todos los pagos, habida cuenta de que a los gastos habituales (hipoteca, crédito para la reforma del cuarto de baño, comida, pañales y papillas, gastos de teléfonos, luz, agua y gas) ha venido a sumarse la compra del nuevo aparato de televisión y la antena parabólica.

La canción de Frost lo transporta —sin pagar un puto euro, bendita sea— hasta el mismísimo corazón de un recuerdo alegre acaecido en la edad remota e idílica en que Eva y él se fueron juntos por primera vez de viaje. Se hallaban en una isla griega, no recuerda ya si Paros o Naxos, y mucho menos el nombre de la playa. Mientras en el chiringuito sonaba esa canción, Eva y él se bañaron desnudos a no más de un centenar de metros de donde reía y bailaba la gente y, excitados ante la idea de que pudieran verlos, hicieron el amor en el agua como un par de salvajes.

Nunca ha vuelto a bañarse de noche, ni desnudo ni vestido, y nunca ha vuelto a hacer el amor con Eva en el mar. La sensación de que quizá ya no volverá a repetirse en su vida un arrebato de locura como ése viene a empañar la súbita alegría que el recuerdo griego ha inoculado en su ánimo.

Pero ahí tenemos a Frost, encapsulado en su coche y en su música, librando un duro combate por avanzar posiciones en medio de un tráfico infernal cuando el reloj digital del deportivo rojo marca las 8.47.

«Hijo de viejo verde patético y baboso, saco de mierda, lefa y esputos, sietemesino, eyaculador precoz sin la menor habilidad manual u oral para llevar a una mujer al orgasmo, enculador de cabras montesas, te caíste al suelo al parirte tu madre y el golpe te dejó tarado», no se recata de soltar para sí con cierta delectación la profesora de matemáticas que se ha visto obligada a pisar el freno de improviso para no chocar contra el deportivo rojo que sin avisarla con el intermitente se le ha colocado delante desde el carril de al lado con rápidos reflejos de serpiente inmunda y traicionera.

Las palabras no podrían haber surtido un efecto más lenitivo ni más inmediato: después de soltar en voz bajita la retahila de insultos, la profesora de matemáticas sonríe satisfecha, relajada y feliz.

Le encanta insultar, pero es demasiado refinada para repetir los insípidos y estereotipados insultos producidos en serie que maneja el vulgo. La profesora de matemáticas está convencida de que si la gente se perfeccionase en el arte del insulto, si en lugar de emplear insultos ya hechos, se atrevieran a ser originales y a vestir su lengua de suntuosos improperios, modelo exclusivo, habría menos violencia en este mundo.

Mientras espera el advenimiento de un mundo mejor, la profesora de matemáticas mantiene su singular afición al insulto creativo en secreto. Tener secretos siempre le ha parecido una señal de respeto hacia sí misma.

Pero ya Frost, a quien minutos atrás le ha sonado el teléfono móvil, toma una bocacalle a la derecha, avizora una plaza de aparcamiento, se acerca rápidamente y procede a realizar con habilidad la maniobra de estacionamiento, marcha atrás, sin dejar de hablar.

—Entonces, ¿no te importa que no podamos vernos hoy? —En la voz de la mujer que ha llamado a Frost hay un matiz áspero, ligeramente belicoso.

—¿No acabas de decirme que no podrás escaparte?

—¿Y no te importa?

—Claro que me importa, pero me aguanto. ¿Qué otra cosa puedo hacer, dime? ¿No querrás que te presione?

—Tengo que colgar. Te llamo mañana.

La mujer que acaba de hablar con Pablo Frost frunce el ceño, rabiosa, al dejar el aparato. «Claro que querría que me presionaras, idiota», es lo primero que piensa.

El modo en que Frost acepta siempre las cosas tal como vienen la saca de quicio. Después de todo, sólo lo intempestivo y lo pasional pueden justificar una relación clandestina como la suya. En su vida hay un marido, que es el orden, la seguridad, el compañerismo, la ternura. Y ella sólo puede entregarse con placer al orden, la seguridad y el compañerismo si por otro lado hay desorden, irracionalidad, la sensación de que todo podría irse al cuerno en medio segundo. Tampoco sería tan horrorosamente feliz ni —al mismo tiempo— tan deliciosamente desdichada con sus sucesivos amantes si en el otro lado no hubiera una vida sólida, rutinaria y previsible. Su vida entera (y su equilibrio mental) dependen de esa dualidad. ¿Por qué coño Pablo Frost tiene que negarse a ejecutar su parte como es debido?

Pero ya Pablo Frost, después de saludar al portero, para quien Frost no es ni más simpático ni más antipático que los centenares de personas que diariamente entran y salen del edificio, coge el ascensor, se apea en el sexto piso, cruza una puerta canturreando y saluda a la joven que se halla detrás del mostrador de recepción y

se encarga de la centralita.

Para la telefonista recepcionista, los empleados de la empresa se dividen en dos grupos que no admiten subgrupos, matices ni medias tintas. El primer grupo incluye a aquellos que le inspiran buenas vibraciones y el segundo a los que le dan malas vibraciones. El sistema de catalogación de la telefonista recepcionista es tan inflexible como el sistema de castas en la India, de modo que, una vez que ha sido catalogado en un grupo u otro, un sujeto permanece en ese grupo para siempre.

Hace tiempo que la telefonista recepcionista clasificó a Frost entre los cabezas de serie del grupo de quienes le inspiran buenas vibraciones, no sabría explicar por qué. Es cierto que alguna vez Frost la ha regañado por pasarle llamadas cuando le había rogado que no lo hiciera, pero ella no se lo tiene en cuenta. En realidad, hay gente a quien le perdonas cosas bastante gordas, y gente a quien no le pasas ni una, piensa la telefonista recepcionista. Todo depende de algo tan inexplicable como las vibraciones que tengas.

Pero ya Frost ha llegado a su mesa y, sin dejar de canturrear, se quita la chaqueta y toma posesión de su cubículo.

El canturreo alerta de la llegada de Frost al tipo que tiene el despacho justo enfrente. Frost y ese hombre no son rivales; los dos se encargan de áreas muy distintas de la empresa. Pese a que jamás han tenido encontronazos, el individuo del despacho de enfrente no puede ver a Frost ni en pintura. Lo encuentra irritante, le molesta, su proximidad física le resulta muy desagradable, su simple existencia lo mortifica. Le parece petulante y se pregunta por qué demonios sonríe todo el tiempo. ¿Qué significa esa sonrisa permanente? ¿Es una señal de harmonía con esta mierda de mundo? Y si no es así, ¿qué es lo que le hace tanta gracia?

Pero si la sonrisa petulante de Frost le resulta aborrecible, su manía de canturrear hace que todas sus células se subleven. Le encantaría borrarle a hostias esa expresión estúpidamente feliz que tiene en la cara. Y provocarle a puñetazos un ataque de amnesia que le haga olvidar de una puta vez las infectas musiquillas que su memoria atesora.

La violencia de su aversión no puede por menos de sorprenderle. Él es un tipo pacífico y más bien aburrido y mortecino, nada que ver con esos neuróticos que tienden a cultivar relaciones

tempestuosas y turbulentas hasta con su sombra. Jamás le había sucedido nada parecido. A veces tiene la impresión de que Frost ha venido al mundo con la secreta misión de sacarlo de quicio.

Antes de conocer a Frost, estaba a favor de la pena de muerte, aunque se cuidaba mucho de manifestarlo en público. Pero ahora, cada vez que piensa en el corredor de la muerte, un profundo sentimiento de afinidad y misericordia cristiana hacia los tipos que aguardan allí la silla eléctrica o la inyección letal se apodera de él. ¿Quién sabe si no eran tipos tranquilos hasta que un Frost se cruzó en su camino?

En cualquier caso, aunque cierre la puerta para no verlo ni oírlo, la presencia de Frost entorpece su trabajo y le impide concentrarse y rendir al cien por cien. Ha barajado la posibilidad de pedirle al director gerente un cambio de despacho, pero ¿cómo va a justificar de forma mínimamente racional su petición? En los últimos días, también juega con la idea de cambiar de trabajo, si bien lo más probable es que se quede años sentado sobre su inquina, como una gallina incubando un huevo.

Este último pensamiento desencadena en él una nueva oleada de odio hacia Frost.

Pero ya Pablo Frost se encamina sin dejar de canturrear hacia el rincón donde tiene su mesa el becario, a quien se propone pedir que haga una serie de paquetes con libros que hay que hacer llegar a los medios de comunicación.

En sus horas libres, el becario participa en un curso de control de los sentimientos con un colectivo afecto a la filosofía oriental. Cualquiera que tuviera noticias del esfuerzo que para el becario supone sentir y proyectar la indiferencia cósmica que efectivamente exhala se sentiría como mínimo conmovido.

Pero ya Frost se dirige de vuelta a su despacho, donde se encierra para acabar el estudio de viabilidad de un proyecto después de rogar a la telefonista que no le pase llamadas hasta nueva orden.

El reloj de Frost indica que faltan 11 minutos para las doce cuando la telefonista, desobedeciendo la orden con temeridad, le pasa la llamada de su madre, a quien se le acaba de inundar la casa y pide imperiosamente a su hijo que haga algo cuanto antes.

Además de Pablo, ella ha tenido otros dos hijos: el pequeño

murió hace más de diez años de una sobredosis de heroína y el primogénito es un alcohólico de vida caótica a quien su madre pierde la pista durante meses y a quien, en cualquier caso, ella nunca recurriría para pedirle que le solucionara nada, aunque se tratase del más sencillo de los problemas.

Por algún motivo que ella ignora, de sus tres hijos, Pablo siempre ha sido el último en sus preferencias. Ella ha luchado contra eso, ha tratado de disimularlo, se dejaría torturar hasta entregar el último suspiro antes que confesarlo y se ha sentido siempre vagamente culpable, pero el hecho está ahí, tan cruel como ineluctable. Tal vez porque Pablo siempre fue más fuerte e independiente que los otros y se las apañó bien sin necesidad de ella mientras que los otros dos siempre se mostraron más sensibles y frágiles y andaban siempre pegados a sus faldas peleando por conseguir una cuota mayor de atención y amor maternos. Pero, por más que se justifique, ella siempre se ha sentido incómoda ante esa irregularidad de sus sentimientos.

Pero ya Pablo Frost, después de remover cielo y tierra para mandar a un operario a casa de su madre, se presenta en la sala de reuniones donde lo aguardan la directora y dos colegas.

«Qué bien se me da calar a la gente», es lo que piensa la directora al ver a Frost. La directora no puede evitar felicitarse por el fichaje de Frost, con el que ha conseguido imprimir a la política del grupo el cambio de timón que ella deseaba, pero fingiendo que el cambio ha sido una aportación personal de Frost que ella no ha hecho sino apoyar a regañadientes, con lo que la impopularidad que de otro modo habría recaído sobre ella ha sido íntegramente absorbida por él.

Frost le gusta a la directora, no porque le resulte especialmente simpático, sino porque disgusta a la mayor parte de sus empleados y ella no ha dejado de utilizar en su provecho esa aversión. Le divierte colocar a esa pandilla de intelectuales refinados, hijos de la burguesía ilustrada, a las órdenes de alguien a quien en el fondo desprecian, no tanto porque él proceda de una familia humilde (no son tan viles), sino porque es un gestor. Y porque, como gestor, está a salvo del autoengaño, tan común entre los demás empleados, de creer que se va a redimir al mundo con la publicación de exquisitas y reveladoras ficciones. No pretende ser un alma pura ni tiene

prejuicios culturales. Admite tranquilamente que ve televisión basura. También los otros la ven, pero sólo para condenarla y saber en qué mundo viven (de vez en cuando hay que bajar a echarle un vistazo a la realidad).

Pero ya Pablo Frost expone enérgicamente sus puntos de vista mientras sus dos colegas lo observan y someten a un despiadado escrutinio sus palabras y ademanes. La simple existencia de un tipo como Frost, con la vocinglera y desinhibida exhibición de mal gusto permanente que envuelve todas sus manifestaciones, sume a uno de los colegas en un abismo de perplejidad y fascinación. De hecho, lo contempla con la irónica incredulidad con que un ateo encallecido contemplaría la súbita aparición de la Virgen, como si para él Frost fuera sobre todo un fenómeno inverosímil, una vida en el límite entre lo creíble y la literatura fantástica.

Mientras Frost expone, al segundo colega, un hombre conocido por su sentido del humor y su gusto por los juegos de palabras, se le ocurre un mote: Pavo Frost. Su propia ocurrencia le hace tanta gracia y siente deseos tan incontenibles de darle la inmediata difusión que merece que no puede prestar atención a la exposición de Pavo. ¿Cómo ha tardado tanto en ocurrírsele algo tan obvio?, piensa mientras se ve obligado a hacer un titánico esfuerzo por dominar la risa.

Pero ya Pablo Frost ha vuelto a encerrarse en su despacho, a solas con el plan de viabilidad. Su reloj marca las dos y cinco minutos cuando, después de que sus tripas lo avisen con una serie de rugidos, Frost coge la chaqueta y se dirige a la casa de comidas que casi siempre frecuenta.

Una vez allí, Frost no se percata, o hace como si no se percatara, del caluroso saludo (que lleva implícita una invitación a sentarse con ella) que le hace desde una de las mesas del fondo una empleada del grupo. Frost no le resulta ni muy simpático ni particularmente antipático, pero ella odia comer sola y, por otra parte, acaban de contarle un chismorreo a cuya difusión arde en deseos de contribuir, de modo que, al ver que Frost se sienta a la mesa de otro colega, tiene que hacer frente a una desilusión no por pasajera menos intensa.

Frost no podría resultarle más indiferente al tipo a cuya mesa se sienta. Ni le gusta en especial ni, mucho menos, le disgusta. Si

hubiera deseado compañía, Frost no le parecería una opción peor que otra. Pero tenía ganas de estar un rato a solas con sus propios pensamientos y el hecho de que Frost se siente a su mesa supone para él una pequeña contrariedad. Tampoco se trata de algo tan grave, sólo que cada vez le da más pereza esforzarse por mantener una conversación con alguien que ni le va ni le viene. Qué extraño, piensa. Antes era un tipo bastante sociable y ahora cada vez le cuesta más encontrar a alguien que le interese. Las relaciones superficiales le parecen una pérdida de tiempo, pero rara vez encuentra a alguien con quien le apetezca adentrarse en una relación más profunda.

De pronto, se infiltra en sus meninges la siniestra idea de que quizás empieza a parecerse a su padre, que ha acabado cultivando una asombrosa indiferencia hacia el resto del mundo, y que cada vez está más patéticamente hundido en sí mismo, sin curiosidad por nada ni nadie. La representación pavorosamente gráfica de la obscena autofagia paterna lo expulsa de sí mismo de una fuerte patada, de ahí que de repente empiece a prestar atención a Frost, interviniendo con súbita animación con preguntas y oportunos comentarios y mostrándose mucho más encantador de lo que se ha mostrado en los últimos dos años incluso con personas que le interesaban.

Pero ya Frost, después de pagar la cuenta, ha salido del restaurante. Al atravesar la calle, una mujer pasa muy cerca de él y percibe su olor corporal, que inmediatamente devuelve al primer plano de su mente un lejano amor de juventud. La mujer sonríe mientras sigue caminando y rememora algunos episodios particularmente excitantes y transgresores de la singular aventura que tuvo con ese hombre, como la noche en que recorrían una autopista y él le pidió que se quitara toda la ropa antes de llegar al peaje, para que el tipo de la garita la viera desnuda.

Absorta en sus recuerdos, la mujer atraviesa una calle sin darse cuenta de que el semáforo rojo le prohíbe el paso y es arrollada por un autobús. La mujer muere en el acto con la cabeza llena de escenas eróticas que no figurarán en el informe del forense.

El brusco frenazo del autobús se salda con varios heridos: una septuagenaria que sale disparada de su asiento se rompe la clavícula y una pierna. Otro pasajero cae al suelo y se fractura el brazo

derecho. Una mujer joven se disloca los ligamentos de la muñeca derecha al intentar proteger a su bebé. El conductor tendrá que ser atendido por un psicólogo. Pese a ello contraerá una depresión que lo alejará durante cierto tiempo del trabajo.

Pero ya Frost ha vuelto a encerrarse en su despacho, a solas con su plan de viabilidad. Su reloj digital marca las 16.01 cuando por fin consigue ponerle punto final al proyecto. A las 16.03 la recepcionista telefonista le informa de que ha llegado la visita que esperaba.

Pablo Frost le dispensa una calurosa acogida al autor del grupo a quien ha citado a las cuatro. Apenas le ha estrechado la mano, Frost empieza a hablarle con entusiasmo de su último libro (que aún es un manuscrito de publicación inminente). Para apuntalar su entusiasmo sobre sólidos pilares, Frost alude a episodios concretos, señala las que a su juicio son las principales virtudes del libro. Si hay algo que al autor le gusta casi tanto como hablar de sus libros es escuchar a alguien hablar de sus libros. Siempre le ha gustado Pablo Frost, tal vez porque desde el principio notó que él le gustaba a Frost, el cual, por supuesto, había leído sus libros del primero al último y era capaz de sorprenderlo citando episodios que él mismo había olvidado, de modo que la conversación con Frost siempre resulta estimulante y provechosa.

No es que al autor no pueda gustarle una persona que no haya leído sus libros. Pero, habida cuenta de la superpoblación del planeta, el requisito de conocer su obra es un criterio de selección como cualquier otro. Y, de todos modos, en una ocasión se enamoró locamente de una mujer que no conocía su obra en absoluto y la relación lo empujó a un profundo abismo de insatisfacción y dolor que por nada del mundo le gustaría repetir.

Pero ya Frost, tras despedirse del autor, regresa a su despacho, repasa el proyecto de viabilidad de la nueva colección, corrige algunas erratas, lo imprime y, tras hacer un par o tres de llamadas telefónicas (la única persona que le contesta es su madre), sale de su despacho cuando su reloj marca las 18.07, baja a toda castaña las escaleras, se encapsula en su deportivo con la música alta y se integra al tumultuoso tráfico de su ciudad, cambiando continuamente de carril. Cuando abandona la amplia avenida por donde circulaba para tomar una calle perpendicular. Frost está a

punto de arrollar a una ciclista. Ella lo mira en silencio, sin alterarse, le dirige durante breves segundos una mirada de infinito desprecio (a él, a su deportivo rojo, a su música, a su mierda de vida) y prosigue su camino. Enfrascada en otras preocupaciones, cien metros más allá la ciclista ha olvidado por completo el incidente. Ni siquiera recuerda ya la cara de Frost y lo más probable es que la asaltasen serias dudas si tuviera que identificarlo en una ronda de reconocimiento.

Pero ya Frost, tras aparcar el deportivo rojo, llama a un interfono, se identifica cuando una voz pregunta quién es, sube de dos en dos las escaleras hasta el tercer piso y saluda, besa y abraza a su madre. Ella lo arrastra hasta el preciso lugar de la casa donde se originó el problema que el operario enviado por Frost ya solucionó, luego lo hace sentarse en la sala y le lleva las rosquillas que le ha hecho para librarse en parte de su sempiterno sentimiento de culpa hacia él y agradecerle su ayuda. Pero las rosquillas, que el hermano alcohólico de Frost adora y consume en grandes cantidades en los periodos en que abandona el alcohol, pues le brindan la dosis de azúcar que antes le proporcionaba el alcohol y que su organismo le reclama, no le gustan particularmente a Frost, que las rechaza con la excusa de que no quiere engordar. Con empeño de cruzada, su madre le ofrece entonces en este orden cerveza, agua tónica, fruta, zumo, café, patatas fritas y agua fresca, todo lo cual Frost rechaza con gran delicadeza.

Cuando a las siete y cuarto se despide de su madre con un beso en la mejilla. Frost ha rechazado las once cosas que su madre le ha ofrecido, entre las que destacaba un magnífico juego de sartenes antiadherentes que ella adquirió sin necesitarlas realmente y un juego de toallas nuevas de vivos colores que por algún motivo había imaginado que suscitarían en Frost un vivo entusiasmo.

La visita de Frost, con sus once rechazos consecutivos, ha supuesto un cambio radical en el mapa sentimental de la madre. A la culpabilidad que la llevó a hacerle las rosquillas la ha sucedido un violento resentimiento hacia ese hijo que desde la cuna parece obstinado en no querer aceptar nada que provenga de ella. ¿Qué le costaba aceptar un juego de toallas tan bonito aunque sólo fuera por darle gusto a ella?

Pero ya Frost ha cruzado el umbral del polideportivo al que

acude, día si, día no, a hacer ejercicio, recorre el pasillo hasta el vestuario de hombres y, vestido con ropa deportiva, entra en el gimnasio cuando el reloj marca las 20.02 y atraviesa un océano de indiferencia. No es sólo que casi nadie lo mire, sino que hay algo ostentoso en ese no mirar, como si ese no mirar (no sólo al recién llegado Frost, sino a nadie) fuera un triunfo de la propia personalidad, el objetivo último y más noble del individualismo narcisista dominante. Como si cada individuo obedeciera a la consigna de ostentar la mayor indiferencia posible hacia el resto de la humanidad y se convirtiera de algún modo en su propio espot publicitario, sin darse cuenta de que, así como ellos no miran a nadie, tampoco los demás los miran a ellos.

En medio del océano de ostentosa displicencia hay, sin embargo, alguna excepción. Mientras pedalea furiosamente después de ver llegar a Frost, que le ha dirigido un saludo sonriente, una mujer joven sueña que coincide con él a la salida. O, mejor dicho, más que coincidir, se dan de bruces y, al chocar, se ríen. «¿Te he hecho daño?», imagina ella que le pregunta Frost. «Un daño horroroso», imagina ella que le contesta a Frost. «Te denunciaré a la policía y te pediré daños y perjuicios a menos que me invites a tomar una cerveza ahora mismo». Claro que eso sería ir demasiado rápido, se arrepiente la joven, dispuesta a elaborar mentalmente un segundo borrador.

«¿Te he hecho daño?», vuelve a imaginar la joven que le pregunta Frost después del choque imaginario. «No, no me has hecho daño», imagina la joven que le contesta a Frost. «Pero si te hace ilusión hacérmelo, podrías empezar por invitarme a una cerveza, luego nos vamos a cenar juntos, echamos un polvo y ya verás como tarde o temprano acabas por romperme el corazón». Los diálogos imaginarios siempre se le han dado muy bien, piensa la joven sin dejar de pedalear furiosamente. Lástima que en la vida las frases ingeniosas y brillantes se le ocurran sistemáticamente cuando ya es demasiado tarde y la ocasión se ha esfumado. A veces se pasa horas imaginando obsesivamente lo que debería haberle dicho a fulanita o menganito: fabulosas construcciones verbales sin más utilidad que la de proporcionar placer a su autora.

Tercera versión, prosigue la joven, no tanto porque la segunda versión le parezca imperfecta, sino porque se está divirtiendo

mucho. «¿Te he hecho daño?», vuelve a imaginar que le pregunta Frost. «No sabes cuánto», imagina que le contesta ella con exagerado dramatismo. «Ningún hombre me había hecho nunca tanto daño como tú. Me pregunto cómo piensas hacértelo perdonar». «¿Qué sugieres?», replica con rápidos reflejos Frost en esta nueva versión. «¿Cinco avemarías y cuatro padrenuestros o lo dejamos en un par de cervezas, una ración de aceitunas y una sincera confesión de algunos de mis pecados?». La joven que pedalea furiosamente se pregunta si el resto de la humanidad se lanza con tanta dedicación como ella al diálogo imaginario. ¿Le gusta a Frost pergeñar sucesivas versiones de diálogos imaginarios mientras conduce su coche, escucha música, espera su turno en el banco o hace su tabla de gimnasia?

A ella le gusta tanto practicar el arte del diálogo que no sabe si realmente desea que Frost la aborde o si se trata de un simple pretexto para encadenar diálogos.

Pero ya Frost, cuando el reloj del vestuario de hombres marca las 21.17, sale de la ducha con una toalla enrollada a la cintura y tarareando la canción que esa misma mañana interrumpió las cogitaciones del empleado del garaje. El hombre que cree mirar con cierto disimulo a Frost, pero lo estudia con un descaro y una fijeza fuera de lo común, es escritor y coincide muchas veces con él en el gimnasio.

Pese a que el escritor siente una viva curiosidad más o menos por todo el mundo. Frost le inspira una fascinación particular por la intensa vitalidad, el ímpetu y el optimismo que emanan de él. Ni siquiera después de la sesión de gimnasia (que al escritor le parece agotadora) lo ha visto nunca cansado. A veces tiene incluso la impresión de que la gimnasia le inyecta a sus células un vigor sobrenatural.

«Si fuera político, lo votaría», piensa el escritor. «De hecho, no estaría mal tomarlo como modelo para el hermano de P.». El escritor saca de su bolsa una libreta pequeña, donde garabatea mientras Frost se viste y se seca vigorosamente el pelo con la toalla:

«NOTAS PARA LA COMPOSICIÓN DEL HERMANO DE P.

- Tiene una mirada intensa y a la vez limpia, directa, frontal.

- Carece de la excesiva conciencia de sí mismo que parece tener tanta gente en esta época (ni siquiera se ha dado cuenta de que lo observo), y este hecho le confiere un notable atractivo.
- Cuenta con la rara virtud de inspirar confianza. Parece un hombre capaz, eficiente, honesto. Alguien hecho para llevar a buen puerto proyectos ambiciosos y complicados.
- Si tuviera que poner mi vida en manos de alguien, antes se la confiaría a él que al noventa y nueve por ciento de la humanidad». ¿Qué pensaría Frost si supiera que lo que su compañero de vestuario garabatea en una libretita es precisamente su descripción?, se pregunta el escritor. ¿Estaría de acuerdo con la descripción? ¿Se sentiría halagado o turbado por el interés que suscita? ¿Pensaría que quien toma apuntes del natural con tanto descaro le está cogiendo algo que no tiene derecho a cogerle?

Mientras cierra la libreta y la guarda en la bolsa junto al resto de sus enseres, el escritor piensa, no sin una sonrisa, en el curioso desequilibrio que entraña el hecho de que él vaya a seguir pensando en un tipo (Frost) que seguramente nunca le ha dedicado, le dedica ni le dedicará un solo pensamiento. Y, a menos que él se lo diga (aquí el escritor sonríe una vez más). Frost jamás lo sabrá. Aun cuando la novela en que el escritor trabaja ahora caiga en las manos de Frost una vez publicada, jamás sabrá que él mismo fue el modelo del personaje del hermano de P. Puede que se identifique con el personaje, o puede que no, pero nunca sabrá que él estuvo en el origen de esa ficción.

Durante unos instantes, el escritor se fabula a sí mismo abordando a Frost y pidiéndole permiso para tomarlo como modelo de un personaje (secundario aunque importante) de la novela que escribe. En esa fabulación. Frost, como es lógico, se queda atónito al principio, luego reacciona con un sentido del humor ejemplar («Me niego absolutamente a inspirar personajes secundarios», le dice. «¿Por quién me ha tomado? O soy el protagonista o no hay trato»). El escritor y Frost charlan, ríen, brota entre ellos una espontánea corriente de simpatía, el escritor sugiere que tomen una cerveza juntos. Frost acepta y los dos, autor y modelo de futuro personaje de ficción, abandonan juntos el gimnasio en medio de una animada charla.

Al escritor le encantaría que la vida se pareciera a su fabulación, pero sabe que no es así y lo encaja como buenamente puede. Desde luego, en su fabulación se gusta mucho más de lo que suele gustarse. De hecho a veces piensa si no se habrá lanzado a escribir para proyectar una imagen algo más decente de sí mismo.

Pero ya Pablo Frost, tras despedirse con un enérgico «adiós», galopa hacia la salida del gimnasio sin que nadie lo detenga ni lo aborde, alcanza su deportivo rojo en unas pocas zancadas, se encapsula con la música muy alta y recorre las calles, donde ahora la circulación es fluida. El reloj del deportivo rojo marca las 21.41 cuando Frost, tras bajar la rampa del garaje del que salió esta mañana, aparcar y saludar al vigilante de noche, cuyos sentimientos se ven acaparados en estos momentos por el apasionante partido de fútbol que escucha en la radio, sale a la calle y, menos de dos minutos después, llega al portal de su casa, abre la puerta y sube las escaleras con la energía que lo caracteriza.

«Ya está aquí ese calandraco y sólo son las diez menos cuarto», piensa mortalmente irritado el anciano paleógrafo al oír cómo tiembla y retumba toda la estructura del edificio. Los días felices son aquellos (afortunadamente frecuentes) en que Frost no regresa hasta la madrugada, a veces acompañado por alguna dama que, por suerte, no posee ni una cuarta parte de su repercusión sísmica.

«No habrá verdadera democracia en este mundo», piensa el anciano paleógrafo, «hasta que un hombre pueda elegir quién pisa por encima de su cabeza». Pero ya Frost ha llegado al tercer piso, introduce la llave en la cerradura, la hace girar, empuja la puerta y, todavía con la llave en la cerradura, se gira y mira atrás, como si se encarase con algo o con alguien. Durante unos minutos permanece muy quieto, conteniendo la respiración, aguzando los oídos y entornando los ojos. Hasta que, cuando su reloj marca las 21.44, de un velocísimo salto, se mete en casa y cierra la puerta con brusquedad y violencia. Como si hubiera sorprendido a alguien mirándolo y le diera con la puerta en las narices.

La herencia

No señor: uno nunca se conforma con lo que le toca en herencia. Yo heredé de mi madre su permanente y noble aspiración a ser moralmente intachable. Habría preferido heredar su elocuencia, o sus ojos verdes, o su gracia para cantar, que ahora me haría mucha compañía, o su dentadura perfecta e impolutamente blanca. Pero ya ven: entre el amplio espectro de posibilidades, el azar genético eligió lo que eligió. Heredar de tu madre la aspiración a ser moralmente intachable es como heredar sus deudas: una carga, un azote, un lastre, una desazón de por vida.

Con todo, esa aspiración a ser moralmente intachable no me habría complicado la vida ni la mitad de no ser porque mi padre me dejó en herencia su proclividad a la ira. Quien no haya visto a mi padre en acción no tiene ni idea de lo que es un ser humano cabreado.

Una vez, cuando era todavía muy pequeña, mi padre tuvo un violento arrebato de ira y empezó a romper cosas, no recuerdo ya si copas, platos o de todo un poco, mientras, afuera, una tormenta azotaba la ciudad. El viento huracanado obligaba a los árboles, despeinados como guerreros asirios desposeídos de sus cascos tras la derrota, a hincarse de rodillas a su paso y a barrer con sus cabellos el suelo. Y los rayos, precedidos por el trueno anunciador, rasgaban el cielo nocturno como garras de pájaros prehistóricos. Era una noche inhóspita, disuasiva. Nadie en sus cabales habría puesto un pie en la calle en medio de aquel temporal. Yo, desde luego, no lo hice. Me encerré en el armario de mi cuarto, mientras mi padre aullaba como un demente en medio del salón por quién sabe qué motivo. Puede que la cena no estuviera a su gusto, a veces a mi madre se le iba la mano con la sal. Pero no soy la única que no recuerda el motivo. Ni mi madre ni mucho menos mi padre, que en paz descanse, pueden ayudarme a recordar qué pudo desatar

aquella ira concreta. El caso es que mi hermana, que vivía aterrorizada por la ira de mi padre, se escabulló de casa sin que nadie advirtiera su marcha, de tanto como debía de berrear mi padre, y se puso a correr por las calles como una loca, bajo la lluvia torrencial, hasta que la alcanzó un rayo y la fulminó. Así de simple y así de horrible: entre la ira de mi padre y el rayo, mi pobre hermana eligió el rayo.

Después de lo del rayo, mi padre y mi madre nunca volvieron a verse. Mi madre no se atrevió a culpar a mi padre, al menos en mi presencia, pero no quiso verlo nunca más. Debió de comprender que su aspiración a ser moralmente intachable (aspiración que incluye el mandato de no restregarle por los morros la propia superioridad moral a nadie) se vería seriamente comprometida con mi padre al lado, de modo que, aquella misma noche, me cogió y abandonó el hogar conyugal para que mi padre lo llenara con su ira y destrozara el mobiliario tanto como quisiera. No sé cuántas veces nos habíamos mudado ya, porque los vecinos siempre se quejaban de las escaramuzas de mi padre y los caseros siempre acababan echándonos, pero lo cierto es que la dramática huida del enésimo hogar conyugal conmigo a rastras y en medio de aquella pavorosa tormenta fue un gesto inútil, pues mi padre, que era un violento pero no un desalmado, se suicidó horas más tarde, del cargo de conciencia tan grande por haber asustado con su ira a mi pobre hermana y haberla obligado a huir hasta que la alcanzó el rayo y se le metió dentro, por debajo del jerseicito rosa que mi madre le había tricotado y que era igual que mi jerseicito azul pero de color rosa. La vida está llena de gestos inútiles. Ya puede uno ir tricotando que un buen día viene un rayo y te lo desteje todo.

Los enterramos a los dos el mismo día, pero no de la misma tacada, porque mi madre consideró que alguien que aspira a ser mejor no puede permitir que se despida en una misma ceremonia a una hija y a un padre, si ese padre es el responsable de la muerte de la hija. Tampoco permitió que los pusieran juntos en el mismo nicho, de forma que mi hermana pasó a ocupar el nicho de mi familia materna, mientras mi padre se iba a pernoctar para siempre a un nicho nuevo contratado especialmente para él en un cementerio donde no había parientes nuestros ni amigos ni conocidos susceptibles de brindarle un poco de consuelo en el otro

mundo, o al menos eso es lo que recuerdo haberle oído decir a mi madre en lo más parecido a una acusación que dijo jamás de mi padre.

Lo del entierro doble en lugares distintos hizo que aquel día lo pasáramos entero entre la funeraria (donde mi madre había solicitado las dos capillas más alejadas entre sí) y los dos cementerios, de coche mortuorio en coche mortuorio y de afligido pésame en afligido pésame, con los mismos invitados cada vez, aunque dudo que quienes acuden a un entierro sean exactamente invitados.

Como ven, tengo grandes y poderosos motivos para tratar de vencer mi proclividad a enfurecerme por cualquier tontería y a descargar mi ira sobre el prójimo. También conservo, como parte de mi estremecedora herencia familiar, el jerseicito, ya no rosa, sino calcinado, que llevaba mi hermana cuando la alcanzó el rayo, pero que me aspen si puedo recordar en qué momento me hice con él. En cualquier caso, cada vez que pierdo los estribos, la penitencia que me impongo consiste en sacar el jersey del cajón donde lo guardo y enfrentarme a lo que ese pedazo de ropa calcinada significa.

No creo que su aspiración a ser moralmente intachable haya hecho feliz a mi madre. Después de lo del rayo y lo del suicidio de mi padre, trató de recomponer su vida casándose con un hombre dulce, tranquilo y amable. No enseguida, sino un tiempo después, porque una persona que aspira a ser moralmente intachable no se lanza a una boda cuando acaba de enterrar a una hija y a un marido. Supongo que si eligió al hombre dulce, tranquilo y amable es porque era exactamente lo contrario que mi padre. Pero sé, aunque ella no me ha dicho nada —antes se dejaría amputar la lengua—, que el drama de mi madre estriba en que, por algún motivo, no consigue amar al hombre dulce, tranquilo y digno de ser amado, así es la vida. Yo lo he adivinado porque la asechanza del fracaso cotidiano le añade una especie de gravidez a sus gestos y le empaña la mirada con un velo de descontento. Cualquier otra habría desistido y se habría divorciado, pero ella sigue empeñada en esa lucha inútil de tratar de amar a quien es obvio que jamás conseguirá amar. ¡Cuántas luchas y gestos inútiles es una vida! Mi madre está convencida, la pobre, de que si no consigue amar a un hombre digno de ser amado es sólo a causa de una imperfección

personal que el tiempo le ayudará a vencer.

Ya lo ven: la aspiración a ser moralmente intachable puede complicarte la vida tanto como la ira, aunque de manera distinta. No es lo mismo, desde luego, tener que suicidarte porque has colaborado en la muerte de tu querida hijita que tener que pasar el resto de tu vida junto a un hombre al que no amas.

En cuanto a mí, la ira heredada de mi padre, la aspiración a ser moralmente intachable heredada de mi madre y el jerseicito achicharrado de mi hermana establecieron una alianza perversa desde el principio. Siempre he sido una persona vacilante e informe, anodina y apocada en apariencia, salvo en la ira. Sólo en la ira cuajo y me crezco. Así como otros se crecen en la ambición o en la adversidad, en el combate dialéctico o en el amor, en la seductora elocuencia o en la creación, en la lascivia o en el incansable consumo de bienes perecederos, en el cultivo de una cuenta corriente o lanzando su coche a más de ciento ochenta por una autopista, así me siento yo, viva únicamente cuando soy presa de un ataque de ira y exhalo la energía de una manada de búfalos que, con la testuz baja y el ojo retador, resoplan ominosamente por las dilatadas narices dispuestos a embestir lo que se les ponga por delante. Sólo en la ira soy una fuerza desencadenada de la naturaleza, un huracán despiadado, un becerro que muge encabritado, una voluntad irrefrenable. Sólo en la ira soy alguien, qué desastre.

Antes la gente me temía. Y con razón. Sabían que, de vez en cuando, de la forma más intempestiva, brotaba de mí la terrible ira heredada de mi padre y nunca las tenían todas consigo, porque no había forma humana de saber cuándo estallaría la tormenta. Medían sus gestos y cuidaban sus palabras. Y de no ser por mi maldita aspiración a ser moralmente intachable, seguirían haciéndolo, ya lo creo. El problema es que ya casi no veo a nadie, excepto a mi madre, que viene a cuidarme a diario. Cuando me mira y ve en lo que me he convertido —un busto clavado a una silla de ruedas, con una sola pierna y un solo brazo— tengo la sensación de que es presa de sentimientos contradictorios que se la disputan como se disputarían los buitres una carroña fresca. Sé qué por un lado me admira por haber resistido de forma encomiable a la tentación de descargar la ira contra mi prójimo, pero por otro no

puede sino deplorar esa aspiración mía a ser moralmente intachable que siempre me constriñe a volver contra mí toda mi furia destructiva y a herirme y mutilarme con saña para no dañar a los otros. Sospecho que es mi madre quien hace unos días me escondió el jerseicito calcinado de mi hermana, como si realmente creyera que mi patológico afán de ser moralmente intachable fuera a desaparecer con él. Sospecho también que alberga la secreta esperanza de que, privada del jersey, mi mano, la única que me queda, se vuelva al fin contra ella. Que yo la mate, eso es lo que creo que ella pretende. Que me convierta en una parricida inmunda. Por eso insiste en venir a cuidarme cada día. Porque aunque ya sólo quiere morir, su obscena aspiración a ser moralmente intachable le impide atentar contra una vida humana, incluso contra la suya, y quiere que yo lo haga. Y porque sospecho que, en el fondo —ya sé que es feo decirlo—, aunque lucha contra ello con todas sus fuerzas, su mayor deseo es ser más moralmente intachable que yo.

Hienas que ríen penas

Se llamaba Guy Péguy, pero lo mismo podría haberse llamado Marcial Martínez Martínez o Vladimir Blanco, que esta historia no cambiaría un pimiento.

El caso es que el tal Guy Péguy era la gloria de sus padres y la alegría de su novia, lo que se dice un tipo cabal. No era, desde luego, un hombre de ideas, sino más bien lo que sus compatriotas llamarían un *homme de coeur*, noblote, cálido, algo sentimental y dueño de una especie de ensimismada calma que le prestaba un aire de reflexión metafísica aunque estuviera pensando en la lista de la compra, no sé si me entienden. Nada más lejos de mi intención que menoscabar la calidad de su potaje interior, pero tengo que insistir en el hecho de que no era un tipo intelectualmente sofisticado; digamos que sus mientes no le alcanzaban para grandes piruetas mentales, nada de saltos mortales *Chez* Guy Péguy. Sin embargo, era un oyente de primera; en parte porque jamás te interrumpía —cosa absolutamente insólita en todo el orbe cristiano—, en parte también porque daba la impresión de entender realmente lo que decías, y en parte porque era capaz de citarte frases enteras tres meses después del hito narrativo en cuestión. Con el acento marsellés, eso sí, de quien se ha criado entre las alegrías de las ostras y la sopa bullabesa. Aunque, a efectos de esta historia, lo mismo daría que hubiera nacido en cualquier otra parte. Siam, Vladivostok, Guam, El Cairo, Estambul o Quito.

El tal Guy Péguy tenía muchos amigos, entre los que me honra contarme, que apreciaban su tranquila humanidad, aunque dudo que alguno de nosotros llegara a penetrar los fondos abisales de su alma. Para mí que era un soñador en busca de un sueño hermoso que perseguir.

Me dice Lord Tripas, que se ha instalado detrás de mí mientras yo escribía y se ha empeñado en leer los párrafos anteriores, que

qué fondos abisales ni qué leches (palabras textuales nikito nipongo). Que me deje de poesía y cuente la verdad monda y lironda. Que si yo no lo sé hacer, se verá obligado a tomar cartas en el asunto para poner coto a mis desmanes poéticos. Que él siempre supo que el tal Guy Péguy era un zumbado en potencia, un perturbado al acecho del glorioso momento en que por fin podría mostrarse al público en todo su enloquecido esplendor (palabras textuales nikito nipongo). Y que acabaría cambiando las camisetas y los vaqueros Levy's por una camisa de fuerza, Y que si daba la impresión de entender realmente lo que uno le contaba, aunque se tratara de espesas profundidades de la psique o de las más altas y escarpadas cumbres del pensamiento, allá donde sólo florece el edelweiss entre riscos y nieves eternas, es porque tenía la típica mirada falsamente inteligente de los chalados, a ver si me entero de una puñetera vez, *voilà l'histoire*. Y que, aparte de estas consideraciones, si yo me pasaba media vida hablando con el tal Guy Péguy es porque, como todo el mundo sabe, soy un incontinente y, cuando me acometen grandes deseos de largar lastre verbal, pesco al primero que pasa sin parar mientes en si pone cara de burro irrecuperable para el mundo de los animales racionales o si su expresión traiciona un altísimo coeficiente intelectual del que es lógico esperar que procese debidamente (palabras textuales nikito nipongo) la información recibida. Y en cuanto a que el infortunado Guy Péguy fuera capaz de almacenar, recordar y regurgitar tres meses después alguna de las bazofias mentales con que me complazco en incrementar la carga de mugre espiritual que pesa sobre el mundo, eso sólo prueba que, efectivamente, estaba zumbado.

En cuanto Lord Tripas hace una pausa para respirar, inicio un rápido y furioso contraataque. Mi hábil ofensiva tiene por piedra angular el siguiente argumento: si el muy sagaz Lord Tripas siempre había sospechado que bajo la aparente calma de Guy Péguy se agitaba y se retorcía en silencio una mente perturbada en espera de su aria de lucimiento, ¿por qué nunca hasta ahora le había comunicado esa sospecha a su entorno más próximo? Extraña omisión esa, máxime si uno sabe que Lord Tripas es uno de esos tipos que jamás pierden la oportunidad de demostrar que son más listos que su vecino, aun a costa de caricaturizar, ridiculizar,

humillar y triturar al vecino en cuestión. ¡Qué portento, añado mientras Lord Tripas prepara mentalmente el borrador de su inminente defensa, profetizar un hecho cuando el hecho ya ha sucedido! ¡Qué prodigio de sagacidad y visión del futuro decir ya-sabía-yo-que-ese-chico-acabaría-fatal cuando el chico en cuestión ya no es ni la gloria de sus padres ni la alegría de su novia, sino tan sólo la alegría gastronómica de una colonia de gusanos!

Llegados a este punto de la refriega, Johnny Balanzas, que es el tercero en liza, se siente obligado a intervenir con afán mediador, aguijoneado por su espíritu salomónico y por los nobles y conciliadores propósitos que siempre se están cociendo en los fogones de su alma. Aclararé que cuando Johnny Balanzas se arranca en un monólogo, su audiencia invariablemente siente, al menos durante unos segundos, que en este desenfrenado mundo, donde la entropía gana terreno minuto a minuto y uno cabalga a lomos del caos las veinticuatro horas del día, todavía queda una esperanza, un conato de orden, una brizna de refrescante sentido y de virtud a los que aferrarse como se aferra el náufrago a su tabla de salvación, por miserable e insignificante que ésta sea. Y de hecho, la tabla de salvación es tan miserable e insignificante que apenas si dura unos segundos, pasados los cuales uno se da cuenta de que le está rogando a Dios que le haga callar (por favor, por favor, Jehová: si existes haz que Johnny Balanzas cierre la boca de una puta vez). El problema es que el Balanzas es un tipo tan glandularmente sensato y morigerado, tan contrario a cualquier extremo, tan genéticamente proclive a buscar el equilibrio y el punto medio y el puñetero centro que después de escucharlo durante diez minutos siempre acabo sintiéndome, muy a pesar mío, más cerca que nunca de la belicosa humanidad de Lord Tripas. Y me veo obligado a reprimir el indecoroso impulso de echarme en brazos de Lord Tripas y de cubrirlo de lamerones, como si fuera un perro baboso. Yo, no Lord Tripas, claro. Y eso que Lord Tripas —*the box of paradox, the beauty of the human contradictions*— es un tipo pendenciero y jactancioso y desagradable en muchos aspectos y siempre anda a la greña con todo el mundo. Y eso que Johnny —*the «vox» of paradox, the beauty of the human contradictions*— es un tipo dulce y contemporizador y moderado y prudente y con un sentido común a prueba de bombas y encantador en muchos aspectos. Pero,

joder, no pierde el control ni las formas ni el equilibrio ni el sentido de la justa proporción aunque agarre una melopea del demonio. Digamos que si la policía pillara a Lord Tripas sobrio y a Johnny borracho, a quien insistirían en hacerle la prueba de la alcoholemia sería a Lord Tripas. Me apuesto lo que quieran. Y aunque diera negativo, lo mantendrían una semana bajo vigilancia. Es un sospechoso nato, un alborotador, un maritrifulcas. Y uno se percata tan rápidamente de ello como si llevara una inscripción luminosa en la frente. El Balanzas, en cambio, si se metiera a político, sería probablemente el único político genuinamente centrista de todo el orbe cristiano. Inventarse el centro, qué invención tan triste.

Bueno, el caso es que Johnny Balanzas ha dicho algo tan irreprochablemente sensato como que nadie puede afirmar que tiene la verdad acerca del tal Guy Péguy; en primer lugar porque ningún ser humano puede jactarse de conocer el corazón de otro ser humano. Técnicamente, puedes jactarte, desde luego —ha matizado inmediatamente con rápidos reflejos al ver que Lord Tripas abría las fauces con ánimo replicante—; pero esa jactancia no tardará en ser arrollada por *Mistress* Reality, ese tren de alta velocidad que siempre llega a tiempo a todas partes. En segundo lugar, el tal Guy Péguy era un tipo no exactamente taciturno, pero si muy poco dado a hablar de si mismo. Ya saben: prudente reserva, misterio insondable, bla, bla, bla. De modo que, a falta de indicios absolutamente fidedignos, lo único que podemos hacer es inventamos a Guy Péguy. Y mi invención no es ni mejor ni peor que la invención de Lord Tripas. Así que tablas, chicos; no pelearse.

Las intervenciones de Johnny Balanzas suelen ser dialécticamente jodidas, y nefastas desde el punto de vista del libre flujo de las ideas, porque suponen un brusco final de la conversación. *Stop, rien ne va plus*. Digamos que tienen la virtud de una píldora abortiva. Como lo que dice no suele tener refutación posible, arroja sobre nosotros un silencio terminal y ceñudo que se corresponde mal con el afán de dialéctica discrepancia que es la columna vertebral, el bendito pilar, el hermoso grupo de bien esculpidas cariátides sobre los que descansa mi relación con Lord Tripas. Y si Dios nos dio un cerebro para que lo malgastásemos trabándonos en feroz y dialéctico combate, ¿quién es Johnny Balanzas para apartamos de nuestro emocionante litigio?

Afortunadamente, siempre nos las ingeniamos para perseverar en nuestro ser.

Y así como el toro suelta un bramido estremecedor al enfrentarse al hombre que pretende darle caza, así suelta Lord Tripas un melodioso eructo tras haber vaciado de un único y largo trago su botellín de cerveza, el quinto de la tarde si no me equivoco. Es emocionante observar cómo un tipo tan intelectualmente evolucionado cómo Lord Tripas puede llegar a parecer en ocasiones un pedazo de carne privado de cerebro. Conteniendo a duras penas una viva y alegre excitación, intuyo que la partida continúa.

—A mí lo que de verdad me cabrea —tercia el bendito Lord Tripas, arremetiendo con la cabeza gacha y esa mirada centelleante que indefectiblemente presagia una andanada de las buenas— es que el fulano este [o sea: yo] se sienta obligado a hablar bien del tal Cuy Péguy por la sencilla razón de que se beneficiaba a su novia. No creo que haya en este mundo infracción más abyecta a las elementales leyes del decoro, la urbanidad, el buen gusto, la elegancia y la convivencia pacífica entre los pueblos que arrancarte en encendidos elogios del tipo con cuya novia te metes en el catre. ESO NO SE HACE, cojones.

—Pero ¡por el amor de Dios! ¡Está MUERTO! ¿Me estás pidiendo que arrastre por el lodo el nombre de un tipo que está criando malvas y que además era mi amigo?

—Eres una mierda pinchada en un palo —truena mi estimado y multibramante amigo Lord Tripas—. Lo de que esté muerto no es, para el asunto que nos ocupa, sino una anécdota tangencial y sin la menor importancia. Porque tú ya hablabas bien de Guy Péguy cuando aún arrastraba su hermoso culo por valles y montañas, dédalos de callejuelas y autopistas de peaje. ¡Menudos panegíricos nos atizabas mientras aún te temblaban las piernas del polvo que le habías echado a su novia! Canapés de fariseísmo, bocaditos de asquerosa hipocresía, torpeditos de almíbar envenenado, ponzoña y nada más que ponzoña. Cuando en realidad nadie se ha ciscado jamás en Guy Péguy tanto como lo has hecho tú.

—¿Yo ciscarme en Guy Péguy? ¡No sabes lo que dices!

—¿Es que nunca vais a dejar de pelearos?

—Oye, Balanzas, guapito, buñuelito rebozado en almíbar: a ver

si te enteras de una vez por todas de que la vida es luchar y bregar; un día u otro tendrás que dejarte de discursitos cursis y entrar en liza y medir tus fuerzas con el contrincante y dejarte la piel en el combate —Lord Tripas *dixit*—. En cuanto a ti, cagallón de perro abandonado en mitad de la acera para tropiezo de ciudadanos limpios y cabales, ¿cómo te atreves a sostener que no te ciscabas en Guy Péguy? Si hasta le habías fabricado un tonito de burlona condescendencia de uso exclusivo para él. ¿Y esos libritos que le pasabas con la excusa de comentarlos después? ¡Lo que te habrás divertido fingiendo que lo considerabas un hombre de agudas mientes y pertinentes observaciones cuando en realidad lo tenías por un zote y un iletrado, un ingenuo y un simple!

En lo más tumultuoso del dialéctico tumulto, se me ocurre pensar en lo hermosa que es la amistad. La única diferencia apreciable entre mi relación con Lord Tripas y un *match* de boxeo estriba en que nadie ovaciona nuestras mejores jugadas. Y que, desde luego, no cobramos un duro por despellejamos vivos. Anoten las ganancias en el saldo, cada vez más alto, de nuestra vieja amistad. Tan vieja, de hecho, que de no ser por nuestras ansias de combate, que le insuflan un soplo de vida cabreada a ese triste espectro, un observador imparcial se sentiría en presencia de una momia repulsiva.

Supongo que, llegados a este punto, los más sagaces de mis lectores se habrán formulado ya a estas alturas la siguiente pregunta: *Que savons nous de Guy Péguy?*

Muy poco, es cierto. Pero recapitulemos. Sabemos, en primer lugar, que el tal Guy Péguy nació en Marsella, un dato que no está sujeto a controversia, pero que carece de la menor importancia. Sabemos que era la gloria de sus padres, Pierre y Antoinette, en parte porque era su único hijo y no había con quién compararlo, y en parte porque Guy Péguy siempre había hecho lo que debía hacer hasta que, a la edad de treinta años, tres meses y un día, dejó repentina e inexplicablemente de hacerlo. Disponemos también de algunos datos acerca de su entorno más próximo. Sabemos, por ejemplo, que el tal Guy Péguy tenía muchos amigos y que entre el grueso del pelotón destacan un tipo llamado Johnny Balanzas, otro llamado Lord Tripas y yo mismo. Sabemos que Johnny Balanzas consideraba a Guy Péguy un enigma indescifrable. Sabemos

también que Johnny Balanzas es probablemente el único tipo en todo el orbe cristiano que, enfrentado a un enigma indescifrable, no siente la menor curiosidad por descifrarlo. También sabemos que Lord Tripas juzgaba a Guy Péguy un zumbado en potencia, si bien tenemos indicios suficientes para sospechar que semejante juicio es de muy reciente cuño, algo así como una improvisación sobre la marcha, y que responde más a un intenso deseo de llevarme la contraria a mí que a un concienzudo análisis de la realidad Guy Péguy.

En cuanto a mí, supongo que les debo un par de explicaciones. Para cumplir debidamente con ese noble y elevado imperativo moral y proporcionarles la información a la que tienen ustedes legítimo derecho en virtud de la tácita relación contractual que se establece entre el narrador y el lector, les expondré la concatenación de hechos, bastante trivial, por cierto, que me llevó a regalarle una serie de libros cuidadosamente seleccionados entre lo mejor de la literatura universal a esa compleja entidad psicológica llamada Guy Péguy. Juro no omitir ninguno de los hitos fundamentales de esa concatenación de hechos, aun cuando eso suponga arrojar un puñado de descrédito, desdoro e ignominia sobre mi persona.

Coraje, amigo. Zambullámonos en el lodo con entereza y alegría.

De acuerdo, Johnny Balanzas: no se puede conocer el corazón de un hombre, ni siquiera el tuyo. Aunque en el caso de Guy Péguy esa imposibilidad jamás me robó ni medio minuto de sueño. En cambio, llegué a familiarizarme con una particularidad suya que había de resultarme bastante útil. El caso es que Guy Péguy era un tipo muy amable y considerado. No, borren eso; expresándome así, me quedo decididamente corto. Digamos que hasta el asesino múltiple más despiadado y sanguinario puede ser muy amable y considerado alguna vez en su vida e imponerse incluso el deber cotidiano de ayudar a cruzar la calle a las ancianitas entre actuación y actuación. Pero Guy Péguy era exageradamente amable y considerado las veinticuatro horas del día; jamás bajaba la guardia, no sé si me entienden. La idea de infligir la menor herida a su prójimo lo trastornaba hasta extremos francamente curiosos. Tanto es así que si por ventura alguien le recomendaba vivamente que visitara tal o cual exposición o que fuera a ver tal o cual película o que leyera tal

o cual libro, su exagerada cortesía, unida a un respeto casi religioso por las pasiones de sus congéneres, lo impulsaba a hacerlo de inmediato, para no ofender. Sé que este rasgo de Guy Péguy es difícil de entender, más aún si, como sucede con Lord Tripas, uno es un tipo capaz de negarle un mendrugo de pan a su propia madre, en cuyo caso siempre queda el recurso —fácil, muy fácil— de tildar a Guy Péguy de zumbado en potencia. Por lo que a mí respecta, no me parece que esta característica de Guy Péguy desentone con el nutrido catálogo de fenómenos extraños con que *Mistress* Reality, esa sacerdotisa celosa de su deber, sorprende, instruye, deleita y azota a su rebaño.

Pero no me gustaría dar la impresión de estar escurriendo el bulto. Ya sé que desde que mi inseparable amigo Lord Tripas activó cierta bomba sexual, están ustedes aguardando con incontenible impaciencia a que aborde las partes más lúbricas de la acción. No se preocupen; también a mí me gusta el sexo. Insisto, además, en que no soy un hombre que retroceda ante un baño de lodo.

—Desde luego que no eres un hombre que retroceda ante un baño de lodo —vuelve a embestir mi multibramante amigo Lord Tripas tronando a dos palmos de mi oído izquierdo y bombardeándome la nuca con una multitud de hediondos proyectiles de saliva—. Para empezar, ni siquiera eres un hombre —palabras textuales nikito nipongo—. En realidad, no pasas de ser un mero proyecto de rata. Tal vez ni siquiera un proyecto demasiado bueno. ¿Te imaginas qué triste ser un proyecto fallido de rata? Orientar minuciosamente toda tu vida hacia la consecución de ese afán y fracasar, qué putada. Pero no temas; tú puedes lograrlo; si perseveras en tu ser estoy seguro de que algún día las ratas te admitirán entre ellas como un miembro de pleno derecho. Y te premiarán con un bonito carnet plastificado que te distinguirá como miembro de honor del club y te permitirá entrar y salir de las cloacas a tu gusto y antojo. Y ahora, dime: ¿a quién pretendes engañar con esa patraña de la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad acerca de Guy Péguy? Una simple lectura superficial del tropel de digresiones, divagaciones y circunloquios que estás vertiendo en el disco duro basta para advertir que lo único que haces es ocultarte o autojustificarte. No creas que no te entiendo, saquito de mierda, lacayo mal pagado del patrón de las letrinas. Si

yo fuera tú, me pasaría la vida pidiendo perdón por existir. Y ahora, por favor, ten la amabilidad de dejar muy claro a los hipotéticos lectores de este campo minado donde a cada línea te estalla en la cara una abominable patraña, que yo, Lord Tripas, señor de las vísceras, te recuso como narrador. Y que impugno, refuto y niego todo cuanto has dicho, de principio a fin. Aunque, evidentemente, si hay alguien lo bastante zote para concederte crédito después de esto, allá él —palabras textuales nikito nipongo.

—Lo que acabas de decir es una hipérbole —sentencia Johnny Balanzas. Esta breve e irrefutable constatación de la evidencia la enuncia mi amigo con la expresión grave y solemne de quien está soltando una verdad sin la que el planeta Tierra se vería obligado a frenar en seco con un espeluznante chirrido y dejar de girar en torno al Sol. Como si acabara de descubrir la buena y vieja sopa de ajo. De hecho, lo más sorprendente del Balanzas es su absoluta incapacidad para sorprender. Es tan igual a sí mismo que a veces tengo la impresión de estar no ante Johnny Balanzas, sino ante un clon de Johnny Balanzas, no sé si me entienden. Una vez, en una fiesta, consiguió que el anfitrión llorase de aburrimiento. Y que buena parte de los asistentes contrajeran de por vida una mortal aversión al sentido común.

Sin duda se preguntarán por qué puñetas soy amigo de Johnny Balanzas. Muy sencillo: para ver si algún día derrapa y se sale del guión. Humana curiosidad, qué quieren. Soy consciente de que es una probabilidad tan remota que en un concurso de probabilidades improbables se encaramaría hasta los primeros puestos de la clasificación mundial, pero si llegara a suceder, por nada del mundo quisiera perdérmelo. Uno vive por cosas así, supongo. Asistir al momento en que Johnny Balanzas, por primera y tal vez única vez en su vida, pierda los papeles. Un momento *cum laude* llamado a apagar con su brillo el fulgor de las estrellas más brillantes del firmamento. Cuánto gozo puede caber en apenas un instante.

—Que me aspen si entiendo por qué lo defiendes —vuelve a rugir Lord Tripas con el nada solapado objetivo de soliviantar a Johnny Balanzas en contra de mí—. De verdad, chico, las mientes se me encabritan, y no hay golpe de látigo ni toque a rebato capaz de sujetarlas, cuando pienso que estás defendiendo al tío del que sabes positivamente que en una ocasión, y quien lo ha hecho una

vez puede haberlo hecho un centenar y aún repetirlo en el futuro, te traicionó acostándose con tu novia. Lo de la chica del Cuy Péguy ya fue una historia sucia, pero lo de tu chica le revolvería las tripas al más impasible de los homínidos. Había agravantes, ¿recuerdas? Acababa de morirse tu madre y te habían echado del trabajo. ¿Es que no piensas cabrearte? ¿Es que te has jubilado de la vida y de su espléndido tumulto y ya todo te resbala?

—Pero si ya han pasado cinco meses. —Es el singular argumento con el que Johnny Balanzas se dispone a contrarrestar la cólera de Lord Tripas.

—Como si hubieran pasado cuarenta años. Puedes cabrearte con carácter retroactivo. Yo te exhorto a que lo hagas. Y a que le revientes ahora mismo los ojos o las gónadas o tal vez ambas cosas con un destornillador. Yo te presto el destornillador; creo que llevo uno en el bolsillo de la cazadora. Y te brindo mi colaboración para inmovilizarlo. Y aplaudo cuando hayas rematado la faena. E incluso me ofrezco para ir a entregarme a la policía en tu lugar. Y purgar los años de trullo que haya que purgar. De acuerdo: cinco años a la sombra son cinco años a la sombra pero me confortaré pensando que ese saquito de mierda ya no volverá a contemplar nunca más ni un bosque en otoño ni un mar bravío ni un cielo dolorosamente azul ni un par de tetas jacarandosas. Te garantizo que no bromeo: nunca en mi vida había hablado tan en serio. ¿Es que no quieres darte cuenta de que si tú no te cabreas yo me siento históricamente obligado a cabrearme en tu lugar? Porque hay un sentido histórico de las cosas, una lógica a la que no podemos hurtamos. Yo no puedo ni quiero ni sé.

Un alma sensible, Lord Tripas, ya lo ven. A primera vista (metro noventa, unos cien kilos de multibramante bebedor de cervezas, mirada de toro a punto de embestir) parece un pedazo de bestia con la sensibilidad en el recto y si te lo encuentras de noche en un callejón oscuro seguro que cambias de acera, pero, superado el primer escalofrío, si te tomas la molestia de tratarlo más a fondo y de aguzar los oídos, acabas por darte cuenta de que es un osito de peluche capaz de emocionar al mundo con la delicada sensibilidad de su potaje interior. Siempre he pensado que es uno de los pocos hombres que conozco que sería realmente capaz de hacer feliz a una mujer. O a un hombre, no tengo prejuicios. Yo mismo me he

emocionado hasta las lágrimas al imaginarme la tierna escena en la que, estrechamente abrazados, enculo a Lord Tripas. Lástima que él sí tiene prejuicios. No siempre puede un hombre demostrar de forma activa y contundente el profundo afecto que siente por otro hombre, *mon semblable, mon frère*.

—¿Cómo quieres que me cabree —tercia Johnny— si ni siquiera sé con quién debo cabrearme? ¿Con mi novia? ¿Con éste? ¿Con los dos? ¿Con la vida? ¿Con el amor, que nos convierte en indefensos coleccionistas de expectativas incumplidas? Si mi novia se echa en brazos de otro buscando algo que seguramente yo no le doy, ¿tengo derecho a cabrearme con ella? Y si, después de todo, decido que tengo derecho a cabrearme, ¿debo dejarla? ¿Y liarme con otra que a lo mejor me gusta menos y volver a empezar? ¿Y cómo voy a saber con quién debo cabrearme si, para empezar, ni siquiera puedo saber con exactitud lo que pasó? Coge a cuatro hombres, haz que vivan un mismo suceso, exhórtalos a que te lo cuenten inmediatamente después y verás como se dan de hostias para imponer su particular versión de los hechos. ¿Cómo juzgar entonces sin cometer una arrogante temeridad? Siempre nos faltan datos. Y, comoquiera que sea, si alguien tiene que llevarse a tu novia a la cama, ¿no es preferible que eso suceda cuando tu madre acaba de morirse y te has quedado sin trabajo? Entre tanta calamidad, una más pesa menos en la balanza.

Contra todo pronóstico, el mundo está lleno de tipos como Johnny: les pegas un puñetazo en el plexo y, cuando recuperan la respiración, no entienden nada, examinan la situación, siguen sin entender nada y, en lugar de partirte la crisma, miran dentro de sí e invariablemente se hallan culpables. No me gustaría nada estar en su pellejo, porque su vida debe de ser una mortificante secuencia de complicaciones inútiles. Antes de actuar necesitan pensar su acto desde todos los ángulos y perspectivas posibles para estar seguros de actuar de la mejor forma; están obsesionados por hacer las cosas bien, qué manía. El problema es que, abrumados por la gravosa carga de sus propios pensamientos, son absolutamente incapaces de actuar después. No se dan cuenta de que, como dijo aquél (¿fue Pessoa?, ¿Leibniz?, ¿Wagner?), los dioses son dioses porque no se piensan.

Se dirán, y no podré sino admitir que les he dado un puñado de

sólidas razones para ello, que el hecho de que Johnny Balanzas siga teniéndome como amigo es más misterioso e inexplicable si cabe que el hecho de que yo siga teniéndolo a él como amigo. Al fin y al cabo a mí me sostiene la esperanza de verlo saltar al vacío y perder su exasperante personalidad aunque sólo sea durante tres benditos segundos. Pero ¿y él? ¿Qué motivos puede tener Johnny Balanzas para seguir siendo amigo de un tipo como yo? Una vez más la respuesta es de una sencillez aplastante. Si fuéramos dos países, Johnny Balanzas y yo estaríamos situados exactamente en las antípodas, no sé si me entienden.

Yo soy su opuesto, su negativo, el eterno antagonista. Si yo no estuviera ahí, plantado como un mojón en medio de su vida, ¿con quién puñetas se mediría él? ¿Cómo va uno a saber dónde está y quién es y qué quiere y qué no si no tiene a nadie con quien medirse? Por mucho que se sienta escandalizado ante la belicosidad permanente que es el sello de marca, el alfa y el omega, la espina dorsal de mi relación con Lord Tripas, Johnny Balanzas nos necesita para construir su identidad. Para conocerse a sí mismo.

Y, además, no soy un desalmado. Si en ocasiones parezco una Enciclopedia de la Inmoralidad Ilustrada en veintitrés tomos es porque me gusta dar amplia difusión a mis fechorías y ocultar cuidadosamente mis buenas acciones. Es una costumbre que contraje de pequeño, cuando comprendí lo mucho que me incomodaba que me elogiasen por mis buenas obras. Jamás he querido que me quieran por otra cosa que por mis defectos y mis errores, pero no soy un desalmado. Es cierto que he reducido al mínimo mis buenas acciones para no tener demasiadas cosas que ocultar, pero bajo mis musculosos pectorales hay un corazón que cede con cierta frecuencia a grandes excesos sentimentales. Simple y necesaria gimnasia del alma, higiene sentimental, qué quieren.

Ahora que Lord Tripas se ha ido al excusado para echar fuera de sí las ganas de orinar y no corro el menor peligro de que se asome a la pantalla con ánimo de fiscalizar mi prosa, les contaré algo que es secreto sumarial, aun a riesgo de sembrar la confusión. Pero no esperarán ustedes que sea claro; si lo fuera, difícilmente podría darles un atisbo de las cosas, que siempre son confusas y se nos escapan.

Pues bien: aunque es rigurosamente cierto que me acosté/

encatré/refocilé con Laurita, que así se llama la mujer por la que bebe los vientos Johnny Balanzas, no menos cierto es que mi delictiva acción tenía por único objeto hacer un señalado favor a mi amigo. Laurita nunca ha sido, al menos por lo que a su conformación física se refiere, santo de mi devoción. Jamás sentí por ella nada comparable a la *ardenteflamme* que devoraba mis células cuando me hallaba en presencia de la novia de Guy Péguy, no sé si me entienden. Pero el día en que Laurita me hizo partícipe de su deseo de abandonar a Johnny Balanzas, me entristecí por mi amigo, que por aquella época ya estaba bastante atribulado por la muerte de su madre y por el feo asunto de su despido. Y aunque la tristeza había recalado en mi ánimo, el pragmatismo se las ingenió para hacerse con el mando de mi nave. ¿Qué podía hacer yo? ¿Cabía alguna posibilidad de ayuda efectiva? Sabía que era inútil lanzarme a una encendida glosa de las virtudes de Johnny Balanzas. Por un lado, mi escaso apego por las virtudes humanas me resta convicción; por otro, imaginé que Laurita no sólo conocía de sobra las virtudes del Balanzas, sino que precisamente quería HUIR de ellas a trotecillo ligero. ¿*Et alors*? Afortunadamente, soy hombre de instintos rápidos y de intuiciones a veces felices y a veces nefastas. En el caso que nos ocupa, sólo una hora después de que cierta intuición se hubiera colado en mis mientes por la puerta de emergencia, Laurita y yo yacíamos en un tálamo con gran aprovechamiento lúbrico de tal circunstancia. Digamos que me bastó con pasar una única noche con ella para catapultarla de regreso a los brazos de Johnny Balanzas, convenientemente arrepentida de haber cedido a esa clase de transitorias veleidades que bla, bla, bla y henchida de buenos y ardientes sentimientos para con el Balanzas, *mon amour*. No hay como provocar un buen sentimiento de culpa para atizar la llama del amor.

De todos modos, aunque al acostarme con Laurita obré movido por un propósito rigurosamente honorable, habría preferido que, al enterarse, mi amigo se hubiera enzarzado conmigo en atroz refriega, encabronado y loco de incontenible cólera. Me habría hecho ilusión acabar físicamente maltrecho —un par de contusiones y hasta algún hueso roto— por haber actuado de forma honorable. Habría resultado más natural, más épico, más conforme también con el fascinante desorden del mundo, no sé si me entienden.

Seguramente es todo eso lo que intuí ya desde pequeño cuando, al ser premiado por una buena acción, enrojecía de vergüenza y me precipitaba a cometer alguna tropelía, para compensar. Me gusta pensar que los errores (y la capacidad de reímos de nuestros errores) son lo único que nos distingue claramente del borrico, la vaca o el escarabajo pelotero. Equivocarse, y perseverar en el error con ciega obstinación y alegre gallardía, he ahí una de las mayores grandezas del hombre, si es que hay alguna digna de mención. Si no cometiéramos errores, si no nos hubiéramos empecinado tantas veces en apartarnos del camino trazado, por no haber no habría ni literatura. Piensen en *Madame* Bovary, que cometió la estupidez de querer que su vida fuera como los libros. O en Fabrizio del Dongo, que purgó en la cárcel un pecado juvenil; sin pecado juvenil y sin cárcel, adiós *Cartuja de Parma*. ¿Y qué me dicen de Aquiles? Si hubiera sido un tipo razonable como Johnny Balanzas, si no hubiera perseverado en su insensata cólera, Homero no habría podido escribir su *litada* y usted y yo nos habríamos visto cruelmente privados de una obra maestra. Desengáñense: la literatura no se hace con virtudes, sino con errores y meteduras de pata. O con virtudes que, de puro disparatadas, se convierten en otra forma de monstruosidad, no sé si me entienden.

¿Y qué me dicen de la Historia? ¿Qué es la Historia sino un fabuloso registro de errores, desmanes y formidables fracasos?

Tomemos por ejemplo a Guy Péguy, que era la gloria de sus padres, la alegría de su novia y el legítimo heredero de los ojos azules de su abuelo, lo que se dice un tipo cabal, un hombre que nunca había dicho *no* blandiendo el puño y que jamás se había atrevido a incomodar/exasperar/desconcertar a su entorno con un exabrupto. Por una vez seré sincero, aunque sé que les inspiraba más simpatía cuando me limitaba a mentir como un bellaco. Digámoslo claramente: Guy Péguy sería un tipo absolutamente trivial, y la idea de contar su historia no se habría posado, juguetona, en mis mientes, si un buen día no se hubiera apartado del recto camino para cometer una bonita estupidez.

Pero ya Lord Tripas ha salido del excusado tras haberse aliviado la vejiga y no sólo viene hacia aquí, sino que viene equipado con su mejor expresión de alimaña-perniciosa-a-punto-de-saltar-sobre-su-desprevenida-presa: cabeza gacha, mandíbulas apretadas, aletas de

la nariz dilatadas y ojos que centellean bajo una furia tan descomunal como si hubiera sido contraída en el Paleolítico superior y alimentada-día-a-día-con-amor-de-madre-ansiosa-de-ver-crecer-sano-y-fuerte-a-su-bebé. Mientras la casa entera retumba bajo sus cabreadas zancadas, me pregunto emocionado si me agarrará por la solapa de la camisa y empotrará mi bien amueblada cabeza contra la pantalla. Soy un tío atractivo (inmensos ojos negros que viven a la sombra de frondosas hileras de largas pestañas, mirada con trastienda, bien dibujados labios, bien esculpido cuerpo), pero una cicatriz en la cara siempre te confiere un aire tenebroso de *mauvais garçon*, una especie de plus de peligrosidad que sin duda aumentaría mi cotización en el mercado, no sé si me entienden. La belleza mortífera de un ángel exterminador al fin a mi alcance.

Pues no. Mi bienamado y multibramante amigo Lord Tripas ha decidido dejar intacto mi atractivo rostro e infligirme, en cambio, un quebranto de orden psíquico. Acaba de notificarme con inapelable autoridad —refrendada por una admonitoria colleja— que en lo sucesivo será él quien dicte y yo un simple brazo ejecutor. Agárrense. La huracanada fuerza de las neuronas de Lord Tripas produciendo pensamientos a toda máquina —¡oh, industriosa vorágine!— puede provocar un vendaval de tal magnitud que, como mínimo, las señoras lectoras acabarán despeinadas y los señores lectores agarrados a sus corbatas. Será una experiencia tan bestia como meterse en la lavadora en pleno centrifugado. Por si no se hubieran dado cuenta todavía, les diré que es un moralista y que, como tal, la emisión de juicios y leyes generales se halla entre sus actividades predilectas. Les advierto que es inútil tomar una aspirina: sería como tomarse una tila en pleno juicio final. O como bajar el volumen de la televisión mientras un taladro le trepana a uno el cráneo.

Puesto que sólo unas pocas pulsaciones me separan ya del doloroso momento en que seré apeado de mi cargo de yo narrador para convertirme en el mecanógrafo de las flores intensamente aromáticas que produce sin cesar el privilegiado cerebro de Lord Tripas, incansable desbrozador de conceptos, permítanme que me despida cordialmente de ustedes.

Se me olvidaba: Melville decía que el alma es algo así como la quinta rueda de un carro. Pues bien: ustedes tienen ahora una

magnífica oportunidad de comprobar hasta qué punto la quinta rueda de un carro (un carro que en este caso responde al nombre de Lord Tripas, artillería pesada de las *panzerdivisionen*) puede erigirse en el más insufrible de los engorros.

Cagallón de perra en celo abandonado en mitad de la acera para tropiezo de ciudadanos limpios y cabales, vómito de borracho regurgitado por las cloacas, hemorroide palpitante y feroz, chancro social, miasma letal, escoria, amasijo de vileza agusanada, abyección motorizada, carroña, nube tóxica, lluvia ácida abatiéndose sobre paisaje idílico en primavera, letrina que nadie ha osado limpiar desde el último cambio de milenio, fosa séptica a punto de reventar, pedorreta de tu madre-que-te-concibió-sin-orgasmo y hasta con un poco de asco, pues durante la coyunda tuvo una escalofriante premonición de lo que iba a crecer en su vientre, liendre de tu padre, tumor de tu apellido, rubor de todo el panteón de tus antepasados, gilimamón elevado a la enésima potencia, marileches con cerebro anegado en lefa putrefacta, autómata de la paja y el fornicio, eructo de sumidero, presidente electo de la liguilla de los gorrinos anónimos, carne de lupanar, sabandija, bacteria de ciénaga hedionda con alma de piedra pómez donde jamás se ha posado nada remotamente parecido a un sentimiento, autorzuelo de bochornosas y patrañescas ponzoñas verbales para íntimo sofoco de lectores y discos duros; yo. Lord Tripas, te maldigo; que la afasia te deje sin habla y confunda tus torcidos pensamientos para gran alivio del mundo y sus curiosos moradores.

Ustedes conocerán sin duda a un par o tres de adictos a esa noble modalidad del pensamiento que tiene por objeto desbrozar conceptos hasta llegar a aprehenderlos. Cuando esa clase de personas mira las cosas, ya sean éstas objetos físicos o conceptos, uno tiene la impresión de que la mirada de esa persona (mirada en sentido físico y/o figurado) echa anclas durante un rato en el concepto u objeto observado; luego, cuando han penetrado el asunto tras épico forcejeo, levan anclas y zarpan alegremente, llevándose el concepto ya desbrozado y aprehendido, envuelto para regalo por así decirlo y con una etiqueta que reza:

«¡Felicidades! Acaba usted de adquirir una noción de la que hasta ahora carecía, con lo que ha dado un paso adelante en su camino hacia la libertad».

Pues bien, el tal Guy Péguy mostraba en esto una curiosa disfunción: en vez de penetrar las cosas, su mirada se quedaba flotando sobre ellas, como si hubiera sido hechizado y se hundiera en una permanente ensoñación. Así, al quedarse embobado, en lugar de acceder a la libertad que supone el hecho de dominar un concepto, eran los conceptos los que parecían atraparlo a él tan eficazmente como si le hubieran puesto grilletes. De todo ello cabe inferir que los conceptos podían ser tan peligrosos para Guy Péguy como un plato de rica miel lo es para un enjambre de avispas. De ahí mi afirmación según la cual Guy Péguy era un zumbado en potencia, un pedazo de blanda arcilla maleable en el que uno podía escribir lo que se le antojara, un barco a la deriva que, al no tener un capitán capaz de imprimirle el rumbo, quedaba a merced de los caprichos de vientos, corrientes y mareas; en resumidas cuentas: el retrato robot del cliente ideal de cualquier secta destructiva.

Ni que decir tiene que mi amigo Floren, esa lacra pústula de la sociedad a quien basta con oírle tres frases seguidas para tener ganas de llamar a la policía, sabía de esta singularidad de Guy Péguy. No sólo sabía de ella (cosa que, en este caso, no entrañaría delito alguno), sino que, en el instante mismo en que procesó el dato, su alma de sátrapa, ladina y burbujeante de indignidad y abyección, empezó a trazar/urdir/maquinar mil y un proyectos acerca de cómo aprovechar en beneficio propio esta, digamos, vulnerabilidad de Guy Péguy.

¿Y qué pretendía? Follar, por supuesto. En las sucias meninges del abominable Florator bailoteaba la idea de echarle el guante o, más bien, la zorruna zarpa a Oriana-Helena Hernández, que así se llama la mujer que cohabitaba con Guy Péguy, aunque en lo sucesivo me referiré a ella utilizando tan sólo sus iniciales, es decir OHH. Créanme: nunca unas iniciales le han hecho mayor justicia a entidad alguna. Baste decir que, cuando pasa por la calle, OHH va dejando tras de sí un reguero de tumulto hormonal, como si de la formidable y barboteante estela de un paquebote se tratara.

En una ocasión, un tipo que la miraba embelesado desde lo alto de un andamio dio un desafortunado traspiés y se cayó. El

impresionante batacazo se saldó con dos costillas rotas y diversas fracturas, de mayor o menor consideración, repartidas por brazos y piernas. ¿Y qué hizo OHH? Bueno, ahí viene lo más gracioso del asunto. Convendrán conmigo en que, por muy acostumbrada que estuviera a recibir/soportar/encajar numerosos y variados tributos a su apabullante belleza, no todos los días se despeña un tipo desde un andamio y se cae a tus pies hecho un despachurrado guiñapo. Por una vez, el tributo era demasiado conmovedor y rotundo para pasar de largo con una expresión de infinita displicencia. Así que cuando llegó la ambulancia para llevarse al pobre tipo al hospital, OHH no vaciló en subirse al vehículo, sinceramente preocupada por la suerte de aquel hombre. Durante el trayecto, lo oyó lamentarse una y otra vez en francés, aunque con un acento curioso que evocaba cielos azules, así como el incesante, bullicioso y frenético trajín propio de las ciudades portuarias y el aroma de las ostras frescas y la sopa bullabesa. Tan dulce le parecía aquel acento que, cuando el pobre tipo dejaba de quejarse de los mil y un dolores que lo acosaban, OHH sentía una punzada en el estómago, un absurdo sentimiento de angustia y de pérdida. Y experimentó también algo parecido a una oscura furia, una sorda rebelión que la llevó finalmente a maldecir el azar genético que había hecho de ella una mujer que tira a los hombres de los andamios y los despachurra contra el duro pavimento.

Cuando, algunas horas después, el tipo recobró el conocimiento y sondeó por primera vez con sus ojos azules la negrísima y profunda mirada de ella, el idilio entre Guy Péguy, infortunado pintor de inmuebles capaz de dejarse despeñar por una emoción estética, y Oriana-Helena Hernández desplegó todas sus velas, dispuesto a surcar, impetuoso, la mar océana de tas pasiones humanas.

¿Conocen algún tipo lo bastante despreciable como para meterse en medio de una historia de amor de tan alto voltaje poético? Yo sí. Y ustedes también. Se llama Florastro y, ahora mismo, lo tenemos encadenado al teclado y al *mouse*, buen chico.

Hércules, el hijo de la fuerte Alcmene y del multibramante Zeus, dio buena cuenta de un par de trabajillos difíciles. No era, desde luego, un tipo que se achicara ante la dificultad. Pero si le encomendásemos la misión de buscar un escrúpulo, uno sólo, en el

alma de Fiorello la Rata de Alcantarilla, lacayo mal pagado del patrón de las letrinas, retrocedería espantado y declinaría la invitación. *No gracias, ahora mismo sale el tren para Lerna, donde voy a pasar unas agradables vacaciones cortando las cabecitas de mi amiga la Hidra, adiós muy buenas*, pies en polvorosa y fundido a negro, con sobreimpresión del *The End que* indica que la función, amigos, ya se acabó.

«¿No podríais ventilar vuestras discrepancias en mejor ocasión?» es la pregunta que acaba de soltar nuestro común amigo Johnny Balanzas con su sempiterna expresión de accionista mayoritario de la jodida sensatez, ese seny que tan famosa ha hecho la tierra que lo vio nacer. Porque él jamás es el confuso y desamparado reo de un ataque de ira descomunal. Él nunca asiste, perplejo e impotente, al virulento y desproporcionado estallido de su cólera como tan a menudo nos sucede al resto de los mortales. ¡Ah, no! Eso nunca, amigos. Para lo único que le alcanza su tibia sangre, que un termostato interior mantiene a temperatura constante, es para manifestar con la mayor serenidad y de la forma más insultantemente educada una suave irritación. Jamás se despeina ni frunce el ceño ni gesticula como un mandril ni escupe en torno suyo minúsculas partículas de saliva ni levanta la voz ni se observa alteración alguna en el color de su rostro ni hurga en el archivo de imprecaciones y reniegos ni pierde sus sempiternos modales de moderador de debates televisivos. Y ¡qué palabra, la que ha usado! ¡Discrepancias! Chúpate ésa. Es un caso perdido, créanme: ni encerrado a pan y agua durante tres meses con treinta tipos de la calaña del Florúnculo y la mía perdería esa especie de patológica contención, ese maldito restreñimiento del alma. Ya puede uno machacarle insistentemente las neuronas con el celebérrimo eslogan bíblico que advertía que el reino de los cielos no está hecho para los tibios, que él sigue perseverando imperturbable en su morigerado ser. Es cierto que en su calidad de alma estreñida, el Balanzas se ahorra no pocos dolores, pero también deja escapar multitud de alegrías. Yo, en cambio, transito de la euforia a la cólera, de la risa al dolor, del placer más terrible a la más espantosa dulzura.

«¿Por qué no te concentras de una vez en la historia de Guy Péguy?», persiste Johnny Balanzas. ¿A quién le importan nuestras

reyertas?

¡Cielos! ¡Ha dicho reyertas! *Enchanté, Madame Reyertas, d'avoir fait votre connaissance*. Le hemos reservado un asiento de honor en la platea, junto a *Madame* Discrepancias, que hoy ha venido envuelta en los voluptuosos frufrús de su mejor atuendo de gala, con miriñaque incorporado. Espero que encuentre su butaca lo bastante confortable y que goce con nuestro espectáculo.

Además, amiguito mío, para contar una historia hay que contar centenares de otras historias que confluyen tan naturalmente en esa historia como confluyen en el Éufrates sus afluentes, el Balikh y el Khabur. Además, cada historia tiene su propio curso, tan engañoso a veces en cuanto a su destino final como el del propio Éufrates, que, después de un primer tramo montañoso, abandona su Turquía natal y finge que va a dirigirse hacia el Mediterráneo; pero luego, cuando discurre ya a sólo ciento sesenta kilómetros de la costa, hace un brusco quiebro y se encamina definitivamente hacia el Golfo Pérsico.

Pero regresemos a nuestros corderos, según la graciosa expresión literalmente traducida del francés que nos dejó en herencia el propio Guy Péguy, como otros te dejan un apartamento en la playa o una partida de acciones de Telefónica. Ya sé que sólo los grandes embaucadores dominan el lenguaje con escalofriante precisión y que nuestro amigo Guy Péguy era demasiado honesto y bonachón y estaba también demasiado enajenado para ser un malabarista-palabrista-equilibrista como el lacrapústula de Florito; ni le daba mucho al pico ni era lo que se dice un tipo ingenioso (el ingenio siempre tiende a derribar algo o a alguien y, por lo tanto, implica necesariamente un grado de beligerancia y maldad), pero salpicaba su charla con expresiones importadas de su lengua materna, tan pintorescas como coloridas y sabrosas, y seguiría haciéndolo de no haberse metido Florero de por medio con las alforjas cargadas de sucias artimañas.

Pero, se preguntarán ustedes, ¿de qué crimen exactamente se acusa al tal Floreador? ¿De incumplir el quinto mandamiento deseando a la mujer del prójimo? Pues vaya: sírvase tirar la primera piedra quien esté libre de pecado.

Ni que decir tiene que no se trata de eso en absoluto, sino de una cuestión de forma, algo relacionado con la marrullería

operativa de que en todo momento dio prueba ese Valmont de pacotilla que es Flormont. Aun a sabiendas de la escasa vigencia que tienen las leyes generales, me arrogaré aquí la licencia de enunciar una. A saber: que los homínidos nos dividimos, a grandes rasgos, en tres grandes categorías:

Categoría A: abarca a todas las personas que hacen lo que les viene en gana en todo momento. Enfrentados a las consecuencias de su libérrima conducta, tienen la decencia y el coraje de apechugar con ellas, algo que implica o bien ser por naturaleza impermeable a la opinión ajena o bien haber aprendido a prescindir de ella. La lista de estas criaturas admirables es, lamentablemente, muy reducida.

Categoría B: este apartado cuenta, a decir verdad, con una representación mucho más nutrida que el anterior. Abarca a todas las personas que aspiran a hacer lo que les dé la gana pero no tienen los redaños necesarios para prescindir de las palmaditas en la espalda y los aplausos de sus coetáneos, pues necesitan gustar, ser queridos y toda la mandanga, pero sin renunciar a hacer lo que les apetece en el preciso instante en que les apetece. En suma: quieren lo imposible. Entre esta abultada nómina de neuróticos casi siempre condenados al fracaso, hay algunos especímenes capaces de disimular su necesidad de aprobación social hasta el punto de que a veces dan la impresión de pertenecer a la categoría A; pero tarde o temprano se les acaba viendo el plumero.

Categoría C: incluye a todos los grandes contorsionistas espirituales capaces de retorcerse el alma con tal de obtener la mercancía del aplauso y la aprobación. A diferencia de los sujetos de la categoría B, se mueven dentro de la esfera de lo posible. Pese a ello, los resultados que cosechan son irregulares, con lo que a menudo dan la impresión de desplegar grandes cantidades de energía para nada. Aunque la lógica apuntaría a que convivir con estos individuos es más fácil que hacerlo con los de la categoría A, no siempre es sencillo soportar su exacerbada necesidad de agradar.

¿Que dónde diablos quiero ir a parar con todo esto? Muy sencillo, mi querido Balanzas: nuestro abyecto Florichusma pertenece a la categoría B aun cuando se empeñe a fondo para hacernos creer que hace lo que le viene en gana sin parar mientes

en nada. Veamos. ¿Qué habría hecho un individuo realmente libre (categoría A) al verse ferozmente asaltado por el irreprimible deseo de gozar de los encantos íntimos de la mujer (en este caso QHH) de uno de sus amigos (en este caso Guy Péguy)? La respuesta es bastante obvia: en caso de sucumbir a su deseo, el hombre libre habría aceptado la legítima ira de Guy Péguy, o cualquier otra consecuencia derivada de sus actos, como quien paga la factura del restaurante después de una opípara comida. Y ahí se habría acabado la historia. Alboroto hormonal, instintos desatados y poco más. Es posible que Guy Péguy hubiera roto con QHH. O no, quién sabe. Pero seguiría arrastrando su hermoso culo por valles y peñascos, dédalos de callejuelas y autopistas de peaje. ¿Me oyes, Marimierdas? ¡Estaría VIVO! Eso es lo que quería que TÚ escribieras. Por eso propuse que nos reuniéramos los tres para contar la historia de Guy Péguy y por eso te designé a ti como narrador, príncipe de los chancros, lodo que se adhiere a las gastadas suelas de los zapatos de la sociedad. Quería ver si tenías el valor para escribir que, de no ser por ti, Guy Péguy estaría vivo. Dando tumbos y flotando en un estado de perpetua ensoñación pero vivo. Y que no habría pasado a la historia como un homicida.

Pero no. El lacayo mal pagado del patrón de las letrinas y los sumideros no podía obrar así, tan a las claras, y ser honrado aun en la traición ni mucho menos contarlo después. Se requiere cierto valor para hacer las cosas a cara descubierta y él prefería entregarse a una serie de sinuosas maniobras en la oscuridad, como una rata moviendo con hiperactiva mezquindad su rastrero culo. En lugar de dejarse arrastrar por la pasión y dejar que el mundo saltara por los aires, su estratagema consistía en ir envenenándole las mientes a Guy Péguy con bien calculada lentitud, inoculando en ellas conceptos como quien siembra alfalfa en un campo abonado con el taimado propósito de que Guy Péguy acabara por quitarse de en medio. Le regaló la *Ilíada* y el poema de *Gilgamesh* y *Lord Jim* y quién sabe cuántas cosas más, y cuando Guy Péguy ya se había tragado el cebo, se pasaba horas hablando con él de héroes legendarios, heroicidades y de hermosos sacrificios personales, atizando el fuego, por así decirlo. Como un concienzudo y metódico líder de secta, le atiborraba la mente —y ya sabemos cuán impresionable era esa mente— con esa clase de

alimento. A diferencia de la araña, que teje una red invisible para sus víctimas, la red que tejía Floriandro debía ser no sólo visible, sino también fascinante, de forma que Guy Péguy acabara arrojándose a ella él solito. Y así, poco a poco, día a día, echó en él su perversa simiente hasta asegurarse de que el afán de heroicas proezas había atrapado el alma porosa y perruna del Guy Péguy con la misma eficacia que una cárcel de alta seguridad.

Y la llama de la locura prendió en Guy Péguy, ya lo creo que prendió. Como un haz de leña seca. ¡Flup! Atrapado por los conceptos pacientemente sembrados en él por Florecillas, fue como si su alma se jubilase de todo lo demás. Un buen día me confió su secreto: anhelaba desesperadamente hacer algo grande y elevado, una acción bella y heroica, épica. Todo su ser, me dijo, se consumía en ese afán imperioso y despótico de sacrificio. Lo demás, lo que no fuera aquel hambre de gestos magníficos, subrayó clavando en mí una mirada de una fijeza inquietante, carecía del menor sentido. Es cierto que cuando me hizo esta confidencia, nos habíamos untado el gaznate con un número indecoroso de copas. Lo lógico habría sido que, al día siguiente, hubiera olvidado las palabras de Guy Péguy, como se olvidan las baladronadas de un borracho. Pero había algo en ellas, una sombría carga de funestos presagios, que impidió su desalojo de mi pensamiento.

Desaparecido en el tumulto de una obsesión pacientemente inducida por otro individuo, he ahí un espléndido epitafio para el soldado Guy Péguy...

«¿No podrías, por una vez en tu vida, olvidarte de la poesía y de tus sensibles percepciones de la realidad para ceñirte a los hechos?» es la pregunta que ahora mismo acaba de derramar sobre mí Johnny Balanzas con su exasperante serenidad.

Apelación denegada, amiguito. Los hechos, *cher ami*, hablan en sumerio, en paleobabilonio, en neoasirio, en ugarítico, en fenicio, en elamita, en hurrita, en persa, en arameo, en sánscrito, lenguas todas ellas desconocidas para mí, *mon gosier de métal ne parle pas toutes les langues*. Si quiero descifrarlos, no tengo más remedio que echar mano de la paleta donde se mezclan mis impresiones, mis percepciones de la realidad, mis intuiciones a veces fugaces como un fuego fatuo sensibles o insensibles, lo mismo da. Ya sé

que son herramientas incompletas y torpes, pero son las únicas que tengo.

Y ya que has mencionado mis percepciones, ¿sabes, balancitas equilibraditas, por qué el lacrapústula de Florgasmo no se limitó a encatrarse con Oriana-Helena Hernández y dejar en paz a Guy Péguy? Veo que callas, de lo que colijo que estás desprovisto de percepciones sobre el particular. Escucha pues las mías, mono desnudo de percepciones articuladas, eslabón perdido entre tu especie y el simio.

Veamos. ¿Por qué no se limitó a echar su zorruna zarpa sobre OHH? La primera respuesta es bastante obvia: Florín es el capitán de los cobardes, un auténtico campeón en su especialidad, y mil veces laureado.

Pero hay otra respuesta, mucho menos obvia, que no excluye en modo alguno la anterior. Aunque el lacrapústula se dejaría cortar todas las vísceras del cuerpo en lonchas muy finas, cataplines incluidos, antes que confesar semejante cosa, lo cierto es que nuestro actual mecanógrafo estaba desesperadamente enamorado de Oriana-Helena Hernández. Sí, ya puedes reírte, lacayo mal pagado del señor de las letrinas. Yo también me río. Y Johnny Balanzas, pobre. Fíjate lo poco atractivo que parece con esa media sonrisa bobona atravesada en su cara de primate. Todos somos hienas riendo nuestras penas frente a un cadáver reciente. Riámonos todos hasta que la muerte nos separe de la celestial música de nuestras carcajadas, música para un puñado de tristes hienas. Que cuando la fulana de la guadaña nos cace, nuestras carcajadas hagan retumbar valles y montañas, centros comerciales y autopistas de peaje.

«Lástima que tu lírico arrebato tenga una audiencia tan reducida», tercia Johnny Balanzas subrayando sus palabras con una salva de sardónicos aplausos. Es obvio que lo de la cara de primate no le ha gustado.

—Oye, Johnny Balazas, guapito, buñuelito almibarado, yo te quiero mucho, de veras; soy así de raro, qué le vamos a hacer. Porque convendrás conmigo en que eres un pelmazo. Mira si soy endiabladamente raro que hasta es posible que quiera con locura al lacrapústula de Florilegio. ¿Qué haría yo sin vosotros?

«Déjate ya de monsergas y de efusiones y cuenta la historia del

Guy Péguy de una puta vez», es la nada amable respuesta de Johnny Balanzas a mi sincera declaración de amor. ¿Podemos saludar esta leve impertinencia como un augurio favorable? Porque entre «¿no podríais ventilar vuestras discrepancias en mejor ocasión?» y «cuenta la historia del Guy Péguy de una puta vez» hay una evolución, un bendito progreso. Eso significa que todavía queda esperanza. ¡Qué no haría yo por ver algún día a un Balanzas iracundo y fuera de sí, sacando espuma por la boca y con los ojos inyectados en sangre, un ser humano al fin! De hecho, esa vieja y hasta ahora fracasada aspiración es mi más firme y tierno lazo con el Floripondios.

Pero lo que yo trataba de contar era el desesperado amor de nuestro amigo Florian Mari por una mujer que amaba a otro. Nuestro Maryflowers gozó de sus carnes, de acuerdo, pero en el corazón de OHH no había para él sino un rincón polvoriento, al fondo del pasillo a mano derecha, un reducto exiguo, oscuro y poco visitado. Ella le dejó ser el usufructuario de sus turgentes carnes y poco más, en parte porque ya entonces Guy Péguy andaba por el mundo como un espectro, como un hombre invisible a pesar de su corporeidad, un desaparecido vocacional, un hechizado que ya no podía estar pendiente más que de las extrañas circunvoluciones de su obsesión por llegar a hacer algún día una gesta heroica. En lugar de enfrentarse a su rival, el Florezno había conseguido volverlo invisible contaminándole el cerebro a fuerza de lecturas sobre héroes legendarios, sucia treta.

Supongo que, más que buscar genuino consuelo en los brazos de otro, Oriana-Helena Hernández trataría de ocuparse, de no tener tiempo para pensar. *¡Ni un minuto, por favor! ¡No me dejéis a solas conmigo misma! Los pensamientos sombríos se me adhieren a las células como se aterran los mejillones a la roca*. Porque además de lo de Guy Péguy, que se alejaba como un barco a la deriva sin que nadie pudiera echarle un cabo para remolcarlo hasta el puerto, estaba lo de su hermana Úrsula-Hilaria, a quien también se le habían vuelto los sesos del revés desde que Guy Péguy se cayó del andamio.

Así que Florián, que siempre había presumido de disfrutar ilimitadamente del amor sin conocer sus tormentos, sucumbe por primera vez al mal de amor. La mujer por la que bebe los vientos se

le escapa como a ella se le escapa el hombre por el que suspira. Para mayor humillación y desdicha, el otro, el rival, el antagonista en sus afectos, es un tipo a quien Floration considera un bobo integral, un merluzo. Aunque, conociendo a Floratrix, lo que más debía de mortificarlo es que llegara a saberse que su corazón ya no era la república libre de la que tanto se había vanagloriado. Así que, con el doble propósito de vapulear a OHH, que ama a otro, y de fingir ante nosotros que OHH le importa tanto como toda la cosecha anual de rábanos verdes de Groenlandia, decide echarle la zarpa a Laurita, cuya relación con Johnny Balanzas no estaba por aquel entonces en su etapa más esplendorosa. Y, suma y sigue, de haber tenido yo alguna novia por esa época, también ahí habría tratado de meter sus aviesas zarpas el Floripurria.

«Todo eso», protesta Johnny Balanzas, «no son más que especulaciones». Pero no bien acaba de decirlo, se detiene vacilante, presa de las súbitas asechanzas de la Duda Peluda, y se vuelve hacia Florichusma:

—¿Es cierto eso? ¿Amabas a Oriana-Helena?

La única respuesta que obtiene es una sonrisa de hiena.

Hace rato ya que habría obedecido al impulso de largarme de aquí si no fuera porque Guy Péguy, que en paz descanse, se merece al menos que alguien se tome la molestia de contar su historia. Y porque, la verdad, afuera hace una noche de perros.

Yo no soy una centella de cólera fulminadora como Lord Tripas ni un tipo capaz de agitar ante los deslumbrados ojos del lector cadencias extraordinarias o palabras relucientes y magnéticas que atrapan la imaginación como si de un tesoro deslumbrante se tratara. Puede que como narrador no resulte especialmente emocionante pero soy periodista y eso me confiere ciertas ventajas. Ni aunque me lo propusiera conseguiría dar tantos tumbos ni bogar a la deriva ni llevar la narración por derroteros tan intempestivos y atrabiliarios como lo han hecho mis dos predecesores. Mi ventaja estriba en que no pretendo enseñarles mi alma ni demostrar que soy más listo que mi prójimo, sino tan sólo corregir los errores y abusos cometidos por mis predecesores.

Guy Péguy no daba la impresión de estar particularmente

zumbado o, como mínimo, no parecía estarlo más que la mayoría de sus coetáneos, aunque supongo que eso no significa gran cosa. A fin de cuentas, gentes más cuerdas han caído. Y hay quien dice que la calma es sólo el engañoso vestido bajo el que se agita la tempestad. Guy Péguy era proclive, eso sí, a la ensoñación, como lo son los niños y los poetas. Y poseía un alma delicada y sensible. Yo diría que su rasgo más característico era una apacible melancolía, como si tuviera una aguda conciencia de los aspectos más tristes de las cosas pero se las hubiera ingeniado para convivir con ellos. Su relación con la tristeza es la de uno de esos viejos matrimonios estables, tranquilos y casi felices, si se me acepta la paradoja.

En cuanto a la delirante teoría de Lord Tripas según la cual Floren le envenenó el cerebro a Guy Péguy, juzguen ustedes mismos si no es preocupante que un tipo de treinta años, supuestamente en sus cabales, pueda tomarse en serio más de treinta segundos semejante tontería.

Es cierto que, cuando murió, Guy Péguy llevaba más de un año sin leer casi ninguna otra cosa que no fuera la *Ilíada*, una pasión antigua que compartía con Floren y que los llevaba a intercambiarse sin cesar traducciones y versiones y a comentarlas en largos y apasionados debates.

—¡Qué apasionados debates ni qué niños muertos! Querrás decir taimados y seductores soliloquios, clases magistrales de adoctrinamiento durante las que Florupio, el zorruno zapador, iba vertiendo gota a gota su pócima tóxica mientras Guy Péguy se limitaba a beber sus insidias con los ojos subyugados y el alma escorando imperceptiblemente hacia las tenebrosas fauces del abismo. Tú sabes hasta qué punto puede ser convincente el Flornícalo: domina como pocos el arte de narrar oralmente: sabe imprimirle a sangre fría un hálito arrebatado a su discurso, sabe trenzar con admirable eficacia la malla de palabras alternando ritmos y silencios para sobrecoger, emocionar, hacer reír o lo que quiera que se proponga. Puede hacer brincar el corazón en el pecho si tiene un día inspirado. Es capaz de arrastrar a un hombre a la más loca de las aventuras del modo más frío y calculador. Que conste en acta mi enmienda.

Pues bien, que conste, del mismo modo que han constado las mías. Pero dejadme proseguir. Si mal no recuerdo, Guy Péguy había leído ya todas las versiones de la *Ilíada* en castellano y francés y buena parte de las disponibles en catalán y en inglés, y tanto él como Floren habían empezado a estudiar griego para poder leer el original. Eso es todo. Inferir de todo ello que Floren se propuso dirigir insidiosamente los pasos de Guy Péguy hacia la locura resulta, por decirlo de una forma suave, un auténtico disparate.

Sin embargo, hay un hecho que sólo ha sido vagamente mencionado por Lord Tripas y que afectó profundamente a Guy Péguy. Creo que desde el principio Oriana-Helena y él tuvieron muy mala suerte. De hecho, Guy Péguy podía ser cualquier cosa menos un tipo con suerte. Primero una editorial le ofrece el trabajo de su vida. Guy Péguy se despide de la empresa de traducciones en la que estaba enrolado, acepta el nuevo puesto loco de alegría, pero el júbilo no dura ni tres meses porque la editorial quiebra. Cuando vuelve al centro de traducciones para mendigar su readmisión, le dicen que han cubierto la plaza y nada pueden ofrecerle. Viene entonces un duro año de paro y justo cuando, desesperando ya de encontrar algo mejor, se aviene a trabajar para la empresa de rehabilitación de edificios recién creada por un amigo suyo, Oriana-Helena pasa por la calle y nuestro hombre, embelesado, se precipita sin querer al vacío desde su andamio sólo tres días después de haberse estrenado como pintor de fachadas. Paff.

Recuerdo que, mientras se recuperaba de las múltiples fracturas en la clínica, Guy Péguy me dijo que todos sus contratiempos laborales no habían sido sino astutas maniobras del destino para llevarlo en el menor tiempo posible hasta los pies de Oriana-Helena. Sin duda, el método de trabajo elegido por el destino era un poco expeditivo, me dijo, aunque en vista de los resultados no sería él quien elevase la menor protesta.

Pero el hado funesto no había acabado todavía su trabajo con Guy Péguy, sino que le tenía reservado su golpe más acerbo. Apenas tres o cuatro meses después de haberse restablecido de las secuelas de su vertiginosa caída en picado y cuando OHH y él ascendían imparables hacia las más altas cumbres de su pasión sin que se viese nube alguna en el cielo despejado, Úrsula-Hilaria, hermana de la bella Oriana-Helena y tan espantosamente fea como hermosa es su

hermana, se volvió loca. No metafóricamente loca, sino loca de atar. Dicen que hasta que se desquició había sido tímida, callada y retraída, uno de esos seres cuya conducta entera parece encaminada a pasar inadvertidos. Pero, cuando perdió la razón, empezó a vestirse y pintarrajearse como una meretriz. Paseaba frente a los edificios en obras increpando con obscena procacidad a los obreros y desafiándolos a que se tirasen a sus pies desde los andamios. *¿No soy yo lo bastante mujer para poneros tiesas vuestras blandas pichas? ¿Es que no habrá en este mundo un hombre con los suficientes redaños para tirarse del andamio a mis pies? Ánimo, valientes; yo soy la lujuria, mirad qué tetas, mirad qué culo, extasiaos ante lo que me ha dado la Madre Naturaleza*.

De haber estado en el pellejo de Guy Péguy, cualquier otro hombre habría encajado el asunto con mayor gallardía. Pero para un tipo como él, que toda su vida se había esforzado en complacer para no añadir ni un solo miligramo más de dolor al mundo, descubrir que lo que había provocado su dicha ocasionaba la desdicha de Úrsula-Hilaria, fue una brutal conmoción, un infortunio hecho a medida para hundirlo en la miseria, una hecatombe. De algún modo, le había sucedido lo que más había temido siempre. En vano tratábamos de animarlo repitiéndole una y otra vez que él no era el responsable de la locura de Úrsula-Hilaria.

Con el tiempo, la atormentada llama que danzaba en los ojos de Guy Péguy lanzando siniestros destellos se extinguió.

Sin embargo, lejos de ser un síntoma que invitase al optimismo, daba la impresión de que el fuego había dejado de arder a falta de oxígeno, consumida ya la sustancia vital de Guy Péguy. En cualquier caso, nunca volvió a ser ya el de antes. Pálido fantasma de sí mismo, se había retirado a sus cuarteles de invierno y lo poco que pudiera quedar ya de él debía de estar atrincherado en un lóbrego y laberíntico subterráneo al que nadie tenía acceso. Seguía manteniendo cierta relación con su entorno, pero aquella parodia se parecía tanto a la antigua relación de Guy Péguy con el mundo como una calavera a su antiguo propietario.

Fue durante esa etapa de progresiva aniquilación de Guy Péguy cuando empezamos a sospechar, no recuerdo ya a partir de qué indicios, confirmados más tarde por él mismo, que Floren se acostaba con Oriana-Helena. ¿Y qué? ¿Qué más da? ¿Qué

importancia tenía eso ya? El único que podría haberse sentido herido se había retirado del campo de batalla y estaba más allá del alcance de las flechas.

Si llegó a saberlo o no Guy Péguy, he ahí un asunto del que no tengo la menor idea. Y, sea como fuere, dudo que saberlo o no saberlo hubiera alterado el curso de las cosas. Para nosotros tres, por lo menos, aquello no supuso cambio alguno: Lord Tripas utilizó el descubrimiento como uno más de sus frecuentes pretextos para alimentar su constante e inflamado cabreo con el mundo y persistir en su eterno zafarrancho de combate con Floren. En cuanto a éste, tengo yo la idea de que, pese a la aplicación con que trata de pasar a la historia como un tipo cínico e inicuo, no es más que un presumido bastante inocuo, amable cultivador de una depravación de salón, por así decirlo. ¿Acaso no corrobora mi teoría el hecho de que Floren esperase a que Guy Péguy desalojara el terreno de juego antes de decidirse a catar los encantos de Oriana-Helena? Ahí no había ya golpe o, si lo prefieren, no quedaba ya víctima. No creo que Guy Péguy estuviera loco, pero en su mente no había ya sino una atroz confusión.

Vayamos ahora al lamentable desenlace de esta historia.

He aquí que un día, tales son las extrañas y perversas alianzas que teje el azar, Úrsula-Hilaria Hernández se escapó del hospital psiquiátrico donde estaba ingresada y volvió a las andadas. El edificio en obras frente al que fue a plantarse la desdichada era casualmente aquel en cuya rehabilitación trabajaba entonces Guy Péguy. Que en aquellos momentos Guy Péguy ardiera en deseos de llevar a cabo una hazaña legendaria, grande y heroica, tal y como apunta Lord Tripas, o que viera en la presencia de Úrsula-Hilaria un último y definitivo reproche al que no fue capaz de sobreponerse o que sencillamente la idea de rendirle un enloquecido tributo le agarrase súbitamente los sesos, o que todo ello, vive Dios, se entrelazara, es algo que ni yo ni nadie llegaremos a elucidar. Lo que sucedió en su mente antes de arrojarse desde lo alto de su andamio a los pies de Úrsula-Hilaria es algo que Guy Péguy se llevó consigo a la tumba.

El caso es que arrastró a dos compañeros suyos en su caída, sin que pueda saberse si llevarse consigo a los otros fue un gesto deliberado o si, arrepentido en el último momento, trató de salvarse

aferrándose a los otros. Uno de los otros dos tipos murió, ridículamente abrazado a Guy Péguy, y el otro sobrevivió, porque cayó encima de los cuerpos de sus infortunados compañeros. Sin embargo, no recuerda absolutamente nada; en el periódico me encargaron que cubriera la noticia para las páginas de sucesos y yo mismo lo entrevisté. Sus lesiones afectaron su motricidad y ahora sólo puede desplazarse en una silla de ruedas.

Ni que decir tiene que el inválido no sucumbió a pasión alguna por Úrsula-Hilaria. En cuanto a ella, vive de forma permanente en un frenopático, donde Oriana-Helena la visita casi a diario y la saca a pasear siempre que los médicos se lo permiten. No hace mucho me tropecé con ellas. Decir que la estampa que componían era pavorosa es quedarse corto. Lo más espeluznante es que el insalvable abismo que existía antes entre ellas parece haberse reducido: Úrsula-Hilaria sonreía con beatífico estupor y canturreaba sin cesar: *Un hombre, uno solo, a los pies de Oriana-Helena cayó, cayó. Y un triunvirato —tres hombres, tres—, la belleza de Úrsula-Hilaria celebró, celebró*.

No es que Úrsula-Hilaria sea menos fea que antes, no, al contrario: me pareció que una expresión de despiadado depredador brillaba diabólicamente en sus ojos, con el efecto de una repugnancia añadida. Sin embargo, la que finalmente me hizo apartar los ojos, horrorizado, no fue Úrsula-Hilaria, sino Oriana-Helena. Tiene apenas veintinueve años pero, si no la hubiera conocido y me hubieran dicho que ronda la cincuentena, no lo habría puesto en duda. Su belleza se ha marchitado sin dejar rastros. Tan ajada y deslustrada estaba su piel que tuve la impresión de estar frente a un pergamino antiguo que se desintegraría al menor contacto. Su rostro, antes perfectamente esculpido, había perdido los contornos, como ocurre en la edad avanzada; las carnes se habían aflojado y los ojos carecían del aterciopelado brillo de antes; una fina neblina los empañaba. Balbucí el primer pretexto que se me ocurrió y me alejé de ellas a toda prisa.

Durante varios días no conseguí, pese a mis denodados esfuerzos, desalojar de mi mente una idea tenazmente sarcástica y perturbadora. Puede que todo lo que hacen los hombres no sea más que viento, pero Guy Péguy ha conseguido al menos impartir una especie de abominable justicia, pese a su estúpido sacrificio: no ha

logrado que Úrsula-Hilaria sea bella ni que los hombres la amen, pero le ha arrebatado toda su belleza a Oriana-Helena y, con ella, toda posibilidad de tirar a los hombres de los andamios. ¿Es eso todo lo que podemos hacer en este mundo? Aspirar a mejorarlo sólo para dejarlo un poco peor de como lo hemos encontrado: ¡qué espléndida heroicidad, qué gran y admirable gesto épico! ¿Cómo era aquello que decía hace un rato nuestro arrebatado Lord Tripas? Riámonos todos hasta que la muerte nos separe de la celestial música de nuestras carcajadas, música para un puñado de tristes hienas. ¡Y cuando la fulana de la guadaña nos dé alcance, que nuestras risotadas hagan retumbar valles y altas cumbres borrascosas, centros comerciales y autopistas de peaje!

¡Adiós, Guy Péguy!

Últimamente mi vida real transcurre en medio de un poderoso sentimiento de irrealidad. Pero ese manuscrito está ahí, encima de la mesa. Existe. Puedo dar detalles acerca de él. La primera página, por ejemplo, tiene una mancha que por el olor podría ser de cerveza. ¿Quién lo habrá puesto en mi buzón?

El contenido del manuscrito es extraño. Algunas cosas me sumen en un profundo desconcierto. Me sorprende, por ejemplo, que Floren admita tranquilamente que era él quien le enviaba a Guy una tras otra todas las versiones de la Ilíada *en francés, castellano, catalán e inglés. Recuerdo que los misteriosos paquetes llegaban sin remite y que cuando Guy le preguntó a Floren si era él el anónimo donante, éste lo negó rotundamente. Yo estaba con ellos y me pareció que la expresión de estupor de Floren era sincera, aunque nunca se sabe.*

El enigma del misterioso remitente de aquellos paquetes llenos de libros épicos trajo de cabeza durante mucho tiempo a Guy. Un día lo oí musitar ensimismado que sólo el destino, cuyos largos dedos tarde o temprano nos dan alcance a todos, podía ser el remitente: comprendí con sobrecogedora claridad que ya nada ni nadie conseguiría rescatar a Guy Péguy de sí mismo.

¿Averiguaré alguna vez quién ha metido el manuscrito en mi buzón y por qué h ha hecho? Sólo caben tres posibilidades, puesto que tres son sus autores y, por lo tanto, saber quién ha sido no debería entrañar excesivas dificultades. Además, siempre puedo ir a verlos uno por uno y

preguntárselo sin más. Sin embargo, no estoy segura de tener ganas de hacerlo.

Pongamos que sea Floren. ¿Qué interés tendría él en que yo estuviera al tanto de todo esto? Aparentemente ninguno. Floren es un tipo vanidoso, enamorado de la imagen de turbulento seductor que él mismo se ha inventado.

Lo diré sin rodeos: es falso que él y yo estuviéramos liados. Lo intentó una noche en que Guy había desaparecido y yo estaba desconsolada. Me acompañó a casa y en el trayecto intentó besarme. Yo lo rechacé, con suave firmeza si mal no recuerdo. Entonces vino lo más extraordinario de todo: pensé que volvería a la carga y me preparé para repeler un largo y pertinaz asedio, pero todo h que me pidió fue que le permitiera al menos dar a entender que nos estábamos acostando.

—Pero ¿por qué? —logré articular cuando conseguí vencer mi estupor.

—Por nada en particular. Me hace ilusión que crean que somos amantes, qué quieres, soy así de burro. Y, al fin y al cabo, tengo la decencia de pedir tu autorización. Otros lo habrían hecho sin pedirte permiso, no sé si me entiendes.

Él intentaba afectar una especie de displicente y cínica desenvoltura de hombre de mundo de vuelta de todo, pero tuve la impresión de que estaba siendo extrañamente sincero consigo mismo y eso me conmovió hondamente, así que accedí. Ya sé que suena un poco absurdo y enrevesado, pero eso es lo que hice. No es frecuente asistir a uno de esos escasos momentos en los que un hombre es sincero y se atreve a pedir lo que realmente desea. Resulta difícil de explicar, pero sentí un inmenso respeto por ti A lo mejor estoy loca —¿será una lacra familiar?—, pero, mientras lo veía alejarse, me pareció que había en ti una singular grandeza y a punto estuve de llamarlo para decirle que había cambiado de opinión y que podía venir conmigo a casa. Pero mi vida era ya lo bastante complicada como para añadirle otra vuelta de tuerca.

¿Y Lord Tripas? ¿Qué motivos podría tener él para mandarme el manuscrito? ¿Ganas de fastidiar a Floren difundiendo la peregrina especie de que está enamorado de mí? Lo dudo. Lord Tripas es en el fondo alguien tan inocuo como su amigo Floren. Es demasiado frontal y directo, demasiado dado al exabrupto y al constante desahogo histriónico de su ira como para andarse con subterfugios. Dicho de otro modo: Lord Tripas dilapida demasiada energía en ladrar como para ser

dañino. Y además, a pesar de que hacerse la puñeta mutuamente constituye uno de los mayores alicientes de sus vidas, me consta que tanto Lord Tripas como Floren sienten el uno por el otro un afecto sin tasa. Puede que no haya nada que les guste tanto como estar enzarzados en una eterna trifulca, pero se atienen a una especie de peculiar código de honor. En cierto modo, constituyen las dos caras de una misma moneda: enfurecidamente romántico y desmesurado el uno, irónico, provocador y con modales de despreocupado bribón el otro.

Una vez Guy me contó muerto de risa que Lord Tripas y Floren habían acudido en ayuda de una mujer que tenía no recuerdo qué problema con su coche. Cuando hubieron acabado de reparar el desperfecto, la mujer, que al parecer era muy atractiva, les preguntó cómo podía mostrarles su agradecimiento. Ni corto ni perezoso. Floren sugirió sin ambages que fueran a un hotel y se metieran en la cama los tres. La dama aceptó pero Lord Tripas se negó en redondo a acostarse con la dama si eso implicaba admitir a Floren en la partida. «Está bien», concedió Floren en lo que en apariencia era una caballerosa renuncia en favor de su amigo, «disfruta tú solo de la recompensa, es lo justo; al fin y al cabo, yo ya voy servido en materia de amores y tú, en cambio, no fornicas desde el Pleistoceno». Tales fueron la pasión y la entrega con que se enzarzaron Floren y Lord Tripas en la encrespada discusión que a continuación estalló entre ellos que ninguno de los dos se dio cuenta hasta mucho tiempo después de que la dama, probablemente despechada en vista de la escasa atención que se le dispensaba, se metió en su coche, arrancó y se largó, dejándolos a ambos que dirimieran sus conflictos en la cuneta.

Y cuando, algún tiempo después. Lord Tripas, que por aquel entonces tenía una novia, ganó en un sorteo un viaje para dos a Indonesia que incluía un crucero en una goleta antigua, ¿a quién invitó para eterno despecho de su señora novia? A Floren, por supuesto. Guy me contó que el capitán de la goleta, harto de que lo despertaran a horas intempestivas con sus peleas, los obligó a desembarcar en el puerto de Ende, situado en una de las islas menores de la Sonda. Y desde allí tuvieron que ingeniárselas para volver a Yakarta por sus propios medios.

Podría contar historias parecidas durante horas, pero no creo que sea ése el objetivo de mi relato.

Descartados Lord Tripas y Floren, sólo quedaba la candidatura de Johnny Balanzas, mal que me pese. De hecho, desde el momento mismo

en que abrí el buzón, cogí el manuscrito y h hojeé, tuve la corazonada de que la mano anónima que lo había llevado hasta mí sólo podía pertenecer a Johnny Balanzas. ¿Por qué?

Digamos que él sí tiene motivos. Así como Floren actuó de forma que sus amigos sospecharan que tenía una aventura conmigo, Johnny Balanzas, en cambio, sí la tuvo: estábamos liados cuando Floren me arrinconó en una esquina y trató de besarme. Y si finalmente me resistí al impulso de hacerle volver e invitarlo a mi casa, fue porque pensé que Johnny Balanzas copaba mi cuota de complicaciones existenciales. Coleccionar amantes no está dentro de mis costumbres, no porque tenga prejuicios contra ello, sino porque en las raras ocasiones en las que me he visto involucrada en situaciones de ese tipo, mi vida era horrorosamente incómoda y extenuante, eso es todo.

Supongo que no hace falta insistir en el hecho de que me lié con Johnny por pura desesperación y porque de algún modo él supo buscar el momento propicio. Eso no significa que no me gustara; siempre me había inspirado curiosidad. Que fuera capaz de encajar con exquisitos modales los insultos de Lord Tripas y Floren me parecía un fenómeno tan inexplicable como irresistiblemente cómico, ¿Cómo podía un tipo como él ser amigo de esos dos? Aunque ahora que empiezo a vislumbrar los motivos de Johnny Balanzas —ojalá estuviera equivocada— no consigo, muy a pesar mío, encontrar en ellos ni un atisbo siquiera de remota comicidad.

A diferencia de Floren, que necesitaba propagar una mentira inocua, Johnny Balanzas tomó precauciones para ocultar la verdad. Su discreción me pareció entonces, ilusa de mí, de una rara delicadeza. Además, Guy y él se veían más que nunca por la época en que Guy andaba por el mundo como un alucinado. Supuse que Johnny Balanzas se sentía culpable por su relación conmigo y que eso lo impelía a no abandonar a su amigo. Sólo al leer el manuscrito se han ido forjando en mi cabeza una serie de asociaciones. Al principio se trataba simplemente de impresiones atropelladas y confusas, vagas nebulosas que iban tomando cuerpo conforme avanzaba en la lectura y volvía una y otra vez sobre algunos pasajes. Supongo que debería haberme dado cuenta mucho antes, pero en la vida los sucesos son a menudo ilegibles. Ahora puedo decirlo: ¿quién es realmente Johnny? Por algún motivo, no consigo creer ya que sea el tipo conciliador, sensato y apacible que pretende ser. Examinadas de cerca, sus intervenciones exhalan una

especie de enrarecida falsedad. ¿No será que ha ido sembrando pistas falsas en tomo a sí para proyectar determinada imagen? ¿No será que no sólo le trae sin cuidado que se burlen de él (al fin y al cabo la identidad objeto de burla no corresponde con la suya), sino que es precisamente eso h que pretende, incitar a Lord Tripas y a Floren a la mofa constante para reírse luego de ellos en secreto y gozar de su clandestino dominio de la situación como una especie de maquiavéico demiurgo en la sombra? Al fin y al cabo, es él quien controlaba más información: obviamente, sabía lo nuestro y sabía también que Floren se había inventado su aventura conmigo, ya que cometí el error de contárselo. Si sabía que era una patraña, me pregunto por qué no defendió a Floren cuando Lord Tripas le reprochaba haberse liado conmigo. ¿Delicadeza y discreción? He ahí una excelente coartada en la que, sin embargo, no consigo creer.

No digo que Johnny haya cometido errores al componer su personaje. Al contrario: lo realmente sospechoso es esa coherencia sin fisuras. ¿No es extraño que en su propio relato de los hechos no haya intentado siquiera responder a las constantes burlas de los otros? De pronto, tengo la impresión de que todo en él delata cálculo y simulacro.

Pero antes dije que, a diferencia de los otros dos, Johnny sí tenía motivos para enviarme este manuscrito. El primero que se me ocurre es de carácter vengativo: inmediatamente después de la muerte de Guy rompí con él. Él trató de disuadirme por todos los medios; incluso me dijo que abandonaría a Laurita. Pero lo único que yo quería era que me dejaran en paz, que me dejaran cumplir, a solas, el ritual del duelo, apurar el dolor hasta la hez y nada más.

¿Es por eso por lo que Johnny Balanzas se ha visto en la obligación de hacer una descripción tan brillantemente realista de los estragos que acusa mi rostro? ¿Para vengarse de que lo abandonase? Si es así, no hacía falta: me basta con mirarme al espejo. Y, por otra parte, la pérdida no es tan grave como a primera vista parece: no ser bella me pone a salvo de ciertos tipos, tipos como tú, Johnny Balanzas.

¿Quisiste también al enviarme estas páginas mostrarme hasta qué punto están ciegos con respecto a ti dos tipos que se creen tan listos? ¿Pretendías darme a entender lo mucho que te ríes de Lord Tripas y Floren en secreto? Es extraño… A lo mejor ésta es la primera vez que has cometido el desliz de necesitar descubrirle a alguien tus cartas, una vanidad estúpida en una persona tan soberbia como tú. Es extraño

también que de golpe me encuentre dirigiéndome a ti en segunda persona, cuando lo más probable es que jamás leas esto. Puede que mis sospechas sean puro delirio, nunca se sabe; comoquiera que sea, he decidido mandarles el manuscrito, que ahora incluye mi propia versión, a Lord Tripas y a Floren.

Que sepan también que el día en que Úrsula-Hilaria y yo nos cruzamos con Johnny, mi hermana, al verlo, se puso a gritar algo que entonces yo tomé por uno de sus frecuentes despropósitos. «Gracias por llevarme hasta allí», siguió chillando una y otra vez mucho después de que Johnny hubiera desaparecido de nuestra vista.

Había una vez dos tipos. Se llamaban Lord Tripas y Floren, pero lo mismo podrían haberse llamado Ajum y Abum que esta historia no cambiaría un pimiento.

Ajum y Abum eran, desde luego, muy distintos, pero tenían un puñado de afinidades, entre las que se hallaba el vivo afecto que sentían por Guy Péguy, un tipo de una nobleza y una generosidad fuera de lo común, y dueño de una triste y asombrosa sabiduría. No es que no fuera un hombre de ideas; es que sencillamente no necesitaba sacarlas de paseo para impresionar al mundo. Pero cuando hablaba era de esos que te dejan clavado a la silla y parpadeando.

El caso es que, antes de la muerte de Guy Péguy, los dos pájaros a quienes hemos rebautizado como Ajum y Abum se vieron presos en la siniestra sospecha de que su amigo Johnny Balanzas no era quien siempre había fingido ser, no sé si me entienden. Y ¿qué clase de hombre sospechaban que era en realidad? Pues un mal bicho, un conspirador frío, hipócrita y despiadado, un fariseo integral que se complacía en proyectar una identidad falsa con oscuros fines. Es difícil dar cuenta del laberíntico proceso que llevó a Ajum y Abum a formular semejante conjetura. Digamos para simplificar que habían recogido una serie de indicios. Y los indicios apuntaban a que Johnny Balanzas podía estar colaborando activamente con el azar para empujar a Guy Péguy hacia el precipicio y quedarse con su novia.

Pero ni Ajum ni Abum estaban totalmente seguros de ello. Así que decidieron llevar a cabo una serie de maniobras en la oscuridad

a fin de desenmascarar a Johnny Balanzas. La estrategia incluía que Abum tuviera una aventurilla con Oriana-Helena; así podría tirarle a ella de la lengua y, de paso, aprovechar la coyuntura para darle celos a Johnny Balanzas. Ajum y Abum imaginaban que al multiplicar los rivales del Balanzas protegerían a Guy Péguy, aunque sólo fuera porque el odio de Johnny Balanzas se repartiría entre más hombres, con lo que la dosis de animadversión per cápita descendería en picado. Lamentablemente, Oriana-Helena rechazó a Abum y, aunque él le pidió permiso para fingir que andaba liado con ella, la mentira no surtió efecto, pues como ahora se sabe Oriana-Helena faltó a su promesa de guardar silencio y dio parte a Johnny Balanzas. Mala suerte, muchachos, os quedasteis con vuestros simpáticos y bienintencionados culos al aire, así es la vida. La mitad del tiempo uno transita por ella con las posaderas a la intemperie y ni siquiera se da cuenta de que todo el mundo las ve.

Quien sí cayó en las redes de Abum fue Laurita, la de los bellos rizos de color del cobre. O mejor dicho: fue Laurita quien tendió la red y Abum quien se dejó prender en ella. Ella empezaba a comprender que Johnny Balanzas estaba liado con otra y pretendía pagarle con la misma moneda. En cuanto a Abum, se zambulló en la cama de Laurita con la doble misión de sonsacarle datos acerca de su novio y de saciar por otra parte una vieja curiosidad con respecto a su propia respuesta fisiológica al color rojo cobrizo. De hecho, todo indica que Abum tuvo mucho más éxito en su doble misión que Laurita en la suya, porque así como ella le proporcionó a Abum, y a Ajum por extensión, algunos de los indicios más concluyentes acerca de la hipotética doblez de Johnny Balanzas, cuando Laurita le contó a Johnny Balanzas que se había encatrado con Abum, lo más probable es que éste no la creyera.

Después…, bueno, todo el mundo sabe ya lo que sucedió después. Úrsula-Hilaria, que estaba encerrada porque las autoridades competentes entendían que su pasión por el desnudismo y la exhortación soez constituía una activa y peligrosa promoción del desorden público, se las ingenió para escaparse e irse directa al edificio en obras donde trabajaba Guy, ahora ya sabemos que con la inestimable ayuda de Johnny Balanzas.

La grotesca muerte de Guy Péguy fue un mazazo no por anunciado menos doloroso. Ya podían Ajum y Abum gritarse el uno

al otro: ¡arriba el corazón, marineros!, que su ánimo no levantaba un palmo del suelo. Pese a todo, Ajum y Abum necesitaban saber, tirar del hilo hasta encontrar la madeja. Es cierto que ya no podían hacer nada por su amigo, pero todas las células de su cuerpo estaban poseídas por un voraz apetito de conocimiento. La tenaz persecución de la verdad se convirtió para ellos en un imperativo categórico. Restituirle a la historia un culpable que se las había ingeniado para escapar, ésa era la idea.

Contemplaron la posibilidad de hablar con Oriana-Helena y de exponerle abiertamente sus sospechas, pero por algún motivo que ahora mismo ninguno de ellos consigue recordar, la descartaron. En lugar de eso, se les alojó en las mientes la idea de preparar un encuentro con Johnny Balanzas para tenderle una emboscada. El pretexto de la reunión sería contar por escrito la historia de Guy Péguy, algo así como un homenaje póstumo al amigo muerto. Ajum y Abum planearon pelearse entre ellos con mayor acritud de la habitual. Cuestión de crear una atmósfera y de no levantar sospechas, no sé si me entienden. A lo largo de la velada, Ajum le reprocharía a Abum todo aquello que sospechaban que había hecho Johnny Balanzas con el objetivo de romperle los nervios de una vez por todas y que él mismo se delatara. Además, era de vital importancia que todo cuanto se dijera a lo largo de la velada quedase minuciosamente registrado, como así fue, porque en caso de no conseguir que Johnny Balanzas se delatara (ese tipo tiene sangre fría y nervios de acero inoxidable), Ajum y Abum utilizarían el propio manuscrito como un instrumento para acercarse a la verdad: estaban dispuestos a mandárselo a Oriana-Helena, para ver si ella podía iluminar, si no toda la historia, sí al menos parte de los hechos o, mejor dicho, parte de sus impresiones acerca de esos hechos. Y así ha sido, por mucho que algunas de las apreciaciones de OHH sean erróneas, *voilà l'histoire*.

La historia de Ajum, Abum y Catapum no se acaba aquí ni mucho menos, no sé si me entienden. En realidad es ahora cuando empieza lo más emocionante. Unas cuantas páginas atrás —¿recuerdan?—, Abum sostenía que uno vive por cosas así: asistir al momento magno en que Johnny Balanzas —¡catapum!— pierda los papeles. ¡Cuánto gozo puede caber en un solo instante!

Pero Ajum y Abum han acordado mantener todo lo que suceda a

partir de ahora en el más estricto secreto: el combate es a muerte y cualquier filtración de información podría resultar fatal. Digamos que, pese a la profunda amistad que los une, ni a Ajum ni a Abum les gustaría acabar compartiendo celda en una prisión de alta seguridad.

¿Resistirán los pobres corazones de Ajum y Abum el feroz placer de arrancarle la máscara a Catapum? Es fácil plantarle cara a la adversidad y aguantar el tipo mientras el viento sopla en contra pero a veces el presentimiento de un placer salvaje obnubila la razón y hace desfallecer las piernas.

Pero ahí viene: el timbre acaba de sonar; ahí está Johnny Catapum Balanzas con sus atildados modales de político en periodo preelectoral; no hay tiempo ya para dudas de último momento; la clepsidra está definitivamente vacía.

¡Coraje, muchachos! ¡Izad las velas! ¡Arriba esos corazones! ¡Embread bien las junturas! ¡No dejéis que vuestra determinación vacile! ¡No permitáis que se os enfríe la sangre ni que se adormile la bestia herida que se revuelve en vuestro interior! ¡Aullad, valientes! ¡Que los Dioses os sean favorables y que nada ni nadie os aparte de vuestra venganza!



MERCEDES ABAD, (Barcelona, 1961) estudió Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de esa ciudad. Desde que se dio a conocer en 1986 con *Ligeros libertinajes sabáticos* (La Sonrisa Vertical 47), ganadora del VIII Premio La Sonrisa Vertical, ha publicado los libros de cuentos *Felicidades conyugales* y *Soplando al viento* (Andanzas 107 y 233). En el año 2000 apareció su primera novela, *Sangre* (Andanzas 417), que mereció el aplauso de la crítica y del público. Es también autora de varios guiones de radio y de textos y montajes teatrales como *Pretèrit perfecte* (1992), *Se non è vero* (1995) o *Bunyols de Quaresma* (1998). Ha adaptado para la escena *Las amistades peligrosas* (2001) o *La filosofía en el tocador*, del Marqués de Sade, para el espectáculo XXX (2002) de la Fura dels Baus. Colaboradora habitual en la edición catalana de El País, ha reunido sus artículos en el volumen *Titúlate tú* (2002).

Notas

[1] Es mi mejor amiga, me entiende cuando estoy hecho polvo, polvo, polvo, polvo, polvo, polvo. <<